

Capítulo 1

Prólogo

Sipasi-Anna, La Grieta, es una novela corta dentro del universo de Wanderers, y quizá sería aún más justo decir que es, de alguna manera, también parte de El Gran Vacío. Aunque originalmente fue escrita en 2018 como una novela corta sin relación alguna con este o aquel universo, duró más de diez meses sólo guardada, esperando. No fue sino hasta fines de 2018 (quizá durante la cena de Navidad, pero no me acuerdo) que pensé que quizá sería justo rescatarla, darle una oportunidad o, por qué no, fusionarla con lo que ya existía. No es sólo que no me agradara el tono más bien cotidiano (que por cierto, sobrevivió a la fusión), sino que había algo, no sabría decir qué, que no me terminaba de gustar. En algún momento leí que Tolkien tenía una obsesión por conectar todo a la Tierra Media, y supongo que padezco de un mal parecido.

Debo ser completamente sincero en cuanto a los nombres y las nomenclaturas. Durante algún tiempo pensé en cambiar los nombres originales de los personajes por cosas más comunes dentro del género (algo como Jack, Joe, o nombres anglosajones) pero luego conocí a Paulo Ramírez Villaseñor y él insistió en que también es válida la literatura hispana, con todo lo que ésta conlleva. Y luego, conforme fue creciendo Novarii, la novela gemela de ésta en más de un sentido, supe que La Grieta, el nombre original, debía estar a su lado, en la galería de planetas que en algún punto de la vida formarán la constelación de Wanderers. En cuanto al nombre, pensé en dejarle solamente Sipasi-Anna, el nombre de la constelación de Orión para los antiguos sumerios, pero sentía que perdía parte de la esencia original, así que mezclé ambos para dejarlo como Sipasi-Anna, la Grieta.

¿Qué es la Grieta? En esencia, un experimento de narradores; en cuanto a los personajes, son una recopilación de recuerdos y falsas memorias. Espero que esta apuesta sea tan agradable para quienes la lean como lo fue para mí escribirla y luego, reescribirla para hacerla parte del universo de El Gran Vacío, junto a Necromancia y al resto de los libros que están en Amazon desde 2016.

Sergio Martínez Medina - 2 de Enero de 2019

Capítulo 2

Hugo

Son como las seis. No sabía por qué, durmiera a la hora que durmiese, siempre terminaba despertando antes de las ocho de la mañana, pero ese día debía ser mucho antes. Estaba oscuro y hacía frío. Se desperezó y tomó su celular. Seis cuatro. No era la primera vez que le pasaba. Siempre había tenido la habilidad de adivinar la hora sin necesidad del reloj, quizá era la precisión de los implantes neuronales, pero daba igual. Bueno, tengo chance de bañarme y desayunar algo. Sera otro día largo en este basurero. La tarde anterior le habían mandado el programa de la kermés de la prepa en la que trabajaba y había considerado ir sólo para ver cómo se portaban sus alumnos, los primeros nacidos en la Biósfera 129, de nombre Sipasi Anna. Hugo trabajaba con gusto; hacía tiempo que se había dado cuenta de cuánto quería a sus alumnos. Podía relatar pequeñas anécdotas de cada uno de ellos. Ángel, de cuarto, jamás había tomado un libro en su vida hasta que llegó con él. Manuel, un chavo que se iría a vivir a Colima, le pidió una lista de sus obras favoritas. Karina, de segundo, se sentía feliz porque ya no escribía sólo cosas de amor; otros querían hablar de la violencia y la muerte que los rodeaba aún ahí, sumergidos en el espacio profundo, anclados a las estrellas de Orión. Sabía de la ubicación de la Biósfera 129 por los holos que les pusieron en el camino; la apertura del Agujero de Gusano hacia Chronos hacía más de treinta años había marcado el final exitoso de la terraformación, y Sipasi-Anna podía presumir de ser el planeta más parecido a la Tierra de todos los que se habían colonizado hasta entonces. Continentes completos se copiaron y pegaron, las ciudades se imprimieron sobre los panoramas paradisiacos que resultaron de la transformación de la roca desértica y hasta la estrella materna se parecía en color y tono al Sol de Terra. Para facilitarle las cosas a todo el mundo, recibieron exactamente los mismos nombres, e incluso el satélite artificial se nombró Luna.

Sacudió la cabeza y empezó a moverse. Su grupo favorito era el de cuarto. Raúl, Iris, Ivonne, Regina, Armando, César, Eguía, Analía, Andrea. Podía nombrarlos a todos. Más de una vez lo habían hecho parte de sus bromas, de sus quejas, de los sueños de cada uno. Se dirigió a su ropa y tomó lo primero que encontró. Hacía mucho que no se preocupaba por eso, quizá desde que viajaba en las naves seminales Régulus II. Más que gustarle lo que tenía, era costumbre. Se había hecho una imagen de sí mismo hacía muchos años y la parecía más fácil no tener que decidir todos los días cómo quería verse. A fin de cuentas, lo que importa está en la cabeza. Ordenó a la AI poner música para bañarse. Le gustaba

despertar con Tiamat; era la única elección plenamente consciente que tomaba antes de bajar a desayunar. Hacía mucho que no ponía atención a qué era lo que seguía después de la primera, pero solía variar entre electrónica y goth rock de principios de milenio. Casi cuatrocientos años de atraso. La humanidad había salido a las estrellas, conocieron Úrim, conquistaron Chronos y él seguía escuchando música de cuando la humanidad no era más que una raza primitiva. Se enjabonó la cabeza, se talló los brazos, luego las piernas, cerró la llave y salió de la regadera. Se le había olvidado la toalla. Otra vez. Las máquinas secadoras bajaron, le dispararon un chorro de aire caliente y listo. Cuando salió de la regadera, encontró a los perros sobre su cama.

Quiubo perros. Duérmanse, ¿qué ven?

Tenían dos, ambos adoptados. Uno de ellos, el Cachetón, era una cruce entre pitbull y Beagle. Era más bien pequeño. El otro, el Peludo, tenía todo su pelaje maltratado desde chico; más de una vez le habían dicho que parecía estropajo. Los amaba desde que los tenían, pero definitivamente prefería al segundo. Era más juguetón, lo seguía cuando subía y cuando bajaba y, sobre todo, no era agresivo. Regresó al baño, terminó de arreglarse y salió vestido con un pantalón de mezclilla y una playera. Miró a través de la ventana. La calle de afuera, un empedrado tan viejo como las casas que lo rodeaban, apenas contaba con un par de faroles. Los iba a extrañar. También extrañaría su cama, a su rutina, que tanto le costó forjar, a sus amigos y sus calles, porque sabía que pronto se lo tragaría la tierra.

No sabían cómo había surgido la gruta que se había tragado el corazón del planeta y nadie podía explicarlo. A todos aquellos a quienes se les había preguntado afirmaban que siempre había estado ahí, que su negrura sin fondo era la que le daba equilibrio a un planeta con el núcleo muerto y que, incluso, fue gracias a ella que las sondas exploradoras Mimir IV habían elegido la Biósfera 129 para la terraformación. Sin embargo, era cierto que Aguascalientes, forjado sobre la placa tectónica mexicana hacía menos de un siglo, era el estado en el que más suicidios había al año: la gente decidió ofrendarse a eso que había salido del suelo y que, más bien, les había regalado un hogar. Llegaron equipos de San Luis, Jalisco y Zacatecas a investigar, pero dijeron lo que todo el mundo sabía ya: era un agujero. Se asoció a extraterrestres, a los muertos vivientes y uno que otro dijo que era el corazón de un dios antiguo, un reflejo de su ombligo. Y así como empezó el furor en periódicos y en páginas del externet, se acabó. Se explicó como un sumidero más de los tantos que había en el

mundo y el resto de Sipasi-Anna regresó a sus asuntos.

Sin embargo, Hugo sentía como si desde que la imprimieron las gigantescas máquinas terraformadoras la ciudad se hubiera cubierto de un manto de melancolía, como si la sola presencia de la grieta los hubiera trastornado a todos. Y era extraño, a pesar de todo, porque se suponía que Aguascalientes sería la ciudad –observatorio destinada a analizar y cuidar la grieta. Se construyeron tres gigantescos anillos concéntricos, uno más grande que el anterior, que marcaban puntos de emergencia. Si la grieta crecía, por cualquier motivo, el Primer Anillo lanzaría una alarma al resto del planeta y así sucesivamente; en cuanto la grieta sobrepasara el Tercer Anillo, el planeta se declararía inestable y se procedería a la evacuación. A pesar de lo que dijera la gente, él sentía los dedos de la muerte metidos en el estómago. Cada día que pasaba lo jalaba hacia el centro, hacia el gran vacío que era el corazón de la tierra. Salió de la casa poco antes de las nueve. Su clase empezaba a las diez, pero ese día quería estar en la kermés de sus alumnos. Salió a la avenida. Llevaba siempre un morral con un libro y una libreta. El primero lo leía cuando podía; la segunda, la usaba para anotar cosas. Hacía unos años se había acostumbrado a leer en el camión antigravedad, y entre el tiempo de espera, que solía rebasar la media hora, y el viaje, que consistía de poco más de una hora más, había leído muchas cosas en los últimos años. Estaba leyendo historias de vapor y engranajes; en realidad, cualquier cosa que le permitiera olvidarse de la grieta le servía, y también la tecnología primitiva de la Tierra le parecía fascinante. Llegó poco antes de que terminara el receso. Saludó a un par de alumnos suyos y se sentó a hacer como que leía. Había terminado la historia de esa mañana en el camión, y sentía que estaba demasiado lejos de los jóvenes como para integrarse en el convivio. Le recordaba mucho a sus tiempos de secundaria. Era joven, estaba seguro de que estudiaría física y de que el mundo cambiaría siempre a su favor. Los años lo habían hecho más conservador en sus opiniones sobre sí mismo y, peor aún, le habían instaurado una sensación de que nada, ni siquiera su nombre, lo ayudaría a empujarse hacia adelante. Lo habían medicado un par de meses. Decían que padecía de un cuadro depresivo mayor y, si era cierto o no, no podía negar que las pastillas le ayudaron.

Profe, ¿puede leer algo que escribí hoy?

Sí Liz, claro. ¿Qué es?

Un como cuento, pero no sé si esté bien.

A ver, préstemelo. — Se fijó primero en su letra. Le parecía curioso que la forma de las palabras de muchos a esa edad se pareciese tanto. Tenía dos casos, Ángel y Astrid, de diferentes grados, cuyas letras resaltaban entre la multitud. La de Ángel era una cursiva un tanto ilegible, pero que estaba seguro se corregiría con los años, y la de Astrid era minúscula, uniforme, casi hecha a máquina. — Venga. Tengo un par de comentarios. Mire, ¿se

fija aquí?

¿Qué tiene? ¿Está mal?

No, claro que no. Sólo le voy a pedir que uniforme su lenguaje. Mire, aquí me habla de estrellas y aquí de superhéroes. Todo se puede unir, pero necesita saber cómo. Me parece más un pensamiento que un cuento. ¿Ha intentado escribir ensayo?

No.

Puede leer este, para empezar. — Le escribió algo en una esquina de la libreta. La buscó con la mirada, pero Liz estaba distraída, viendo hacia el horizonte.

Profe, ¿puedo hacerle una pregunta?

Sí, desde luego. ¿Qué pasó?

¿Es malo querer morirse cuando lees algo que escribiste? — La pregunta lo tomó desprevenido. Ella no tendría más de quince años. Respiró profundo. Tenía años que no le hacían una pregunta de ese tipo. Intentó que sus emociones no se reflejaran en su rostro y siguió.

No le puedo decir si es bueno o malo, pero sí puede pasar.

Es que... mire, le voy a contar. Tenía un novio y cortamos, y llevo como seis meses sintiéndome así, como agrietada, y siento la necesidad de releerlo una y otra vez.

Las cosas mejoran. — Miró a su alumna a los ojos. Era delgada, de cabello castaño, su mirada con una inocencia que aún no se rompía del todo. —

No le puedo decir que hoy o mañana, ni que en un mes. Tardará años, pero verá que todo irá mejor.

¿Y si no?

La joven se levantó y se perdió entre la multitud. Durante el resto del día, no pudo quitarse de encima lo que le dijo. Estaba consciente de lo que le acababa de decir. Quiero morir cuando leo lo que escribo. Morir, dijo, sin miramientos ni rodeos. Morir, cruzar la línea definitiva y cortar de raíz todas las posibilidades que pudieran existir en su vida. Y es casi una niña, pensó. Las risas del resto de los estudiantes lo trajeron de nuevo al mundo. Veía a un par casándose, a dos más allá gritando y a un tercero que se acercaba a insultarlos. Cuando él estuvo en la prepa no tuvo amigos por dos años. No pudo concentrarse el resto del día. Dio las clases de manera habitual, pero con un hormigueo en el cerebro que parecía no querer irse. Terminó su jornada, se quedó bajo los árboles sintéticos de la preparatoria y leyó un rato, pero no podía quitarse de encima la fisura en los ojos de Liz. Pasaron un par de minutos, o quizá una hora, hasta que decidió regresar a su casa.

Le era más grato atravesar la universidad para llegar a la parada del camión. Recordaba mucho a un amigo de la carrera, Mauricio, que le decía que las cosas tenían la vida dentro de ellas, como los hippies de la tierra y

algunos locos de Úrim. Las montañas, los árboles, las piedras tenían una fuerza oculta, decían los magos, y era eso lo único que lo reconfortaba en ocasiones así. Se acercó al lago artificial, se acomodó debajo de los árboles y, apenas cerró los ojos, la volvió a escuchar. Quiero morirme. Inhaló profundamente y asintió. Él conocía esa sensación. Estaba por levantarse cuando escuchó a un hombre gritando que ya había sido suficiente. Lo alcanzó a ver del otro lado del lago. Iba corriendo hacia el agua, sin playera y con varios golpes visibles a pesar de la distancia. Iba corriendo hacia el agua y no parecía querer detenerse. Los sensores de proximidad pitaron, se levantó una barda de contención como para niños y el sujeto saltó. Lo próximo que supo fue que el lago era mucho más profundo de lo que parecía, y aprendió esa tarde que alguien que había dejado detrás la vida ni siquiera hacía ondas al hundirse. Detrás de él venían un par de personas, que lo buscaron por todos lados.

Hugo intentó gritar, intentó decirles que se había hundido no hacía ni veinte segundos, pero la muerte le metió los dedos en el estómago, en medio de la vida, el tiempo justo para llevarse a otro de un zarpazo.

Capítulo 3

Gustavo

Eran las ocho de la noche de un jueves. Esa noche había ido Hugo, un maestro de preparatoria que lo había seguido durante años, y que parecía muy consternado. En otra mesa, muy lejos de él, se encontraba Víctor, uno de los primeros clientes del *Época*. Platicó con él un rato. Algunos años antes, Gus había tenido otro café, la *Mandrágora*, pero los constantes ires y venires de la vida lo habían forzado a cerrarlo. El *Época* abrió sus puertas en 2387, y desde entonces, tanto Hugo como don Víctor se volvieron parte del paisaje dominical del establecimiento. El profesor solía ir ahí con un grupo de amigos al que llegó a querer mucho; por su parte, desde que murió su esposa, Víctor iba solo. Lo recordaba bien. Ambos rondaban ya los setenta años. Él iba con su boina, un periódico, de esos que se imprimían sólo para los ancianos de la *Régulus II*, y siempre pedía un café turco; ella, doña Justina, bordaba ropa pequeña para unos nietos que nunca tuvo. Hasta donde se atrevió a preguntarles, a Víctor se lo habían llevado a Venus cuando era casi un niño y lo integraron a los soldados rasos de la Tierra. Nunca dijo lo que vio entre las estrellas, pero las fotos y los rumores de la captura de la *Biósfera 135* hablaron de sobra por él. Justina sabía que había matado a unos cuantos hombres y aún así aprendió a amarlo. Al parecer habían tenido un matrimonio muy bello y muy estéril. Hacía un par de años le habían dicho a él que las drogas que usaron durante la guerra lo hicieron infértil; otros médicos aseguraban que era ella la que no podían concebir. Sea como fuere, sus últimos años parecían haber olvidado toda esperanza y se dedicaron a ellos. Gus nunca había visto a una pareja tan enamorada como esa y es que, aunque hablaban poco, podía ver cómo ella le ayudaba a pasar el periódico a una mesa cercana, cómo él cargaba el estambre y las agujas de su esposa y cómo, cuando se iban, él esperaba a que ella pasara para salir. A veces se detenían en el piano que tenían en la entrada y Justina tocaba un par de notas. En algún momento le dijeron que ella había recibido un implante de música hacía muchos años, pero un accidente y el deterioro natural del cerebro no le permitieron tocar nunca más. Don Víctor decía que debían agradecer que hubieran siquiera recuperado las manos.

Dejó atrás sus pensamientos sobre el anciano. Había sido un buen cliente, dejaba propinas generosas y no molestaba a nadie. Más de una vez, Gus pensó que se sentaba ahí a esperar la muerte cerca de alguien a quien le importara, alguien que preguntara por él cuando faltara. Doña Justina murió a mediados de 2388. Salió una tarde del café a comprar algunas cosas que faltaban. Era domingo. Caminó por todo Madero y dio

la vuelta en el Parián. Sintió como si una burbuja de agua pasara bajo sus pies y vio cómo se sacudían árboles y columnas. De inmediato pensó en un temblor. Luego del primero movimiento, el mundo se quedó en silencio. De pronto, todos los pilares, todas las fuentes que había frente al Museo de la Muerte se colapsaron y, con ellos, la vida de doña Justina. Don Víctor decía que la muerte de su esposa había causado que apareciera la grieta, pero todo el mundo sabía que ésta ya estaba ahí. Él se aferró a la idea, y decía recordar claramente cómo los postes se habían torcido, la falla general de energía eléctrica, la gente que gritaba habría pérdidas superiores a los seis millones de créditos. El pánico que siguió, dijo, fue cosa de noticias, pero luego de un par de meses, todos se olvidaron de ella. Todos menos la gente de la ciudad. Al principio, el Ayuntamiento pensó que sería fácil llenar un hoyo de diez metros de diámetro, por profundo que fuera, si arrojaban ahí granito y otras piedras de cimentación. Pero mientras más le echaban, más parecía querer. Las bancas de la plaza cercana se fueron cayendo, dijo, hasta que llegó el día en que todos los edificios de la periferia debieron ser evacuados. Bueno, era lo que él creía y no tenía dinero ya para la reparación de los implantes. Gus suponía que era mejor lidiar de esa manera con la muerte de la señora que no enfrentarla nunca y sirvió una taza de café turco y volvió a la mesa.

A veces le dolía ver a don Víctor. Cargaba la bolsa de estambre con él todo el tiempo. A veces pedía un café para él y un té de arándanos para una persona que nunca lo acompañaba. Bebía, leía y caminaba un rato, hasta que le ardían las piernas, y se volvía a sentar. Repetía su ritual un par de veces más y se iba, dejando el té de arándanos servido. Al principio, Gus pensaba que se le había olvidado; la segunda vez, le dijo que era para su esposa. Pobre, pensó, su mente quedó atrapada en un lugar diferente. Su cuerpo se mueve, sus ojos leen y tal vez hasta llegue a oler ciertas flores del mundo, pero él está en otro tiempo, cuando eran jóvenes, y Justina lo acompaña a todos lados, lejos de la guerra y lejos de la noticia de sus infertilidades.

¿Puedo retirarle?

Claro, Gus. Oye, ¿Y tu hijo?

Bien, ahí anda. Tiene mucho que busca entrar a la universidad.

¿Ya está tan grande?

Sí, ya. Ya anda buscando casa y me parece que está por tener novia. —

Gus suspiró. Hacía un par de años, aún era Gusito. — Al menos se irá sabiendo hacer un café decente. Quizá mañana vaya a ver lo de su carrera.

Mira nomás. El tiempo vuela, ¿verdad?

Sí.

Yo ya ni me acuerdo de cuándo conocí a mi esposa. Y a veces se me olvida que la tengo en la casa.

De veras, qué grosero. ¿Cómo está Justina?

Bien, ahí anda. Callada, como siempre. Lo de los nietos la hizo muda. Y la veo más delgada.

Ha de ser duro perder la mitad de tu vida. Recogió el plato que tenía y se despidió de él. Le dijo que si necesitaba algo más, le dijera; que el Época era su segundo hogar. Don Víctor sonrió y le agradeció. Volvió al periódico, y Gus alcanzó a ver que se había amarrado una hebra de estambre en el anillo de bodas. Se dirigió a la cocina, donde estaba Joel, y platicaron un rato. Le había comentado en días pasados que se estaba sintiendo triste, como si masticara un pedazo de hule o como si le hormigearan los dientes. Y no sabía por qué. Gus le dijo que podía tomarse la noche si lo deseaba, pero Joel temía estar solo.

No sé qué haría. Cuando se le mente una idea a uno, nadie se la saca. Como quieras, pero luego no andes diciendo que el gruñón de tu jefe te tiene aquí a fuerza. — Le dirigió una sonrisa amplia, tanto que sintió cómo se le desacomodaban los anteojos.

No, Gus, claro que no. — Al parecer no mentía. Joel siempre le seguía la corriente con sus chistes, pero no esa vez. Se acercó un poco a él y le puso la mano en el hombro.

Si en algún momento te sientes mal, te puedes ir.

A las once se dio un descanso. Había llegado más gente durante la noche y el Época estaba a reventar. Preparó un corte de arrachera para don Pedro, sirvió algo de vino para Lucy y Diego y platicó otro rato con don Víctor. No sabía si era cuestión de las fechas, pero en todos notaba cierta tristeza y sentía que se la estaban pegando. Se asomó a la calle para estirar las piernas y vio a un grupo de jóvenes cruzando la calle con dirección al centro. Iban riendo, acompañados de esa alegría que llevan quienes aún no conocen la muerte. Un joven iba molestando a una chica que, junto a él, se veía minúscula. Otro chavo, más delgado pero casi igual de alto, iba platicando con un par de mujeres por delante de ellos, y hasta atrás, pensó Gus, iban aquellos que querían una plática seria. Hacía mucho que no se juntaba con Roberto, Jenifer, Brenda y Mario. Sintió una leve presión detrás de los ojos, como si quisieran salirse las lágrimas, y luego una incomodidad general en la boca. Solían juntarse los lunes y los jueves, jueves de café les dijeron durante mucho tiempo, jugaban cartas y bebían. A veces Mario diseñaba mesas o sillas y las imprimían dentro de la casa, y Roberto solía descargar planos de las próximas ciudades almacenados en el externet. A todos les gustaba estar al tanto de las noticias de Chronos y de la Tierra, y a Gus le gustaba estar con ellos.

La última vez que se juntaron, Mario y Jenifer les anunciaron que se irían a vivir a Neptuno porque ganarían mejor y las niñas tendrían más posibilidades en el futuro. Roberto seguía en Nibiru. Hacía unos meses le habían dado una beca de la FLM y, hasta donde les había platicado, escribía todo el día. Brenda había conseguido unas clases en la Universidad, y conocía a Hugo de lejos. Gus les contó de don Víctor y Mario le dijo que era probable que lo viera como a su papá, como a un abuelo. Y quizá tenía razón. Su padre había muerto hacía un par de años y aún le dolía su ausencia. Su madre le había dicho alguna vez que, aunque sepamos que viene la muerte, una parte de nosotros cree que siempre estarán ahí, y que dolía mucho cuando se iban. Les platicó de Justina, su amor inmortal, y vio cómo los corazones de todos ellos se abrieron en alas de mariposa. No recordaba bien cómo había evolucionado la noche, pero sí que se habían retirado un poco más temprano de lo habitual. Y ahora que lo pensaba mejor, lo habitual era ahora, más bien, juntarse menos platicando más. Creía que había una edad en la que no importaba hablar de cosas menores, pero ahora tenían más cosas por las que responder y más gente que necesitaba su trabajo para poder dar sus primeros pasos. Ya no eran jóvenes, y a veces, cada vez más seguido, extrañaba los días en los que podían sentarse en el pasto por horas, platicar de sus años de preparatoria y los horrores de entonces, que ahora le parecían muy, muy menores.

El grupo de amigos cruzó. La ruta once iba tarde, dijeron al principio, pero la verdad era que el conductor estaba triste. Gus intentó gritarles, intentó moverse de su lugar, pero sentía todo su cuerpo como atrofiado, como si se hubiera vuelto un chicle masticado. La muerte le abrió la boca y le metió los dedos en ella. No oyó nada, no pudo oír nada más que los gritos de terror de los supervivientes.

Capítulo 4

Hugo

Escuchó los gritos y salió corriendo. Vio a Gus, a duras penas de pie, medio estatua y medio grieta, y se acercó hasta él. Vio a unos cuatro sujetos corriendo con las caras hechas sombra y se fue tras ellos. Parecían llevar algo, un bulto, quizá dos. Una mesera, detrás de él, se quedó con Gus. No sabía qué lo impulsaba, pero no podía estar sin hacer nada. No otra vez. Esa misma tarde vio cómo se ahogó alguien. Intentó calmarse con un café, pero parecía que las desgracias se fijaron en él y lo iban siguiendo. ¿Qué hizo? Corrió menos de un minuto. Su cuerpo ya no era el de antes. Hacía unos años podría haber cruzado todo el Primer Anillo a trote ligero, pero la pasividad de su vida de maestro lo volvió torpe y consumió su resistencia. Los jóvenes, sean quienes fueren, también se habían cansado y avanzaban a paso rápido. Las luces de las calles se fueron haciendo pequeñas, más pequeñas, hasta que Hugo sintió que caminaba dentro de un túnel vagamente iluminado por la luz que reflejan las gotas del agua. Como las estrellas, pensó. Las sombras frente a él dieron vuelta en una esquina y se dirigieron hacia el Parián, un edificio que databa de los cincuenta del siglo pasado. No, a la grieta no, pensó. A la grieta no. Recuperó el aliento y corrió. Pensó que advertirían su presencia por los zapatos que se estrellaban sobre la piedra caliza del suelo. No lo hicieron. Y tampoco los escuchó llorar, a pesar de que sus lágrimas ardían como pequeños charcos de fuego.

Estaban a cien metros de la grieta. Podía ver los destellos de luz azul que emanaban de las fisuras de los alrededores. Fue algo de lo que llamó la atención de los medios locales algunos meses después de que el furor de establecer una ciudad sobre la grieta se apagara. La capital, Sipasi-Anna, les mandó recursos, pero se olvidó de ellos. Las luces resplandecían con una intensidad que ni las tiras de luces LED podían imitar, y parecían encenderse y apagarse, como si latiera. Se detuvo. Le costaba respirar. Era temprano pero no veía a nadie por ahí. Se dijo que debía ser el toque de queda. Protección Civil le advirtió a la gente del estado que, hasta que no iniciaran los trabajos de exploración profunda y de contención biológica, nadie debía acercarse al Parián después de las siete de la noche. Las cámaras de video nunca habían captado a nadie arrojándose deliberadamente hacia ella, pero se tenían registros de algunas anomalías en la física y en el comportamiento humano cerca de ella. Algunos parecían creer que llevaban bolsas de basura y se les veía como arrojando algo que no existía; otros se acercaban al borde, gesticulaban como si alguien más intentara detenerlos, se balanceaban sobre el agujero y

luego, como confundidos, salían de la zona cercada.

Los perdió en la farmacia de la esquina. El halo de la grieta envolvía la piedra basáltica de los alrededores y hacía que la noche, una noche profunda como un túnel, se sintiera incluso más oscura por la falta de otra luz. Es, pensó Hugo, como si tuviera un velo sobre los ojos que sólo me permitiera ver en negro y rojo; como si de pronto todos los colores del mundo se hubieran apagado y hubieran dejado atrás la mera sugerencia de sus nombres. Se desplazó casi a tientas por la cueva, se aferró a los rojos más intensos para guiarse y por fin, mientras intentaba recuperar las fuerzas, los vio. O al menos, vio algo que semejaba un grupo de cuatro personas cargando a otra; luego pensó en un caracol aplastado cuyo caparazón sobresalía por todos lados. La sombra, pues dedujo se trataba ya de una sola, reptó por las orillas de la grieta, aullando hacia el cielo, desde donde una sola nube negra de pupila roja los miraba.

La cosa dobló una vez más, hacia una calle larga y oscura y, de pronto, Hugo no sabía qué estaba haciendo ahí.

Capítulo 5

Gustavo

Le ardían los ojos. Estaba seguro de que lloró, pero no supo cuándo ni cómo terminó el llanto. Y peor aún, no sabía ni por qué había iniciado. Los paramédicos, el chofer de la once y los policías de la esquina se veían igual de confundidos. Los aparatos de las patrullas parpadeaban, se prendían y apagaban pantallas, pero no había información relevante. Ni siquiera las cámaras de los alrededores contenían algo que pudiera decirles qué chingados había pasado. Era como si hubieran despertado de un sonambulismo profundo, en el que soñaban que le levantaban un acta de aprensión al camionero; como si una alucinación compartida los hubiera envuelto a todos. Debió haber un accidente, pensó, pero no había ni sangre ni cuerpos, ni había testigos de nada que lo que hubiera podido haber pasado. Gus regresó al café. Qué raro. El Concierto para piano y orquesta #2 de Rachmaninov empezó a sonar tan pronto como pensó en él y se sentó solo en una mesa. Le pidió a su hijo que le llevara un vaso de clericot y algo de comer, lo que fuera. Las cámaras del Época tampoco parecían registrar nada, sólo una confusión general.

Ya antes había escuchado de ocurrencias similares. A veces, los sujetos despertaban hincados, otros lloraban de la nada, y ninguno sabía cómo era que había llegado ahí, por qué lo hacía o qué perdieron. Porque ese llanto, le dijeron sus clientes, era el de aquellos a los que se les había muerto un padre, un hermano o un amigo, que habían perdido un pedazo de su vida de un golpe, una supernova que aparecía de repente sin estrella que matar. Pensó durante mucho tiempo que era raro que hubiera tanto hijo único en Sipasi-Anna, o que esposos que tenían tanto tiempo de casados no tuvieran descendencia. La música lo arrastró al pasado. Intentó aferrarse a su vino, pero nada podía hacerse contra el torrente de instrumentos que lo golpeaba. Alguien a quien no recordaba le dijo que era la música de la resurrección. Tanta gente sola. Tanta gente que se perdía y tantos amores que quedaban a medias. Había visto de todo en el café. Un tal Leo escribía poemas apartado del mundo; una amiga suya se suicidó antes de que se abriera la grieta y aún ahora la buscaba, la llamaba en un idioma cercano al de los muertos. En otra mesa, Victoria, Ivonne y Paola discutían la obra de Picasso, aunque sabía, por momentos y palabras sueltas, que los padres de Victoria tenían problemas desde hacía mucho; que Ivonne sufría por el amor que sentía por una amiga, Gus no sabía cuál de las dos, y que Paola era feliz con su pareja. Tres mundos y tres vidas que se unían en una pintura. En una mesa más allá, cerca de la terraza, Diego y Lucy platicaban y se reían, ignorantes del

peso que cargaba don Víctor. Dieron las doce de la noche. La gente empezó a salir del Época y Gus y sus empleados cerraron todo. Pidieron taxi y el chofer los condujo primero por todo Zaragoza. Pasaron por San Antonio y Gus miró instintivamente a la izquierda; desde ahí se podía ver el fulgor púrpura de la grieta al fondo de Pedro Parga. Siguieron hacia el norte. Desde que se abrió la tierra, era más fácil tomar Primer Anillo y subir por Avenida Universidad para llegar a Trojes que cruzar el centro. Las calles que había antes ahí se deshicieron, y muchos preferían la vuelta a acercarse al foso sin fondo. Avanzaron en silencio la mitad del trayecto, hasta salir del primer Anillo.

¿No se le hace raro, don? ¿Qué la gente ya no se mate?

¿Cómo que no? — No era su tema favorito, pero siendo el dueño de un café, estaba acostumbrado a todo tipo de pláticas. — Apenas ayer supe que un cabrón chamaco se colgó de la regadera.

Sí pues, yo también lo oí. Pero antes era todos los días. Mi cuñada trabaja en el radio — añadió, sin despegar la vista del camino — y me dice que el año pasado fueron 144.

Apenas estamos en marzo.

¿Y cuántos suicidios ha escuchado?

No les llevo la cuenta. — La verdad era que estaba empezando a hartarse. Todo el viaje había ido bien hasta que este imbécil había decidido abrir la boca.

Pues yo sí, don, y mire, para estas fechas ya deberíamos tener como treinta, treinta y ocho si nos fuera mal.

¿A qué quiere llegar?

Puede decirme lo que quiera, pero algo pasa aquí. Llevamos sólo cuatro suicidios. ¿Dónde están los demás?

Quién sabe. Tal vez ya se mataron todos los que se debían matar.

Yo no creo. Yo digo que hay algo que...

Aquí donde pueda pararse, por favor.

Servido, don. Sólo le digo que la grieta tiene algo que ver.

Aquí tiene, buenas noches.

Entró a su casa seguido de su hijo. Toda la noche se había sentido incómodo. No sólo era el taxista; desde antes, desde mucho antes tenía una opresión en el pecho; mejor dicho, era una ausencia de algo. Alguien, una acción, un nombre se perdió y no sabía de quién o de qué era. Buscó y rebuscó durante la hora siguiente, mientras se hacía un par de quesadillas para él y su esposa, que lo esperaba despierta todos los días. Algo pasó que lo descontroló. Gus pensó que era como una de esas veces que tienes algo en la punta de la lengua y por más que lo intentas, y por más que te esfuerces, acabas por admitir que se te olvidó.

Capítulo 6

Hugo

Por más que pensó que tendría pesadillas, Hugo durmió en paz. Había leído muchas historias de fantasmas cuando era joven; le gustaba el cine de Carpenter y muchas de las adaptaciones de Stephen King le parecían de regulares a buenas, y la noche anterior se le antojó el escenario perfecto de cualquiera de sus obras. No supo cómo llegó al Parián, tampoco cómo regresó a su casa sano y salvo, y aún menos si realmente había pasado algo desde la tarde pasada, cuando vio ahogarse a un joven en la Universidad. En alguna de sus múltiples lecturas debió hacerse con la información de que, tras ver un evento traumático, el cerebro buscaba explicaciones o creaba eventos que permitieran asimilar mejor la realidad. Satisfecho con su propia explicación, Hugo se dijo que debió haber dormido toda la tarde. Ese viernes no tenía ganas de dar clases. No sabía si era por el accidente o había alguna otra cosa que lo desmotivaba, pero el hecho era el mismo. Pensó llamar a Anna y avisarle que estaba enfermo, ya antes lo había hecho, pero no podía permitírselo. No como profesional, y no porque últimamente, el medicamento parecía no hacerle mucho efecto. Ver a sus muchachos le daba ánimos para seguir adelante, y no asistir luego del espantoso día anterior sólo lo habría catapultado a un nuevo episodio depresivo. Se levantó como pudo, se bañó y bajó a desayunar. Le gustaba mucho el licuado de frutas; casi siempre lo hacía de papaya con naranja o plátano con miel y alguna otra cosa. Empieza bien, se dijo, convenciéndose luego de repetir lo mismo por novena vez.

Cargó los exámenes a la plataforma, abordó el camión, llegó tarde. Desde que abrieron las calles para hacer las obras de remodelación de la ciudad, su puntualidad había bajado un tanto, pero debía Hugo ser sincero consigo mismo, también se debía a cierta pereza, a la desidia de no salir antes. Desde hacía años sabía que lo más que podía esperar del transporte público de su ciudad era que pasara un camión cada cuarenta minutos, y a veces, la mayoría, éste ni siquiera se paraba a recoger pasaje. Eso, aunado a que valoraba más lo poco que pudiera hacer en la casa, desembocaba seguido en carreras innecesarias, retrasos y pretextos ante sus superiores. Abrió la puerta del salón, proyectó el vínculo en el pizarrón y se sentó. Tan tranquilos, tan lejos de saber lo que era la muerte. ¿O no? ¿Tan egoísta era? El día anterior Liz le había dicho que deseaba la muerte, y apenas veinticuatro horas después, él decía que aquellos mocosos aún no tenían una idea. Quién sabe. Uno de sus amigos había perdido a su papá en la preparatoria. ¿Qué le daba el derecho absoluto para distribuir el dolor? Se levantó del escritorio, se detuvo en la

puerta y miró hacia afuera. ¿Y si la muerte, o al menos, las manifestaciones menores de la muerte, llámense dolor y miedo, los habían infestado a todos? ¿Cuántos de ellos no pensarían justo mientras escribían en lo duro que sería llegar a casa esa tarde, y a cuántos no habrían golpeado ya?

La prueba terminaría a las 11 pero Hugo los dejó salir conforme iban acabando. La opresión en el estómago que sentía desde la tarde pasada se había agudizado y parecía habersele extendido hacia el cerebro, donde se transformó en una especie de hormigueo. Lo único que lo tranquilizaba era que el recreo se acercaba y que podría platicar con algunos de sus alumnos. El sistema recibió la última prueba, salió al patio y se sentó a observar los árboles. Varios años antes se acercó a la filosofía de los druidas celtas de la Tierra, y creía, aún ahora, que la naturaleza podía cambiar el interior de los hombres. Se quedó mirando las hojas de los árboles durante quizá unos diez minutos. Los abedules de tronco blanquizco dominaban el jardín de la escuela, pero también había un roble negro traído quién sabe de dónde y hacía no se sabía cuánto. El primer día que estuvo ahí, vio que éste era el único con nombres y corazones tallados en la corteza; los abedules, al parecer, se salvaron de eso pero no de los chicles ni de las hormigas. Chamacos cabrones, pensaba siempre, con una sonrisa pintada en la cara. Él había sido idéntico en la secundaria. A veces ponían una caja de cartón sobre Juan, uno de los más chaparros del salón, y lo aventaban por todos lados; en otra ocasión, estuvieron veinte minutos lanzando una cuerda a las vigas del techo hasta que lograron atorarla para colgar una banca ahí. Lanzó huevos a los parques y quemaba hormigas con gasolina para encendedor. Era un idiota, pero también era feliz, hasta donde los recuerdos programados lo dejaban a uno serlo. Decidió irse. Podría platicar después y además, temía que ese pequeño destello de hacía casi veinte años se disolviera en el mar del día como una gota más. Se levantó de golpe y se sintió mareado. Tenía un rato libre antes de volver a casa y no quería preocupar a nadie, así que iría por un café. Tenía la impresión de haber ido por uno la tarde anterior, pero no estaba seguro. La imagen del ahogado lo apedreó una vez más. ¿Era cierto? ¿Y si no, por qué lo perseguía? Supuso que la única forma de saberlo sería ir de paso por el lago. Pero conforme se iba acercando a la universidad, la sensación de que algo horrible lo esperaba le inundó de piedras el estómago y sintió vértigo. No soy tan pendejo. ¿Pa qué voy? Ni madres. Mejor rodeo. Caminó por la orilla de Segundo Anillo que abrazaba la Universidad y desde lejos pudo ver las cintas rojas que rodeaban el lago. También pusieron a algunos policías ahí nomás sin hacer nada y una ambulancia. Siguió moviéndose y vio a un sujeto sin playera y muy golpeado corriendo al lago, seguido de un grupo de personas que le gritaban, que como que querían hacer que se detuviera. Un carro los

separó y el sujeto ganó distancia.

El cerebro le hormigueaba más que en la mañana, y volteó a los árboles donde se había sentado el día anterior. Ahí, debajo de un montón de ramas que apenas hacían sombra, estaba sentado un Hugo que pronto tendría los dedos de la muerte metidos en el estómago. Del otro lado de la calle, del otro lado del mundo, el cráneo de otro Hugo temblaba mientras comprendía que estaba pasando lo mismo que la tarde anterior.

Capítulo 7

Gustavo

Dijeron en el radio que se mató alguien en la Uni.

¿Otra vez? — Gus estaba terminando de preparar un jugo de naranja y su mujer, Mariana, lo seguía esperando para empezar a almorzar.

Sí, hace como cinco minutos. Tal vez sigan hablando de eso.

No sé ni para qué tienen ahí a los huevones esos. — Gus removió los chilaquiles para que no se pegaran. Tenía mucho haciendo de comer, y su esposa lo agradecía con toda el alma.

Creo que ni lo vieron, por lo que escuché.

¿Cómo que no?

Pus dicen que estuvieron ahí toda la tarde y que nomás se distrajeron un rato y se mató. Al parecer los estaba observando, pero es difícil saberlo.

Ah cabrón. — Gus volteó a verla. Estaba hermosa con su cabello rojo rizado cayéndole a los lados de una blusa amarilla. — ¿Y luego?

Unos estudiantes dijeron que les ayudaban, pero se les hizo chistoso dejar el lugar solo.

¿Y los dos dicen lo mismo?

Sabes que se meterían en un pedote si no es cierto.

Siempre dicen eso y ve al pendejo del alcalde.

Gustavo. — A pesar del gesto que hizo, Mariana no pudo evitar sonreír. Le agradaba que siempre fuera tan transparente.

Sí, ya sé, sólo digo que eso dice todo el mundo y no pasa nada.

Pues mira, sea lo que sea, éstos ya la tienen muy cabrón.

Sí. — Terminó de servir el café y se sentó junto a su mujer, que ya se le había adelantado un poco con el desayuno.

Oye, — añadió Mariana cuando estaban a punto de levantarse de la mesa — Gus me dijo que iría al centro, que llegaría más tarde al café.

De acuerdo. — Se levantó, recogió los platos y se estiró. — Vamos al comedor, ¿no?

Gus había comprado un comedor de caoba hacía mucho, pero éste se quedó como una reliquia cuando empezaron a hacer las remodelaciones y entraron las nuevas mesas de cristal líquido y pulido manométrico. Lo primero que construyeron fue el desayunador, una barra de granito cubierta de talavera, y poco a poco se olvidaron de la madera fina y las sillas garigoleadas que aún quedaban en la casa. La plática se extendió un

par de horas. Se habían casado por amor hacía ya más de veinte años. Conoció a Mariana en el Café del Codo, pocos meses después del terremoto, y quedó como mesero casi de inmediato. No recordaba muchas cosas, pero ella sí. Le decía a menudo que le dejaba notas debajo de las tazas y más de una vez le preguntó si no arriesgaba su trabajo por ella. Según Mariana, él le decía que no importaba, pero Gus estaba seguro de que no pasó nada de eso. Aún así, le gustaba pensar que así había sido. Era probable que la hubiera conocido en la universidad, en una de esas pláticas que dan los maestros de bienvenida a todas las carreras y que, perdidos cada uno en su mundo, se hubieran pasado teléfonos y horarios de la biblioteca; de nuevo, no estaba seguro, pero no importaba: Era buena. Eso lo supo siempre.

Se despidió de Mariana, recogió un par de cosas que necesitaría para esa tarde y salió de casa; esta vez, se llevó el Jetta. Tenía tiempo que querían comprar otro coche, pero con la apertura del Época hacía unos años se quedaron sin el capital que necesitaban para el enganche; lo bueno de todo ese asunto fue que el Época pegó y atraía gente de todos lados. Se subió al carro y salió con la puerta de la cochera cerrándose detrás de él. Desde que el acelerador reconoció su peso e inició la marcha le empezó a doler la garganta, y ahora que lo pensaba, los últimos días había visto escarcha sobre los jardines de la uni. Y aunque su explicación de las heladas matutinas y una anomalía en la estrella local, Sipasi-Anna, le parecía completa, algo en su nuca le susurraba que estaba terrible, terriblemente equivocado. Pasó los edificios de la universidad y tuvo que orillarse. El malestar de la garganta se transformó en un mareo. Cayó una pluma de las alas de la muerte esa mañana y lo recordó hasta entonces. Las ambulancias y el camión de bomberos pasaron junto a él y lo dejaron clavado en la calle lateral. Tomó aire, se acomodó en el asiento, bajó la visera y sacó unos cigarros. Llevaba un par de días sin fumar. Debía ser eso; quizá por eso los soportes vitales del Jetta no se habían activado. Prendió el cigarro, inhaló profundo y retuvo el humo un instante. El mareo y el asco que estaba sintiendo se esfumaron. Se reclinó en el asiento. Al menos ahí podía estabilizarse sin problemas. Vio salir a Hugo, no, no es él, por la puerta principal. Se le figuró el tipo de ropa que usaba el maestro, por la barba de candado, por sus pasos cortos y su mirada distraída. Se parecía, pero aquel aún no tenía entradas. Se abrochó el cinturón, algo que no solía hacer pero que el mareo le sugirió que hiciera, y revisó el celular. Tenía un mensaje de su hijo, que le pedía pasara por él a la universidad. Dado que ya estaba ahí, y que tenía el tiempo más o menos sobrado, accedió. Le mandó la ubicación a su GPS personal; la confirmación le llegó casi de inmediato. Así, además, tenía un pretexto para llegar un poco más tarde ese día. No era que no quisiera trabajar; más bien, pensó, se debía al anuncio de la muerte del joven. Y justo la

noche anterior le decían que ya no había suicidas. Se bajó del auto para fumarse lo que le quedaba del cigarro y esperó.

Capítulo 8

Hugo

El evento de esa la mañana lo trastornó, tenía que admitirlo. Había quedado de ver a Andy y a Laura esa tarde, pero llamó para avisarles que se sentía mal. Y no era mentira, pero tampoco creyó que fuera lo mejor decirles que creía que estaba viendo cosas. No después de los medicamentos y no después de decirles que tenía ganas de escribir alguna historia de terror. Temía que pensarán que, o bien, se estaba riendo de ellas, o bien, que su situación había empeorado. Ninguno de los dos casos le convenía. Quizá sólo estaba cansado. Quizá lo habían alcanzado los meses de alucinaciones de los que había huido, los fantasmas de las pastillas que flotaban sobre él todo el tiempo. Regresó a eso de las seis y, desde esa hora, se puso a pintar. Era pésimo, pero al menos ahí podía mostrar las formas de las cosas que quería sin temor a ser juzgado. Su casa tenía dos pisos. En la planta baja vivían sus padres, unos señores ya grandes a los que les costaba trabajo subir la escalera, y arriba estaban su hermano y él. El año pasado su hermano menor se había mudado con su mujer e intentaba visitarlos una vez por semana. De cualquier forma, la casa era muy grande para cuatro personas y dos perros medianos, y el cuarto que antes fuera de Julio se transformó lentamente en biblioteca y salón de usos múltiples. Tenían un jardín un tanto descuidado. Su padre había usado la casa como taller durante años, y los golpes de las máquinas, el aceite y la pintura terminaron por matar partes importantes de tierra. Hugo y Marco insistieron en que no era bodega, pero su papá no los escuchó. Su madre siempre quiso tener árboles de frutas, y al menos la mora, el limón y el manzano sobrevivieron. También habían tenido un árbol de papaya y plantaron una palma de dátiles, pero esos nunca se dieron. Julio hizo un agujero para poner desechos vegetales, y durante años usaron composta casera para los árboles, hasta que, en una ocasión, encontraron una plantita que no se parecía a las hierbas silvestres. La dejaron por curiosidad y ahora, casi seis años después, el árbol de aguacate se había afianzado tanto a la zona que les dolió quitarlo. Además, sobrevivió a las heladas que otras plantas no, y la familia se identificó con él casi al instante. Por desgracia, el traslado al jardín frontal terminó por matarlo, y entre todos se echaban la culpa de la destrucción del símbolo familiar.

Prendió una vela y apagó las luces. Frente a él estaba el lienzo que usaría esa noche. Tomó los óleos, los puso en su paleta y puso música en su teléfono. Tiamat. ¿Otra vez? Gothic Metal de fines del siglo XX, Tierra.. Therion. Haggard. Sopor Aeternus. La lista seguía y seguía, y

todos ellos los escuchaba desde antes de salir de la cápsula de hibernación de la nave Sipasi-Anna. Alguna vez les dijo a sus alumnos que creía que ya era un anciano; la edad, dicen, le atrofia a uno los gustos y no permite que lleguen nuevas cosas. Devil Doll, Lacrimosa, Diorama, Diary of Dreams. Tenía ganas de algo que le ayudara a salir del trance en el que estaba desde esa mañana. Pasó a Dark Funeral, Emperor y Dimmu Borgir y llegó a Opeth. Seleccionó Black Rose Immortal. Le agradaba esa por los cambios que había y porque, a diferencia de la música del siglo XXIV que se sentía, pensaba y olía gracias a los sensores cerebrales, ésta se limitaba al puro placer acústico. Los contrastes entre voces guturales y partes melódicas le ayudaban a pensar, y además, sabía que duraba veinte minutos. Le servía para activarse. En las mañanas, cuando todavía estudiaba en la universidad, se metía a bañar justo con esa canción, y parecía que se había condicionado a tener sus veinte minutos de preparación para todo. Por otra parte, esto le había permitido forjarse una disciplina más o menos estricta al momento de escribir, leer o pintar. Together we gazed, awaited. Hours brought thirst and the rising sun. El violín le indicaba que estaba más o menos a la mitad de la canción. También le decía que era momento de abandonarse a los sonidos que venían. Había elegido una tela gris como base. Tomó un carboncillo y trazó un círculo, un par de líneas para orientarse, y cambió al pincel. Azules, amarillos, naranjas, todo era igual entre las sombras. Pensó en dos árboles y un lago, en un montón de hormigas, en un par de ríos que se conectaban al cuerpo principal del cuerpo acuoso. Había perdido la música de vista y de pronto era ya otra. Una guitarra acústica, una canción que lo seguía desde su infancia y que anunciaba las catacumbas de Tristán.

Jugó Diablo durante mucho tiempo; le quedó el amor a lo fantástico, a lo oscuro, y era también el juego favorito de Julio. Recordaba haber pasado horas y horas buscando los objetos para sus personajes; él usaba un nigromante, Marco, su hermano de en medio, un bárbaro, y su hermano menor siempre elegía un paladín. El arcoíris de sombras crecía y se iba agrandando. The Sparrows and the Nightingales. Le gustaban como tres canciones de Wolfsheim, y esa era la que más. Move in circles, walk on lines, no human being in sight. Calm the winds and calm the seas, let's try another kind of peace. La música fue cambiando y las horas pasaron, pero tenía tiempo que Hugo se había ido a otra parte, al mundo de óleo en el que valles y montañas eran una ocurrencia temporal que se disolvería con un toque de su pincel.

No supo cuánto tiempo pasó, hasta que sonó Tiamat, otra vez. It's raining dead angels from the sky. La vela tenía un par de minutos titilando. Decidió que por esa noche era suficiente, acercó la vela al cuadro y sólo

vio un par de columnas pardas. Encendió la luz y un torrente de sombras entró al mundo. De pie ante él, trabada en el cabestrillo, estaba la grieta, con su aura ambarina, y dos enormes siluetas arrojaban un río de gente a sus fauces sin fondo.

Capítulo 9

Gustavo

Llegaron al café un poco más tarde de lo que esperaban. El Ayuntamiento decidió hacer hoyos por toda la ciudad que para hacer puentes y caminos, y aunque Gus entendía el beneficio a largo plazo, eso no quitaba el estrés de la gente. La primera vez había sido hacía unos dos días. Un par de weyes se bajaron para golpearse porque uno rebasó a otro. En ese momento le pareció normal. Ya era algo cotidiano en Sipasi-Anna Capital, y supuso que el ritmo de vida de las grandes ciudades tarde o temprano llegaría a Aguascalientes. Ese mismo día, en la tarde, hubo dos incidentes más en Toluca y en Sonora. En el radio dijeron que un camión de cemento se paró frente a uno de pasajeros y los choferes se golpearon con barras de metal. En el otro, una moto rebasó a un Sentra y le lanzó el vehículo directamente al conductor. Apenas el día anterior hubo más sucesos y más violentos. Gente que se aventaba directamente al parabrisas. Apedreados. Incluso llegaron a atropellar a alguien, pero no fue el peor. Se supo de alguien que dejó su vehículo cerca de la grieta y caminó varias cuadras, pala en mano, para cristalear el coche de alguien que alguna cosa le habrá gritado, que lo esperó y lo golpeó hasta que quedó irreconocible. La policía del estado dijo que eran "eventos regulares", pero esa mañana, además del suicidio, había habido varios choques y palizas alrededor de todo el Segundo Anillo. Incluso los militares decían que la gente se estaba tornando agresiva. Por unas horas, desde que recogió a su hijo hasta poco después de llegar al café, Gus pensó en cambiarse de ciudad. Fue apenas un destello, pero le dio miedo siquiera considerarlo. El trabajo, los clientes y que el *Época* conservara esa calma de todos los días le ayudó a empujar el pensamiento al fondo de su cráneo, ahí donde dejaba las cosas que quería olvidar. Lavó la copa que siempre le daba a Diego, un cristal grabado con destellos de plata, muy resistente y elegante, que le gustó desde la primera vez que fue. La había conseguido en un bazar en Puebla hacía ya unos años, quizá diez, ¿o más? Ya le parecían todos iguales, y la verdad era que el viaje espacial hacía poco por ayudarle a recordar. Como que había perdido la capacidad de medir qué tan lejos estaba realmente un evento. A veces le decían seis años, y él pensaba en unas semanas; a veces, escuchaba veinte años y le parecía que aún no había nacido de tan lejos. Le pasaba lo mismo con los cien años. A veces creía que eran nada, ¿qué tanto pudo pasar desde la Revolución?, y a veces pensar que la Segunda Guerra Mundial tenía casi trescientos lo mareaba. Puebla, ciudad de agua y musgo. Pasó un par de años ahí. Recordaba el templo de San Francisco y el centro comercial que hicieron en sus terrenos. Había un árbol muy grande dentro de la plaza, y recordaba también luces, vidrios y fuentes con peces. Siguió lavando los platos que usaría esa noche. Era viernes. Era probable que fueran Mario y

Jenifer; Diego, Martín y don Gerardo también solían ir por la tarde.

Acomodó el café en la charola. Le parecía raro que Hugo no hubiera llegado. Era de los pocos clientes que tenían una rutina grabada en piedra. Quizá los accidentes y la ola de violencia lo habían retrasado. Se dirigió a Martín y le dejó el jugo de naranja. Diego y Lucy tampoco habían llegado. Don Gerardo estaba sentado cerca de la puerta del jardín trasero y tenía una silla junto a él. Era el único de la edad de don Víctor y solían platicar de vez en cuando. Hacía tiempo, don Víctor le contó cómo se conocieron Justina y él y desde entonces se hicieron amigos. A Gus le parecía hermoso que se le hubieran olvidado tantas cosas menos esa. Le dijeron que tenía que caminar más para olvidar la guerra. Anduvo de arriba abajo, entró a trabajar a los trenes bala, pero lo corrieron por su carácter violento. Una tarde que caminaba en el Jardín de San Marcos, decidió integrarse al juego de cortejo que se hacía entonces. Tomó una rosa y caminó hacia la derecha; Justina a la izquierda. Fue, lo que se decía antes, amor a primera vista. Los padres de Víctor murieron cuando andaba en Vietnam, pero don Vicente lo acogió como a un hijo. Cuando pensaba en el sufrimiento que cargaba, Gus se preguntaba por qué no sólo lo borraba con alguna de las terminales de la nave que los había llevado hasta ahí y su respuesta era siempre la misma: No sería yo sin mis recuerdos. Fue por un café turco para don Gerardo y lo llevó a la mesa de su cliente, hasta atrás. No lo vio por ahí y asumió que habría ido al baño, porque ni siquiera cuando Víctor iba, abandonaba el lugar. Era más fácil que el ex marine se acercara a él que él se moviera de ahí.

Un par de clientes más le pidieron un frappé Época y un plato de nachos con camarón. Estaba haciéndose de las cosas para cocinar cuando una cucaracha lo distrajo. La veía y no la veía, como que se escondía siempre en la orilla de su ojo. Tomó un trapo de esos grises que se endurecen de tanto limpiar dulces, licores y lágrimas y dio un golpe. El insecto se puso fuera de su alcance una vez más, y Gus dio tres pasos. Se hizo el disimulado y volvió a atacar. Una vez más, el insecto escapó. Decidió terminar de preparar las bebidas de sus clientes. Intentó llamar a su hijo para que le ayudara pero no pudo. Ahora veía cucarachas en todos lados. Debajo de las mesas, dentro de las latas de conservas, encima de la plancha de la cocina, en los licuados. Gus quiso gritar, pero la misma sensación de impotencia de la noche anterior se apoderó de él. Se había paralizado. A lo lejos, vio cómo don Víctor se reía. Las cucarachas se metieron por su boca abierta en un torrente marrón que le hinchaba la barriga a don Víctor tanto y tan rápido que parecía que lo iba a reventar. Las cucarachas corrieron de todos lados y se metieron una tras otra en él

hasta que no quedó ni una sola en el lugar.

Capítulo 10

Hugo

El patio olía a cenizas. Tras descubrir la abominación que había pintado, el profesor de bachillerato decidió quemar todo cuanto hubiera tocado la noche anterior. Sus padres le preguntaron si pensaba hacer carne asada tan temprano y les dijo que sí, que quería agradecerles su apoyo en lo que se cambiaba de casa. Y era, en parte, verdad. Su novia, Lucía, estaba viviendo en Guadalajara desde hacía un par de años, y querían vivir juntos a partir de junio de ese año. No les dijo por qué gritó hasta despertar a los vecinos. No les dijo qué fue lo que apareció en el cuadro, ni les dijo tampoco a sus hermanos que creía estar viendo cosas. Desde que le diagnosticaron la depresión, sintió como si sus hermanos lo tacharan de loco, de inestable, sobre todo porque su abuela paterna había sufrido diez años de esquizofrenia antes de morir. Y aunque todos sabían que no era lo mismo, Hugo no dejaba de sentir el estigma en las plantas de sus manos, en su cuello y costado. Esa mañana tomó dos pastillas de sertralina, a ver si así se iban las alucinaciones. Lucía le había dicho que era peligroso y que los efectos no se acumulaban, pero no tenía mucho que perder de todas maneras. Se sintió cansado, con mareos, pero nada que no lo dejara moverse. Bajó el cuadro, prendió la fogata y, cuando estuvo a punto de lanzarlo sobre las llamas, se arrepintió. Lo dejó a una orilla del patio, cerca del árbol de mora, le puso una sábana de las que tenía tendidas su mamá y juntó leños para cocinar. Tardó unos cinco minutos. Su primo José le enseñó a hacer un pequeño recipiente con una servilleta de papel, ponerle aceite y dejarlo arder en medio de una casita hecha de carbón y troncos. Los carbones ardían más rápido y era más sencillo conseguir una llama decente. Desayunaron arrachera esa mañana y aunque disfrutó la comida con sus padres, su sobrino y sus hermanos, Hugo no podía dejar de pensar que quizá, y sólo quizá, debería estar buscando ayuda. Las alucinaciones no eran algo normal. Según Lucía, los cuadros depresivos podían presentar también cuadros alucinógenos. Algo así recordaba. No retenía las palabras exactas de su mujer, pero la idea era esa. Y temía que se estuviera agravando.

Decidió visitar a Silvia. Vivía en el centro, se conocían desde hacía mucho y, además, ambos eran grandes fanáticos del terror. Cuando menos, pensó, con ella puedo platicarlo abiertamente. Guardó el cuadro con todo y sábana en una vieja maleta que tenían ahí en la casa y se despidió de sus padres. Se dirigió a la parada del camión y esperó. Le mandó mensaje a su amiga, estimaba llegar en una hora, a eso de las doce. Se sentó en una orilla de la banqueta, justo donde los árboles le

hacían sombra, y sacó una libreta de bocetos. Pasó las hojas y trazó la misma estructura que había hecho para el cuadro. ¿Cómo falló? Dos líneas a los lados. Un lago en el centro. Árboles, peces, un flujo de amarillos. No recordaba haber trazado los ojos ni los dedos de los monstruos, y menos con la claridad que los vio. Tampoco recordaba haber hecho figuras de gente. El sonido del motor del camión lo trajo de vuelta a la realidad. Abordó el camión, guardó sus cosas, se acomodó y empezó a cabecear de sueño. La verdad era que había dormido poco y mal, y el desayuno, más pesado de lo que acostumbraba ingerir, terminó por adormilarlo. Abrió los ojos, pasó el centro comercial de Avenida Universidad. Volvió a abrirlos una cuadra enfrente de la uni. Los cerró y sintió un golpe. Los embistió un bocho desde atrás. Hugo sabía que no sobreviviría. Otro golpe, más fuerte. Una camioneta se clavó a sus espaldas. Luego otro. Y otro. Seis vehículos en carambola, una montaña de plástico, huesos, gasolina y acero. Hugo miró por la ventana. Un grupo de gente había obstaculizado el paso con barricadas y alambres de púas.

¡Agárrense cabrones! — el chofer encendió la marcha del camión y pisó el acelerador.

¡No mames cabrón! ¡Hay gente ahí! — Un hombre como de cuarenta años se levantó de su asiento, pero tropezó con el enfrenón del camionero.

¡Pus que chinguen su madre! — El del camión volvió a arrancar— ¡Ya mataron a cincuenta hoy! ¡De pendejo me quedo!

¿Qué chingados?

Ya les dije, ¡Agárrense! — Pisó una vez más el pedal y Hugo sintió el camión aplastar algo. La turbulencia que siguió conmocionó a tres o cuatro pasajeros, pero para Hugo fue como pasar un tope.

“... tres camiones de la ruta cincuenta fueron quemados hasta los cimientos en Tercer Anillo. No se ha podido aclarar cuáles son los móviles de las agresiones, pero los uniformados creen que se pondrá peor.

“Así es Juan Luis, e informarte que tenemos una persecución en progreso a la altura de Primer Anillo y salida a México.

“Tenemos un mensaje de un radioescucha, parece que hubo un atropello en Universidad y Segundo Anillo. Al parecer un desgraciado de la ruta once se llevó a varias personas que estaban reunidas ahí frente al centro comercial.

“Nos llega otro mensaje. Dice que la gente fue la que atacó primero, y que la carambola que se hizo detrás fue obra de estos inconscientes que arrojaron piedras al camión.

“Otro mensaje más. Nos dicen que también en Segundo Anillo los conductores de la ruta cuarenta recurrieron a los atropellos multitudinarios para saltarse las barricadas. Le recomendamos a todos nuestros radioescuchas que si no tienen a qué salir, no lo hagan. El estado...”

El radio sonaba y sonaba. Habían cortado la transmisión de música para darle prioridad a las transmisiones en vivo, pero Hugo ya no escuchaba. ¿Viviría en paz, estaría en paz en la tierra sabiendo que no hizo nada para prevenir una muerte? Qué importaban ya sus alucinaciones: era cómplice de un asesinato y nada de lo que hiciera cambiaría las cosas. El traqueteo del camión se fue cubriendo gradualmente con los sonidos de las sirenas. Las patrullas se detuvieron frente al camión, bloquearon el paso y, de pronto, los dejaron ir. Hugo miró hacia el frente. Tenía quince minutos para llegar con Silvia. Tenía que avisarle que el camión chocó con algo y que iba retrasado, aunque nadie parecía saber por qué. Era igual que la vez del Época, hacía apenas unas horas. Inhaló profundo, sacó sus bocetos y se fue despierto el resto del camino. Se preguntó si la pintura le parecería igual de horrible la segunda vez que la viera.

Capítulo 11

Gustavo

Buscó toda la noche indicios de las cucarachas que había visto, pero no había nada. Daniela y Joel parecían más alarmados de la certeza de su patrón que de los dichosos insectos. No había rastro ni en el azúcar, ni en la harina, ni en ningún lado; ni siquiera los drones hallaron indicios de una infestación, sin embargo, Gus se obstinó tanto que decidió que ese sábado se fumigaría el café. Los dejó ir un par de horas antes de lo habitual porque le preocupaba que les tocara algo del vandalismo que se estaba extendiendo por la ciudad. Era algo muy extraño. Parecía venir de afuera, de las orillas de Aguascalientes, como si hubiera empezado en los municipios de los alrededores y luchara por cubrir todo el estado. Al menos se le figuraba así, como cuando tiras una piedra al agua y las ondas se alejan sólo para volver más grandes y fieras al centro. Pero si era eso, ¿qué piedra habían tirado, y qué despertó la furia del mar? Regresó a su casa, pero la sensación de que las cucarachas lo seguían no se iba. Veía a don Víctor en cualquier persona que se sentaba; veía el torrente de sombras entrar por la boca y las orejas, y cómo éste les provocaba una risa atroz, como de toro a medio morir, como si al diablo se le hubiera olvidado a qué había ido ese día a la tierra. Hugo o alguno de sus amigos fantoches le habían dicho alguna vez que la gente veía cosas cuando dejaba de dormir, y don Víctor, en una plática distinta, le contó cómo en Vietnam torturaron a los soldados dejándolos despiertos por días. Quizá fuera algo de eso. Tenía más de dos semanas sin dormir bien. Aunque Mariana le ayudaba y preparaban la cama juntos, sentía como si el colchón tuviera piedras, bolas, o ambos, porque amanecía adolorido de la espalda, brazos y cuello. Más de una vez le dijo a su mujer que sería prudente invertir en un colchón nuevo, pero Mariana no quería endeudarse hasta que terminaran de pagar el auto; el asunto era el mismo: Estaba cansado.

Esa mañana se levantó poco antes que su mujer. Terminó de lavar los platos que le quedaron pendientes a ella, salió al patio, un patio pequeño que tenía algunas piedras blancas, un manzano, algo de pasto y un vidrio lo suficientemente grueso para disuadir a los ladrones, y se sentó a fumar. Sí, quizá debería dormir en el sillón. A veces Mariana se enojaba porque tanto Gusito como él se acostaban en la sala, cuando sabían que no tendrían invitados, y a veces, ella misma caía rendida en los sillones de la planta alta. Poco después de que llegaron la noche pasada, Mariana los recibió con cuatro quesadillas con aguacate para cada uno. No se los dijo, pero Gus sabía que había escuchado las noticias. Habían matado a tres

afuera del Época como a las doce, unos diez minutos antes de que llegaran. Se asustó, les marcó y como ninguno le contestaba, asumió lo peor. Cuando llegaron, estaba deshecha en llanto. Le dijeron que habían salido mucho antes de lo que esperaban por lo de las cucarachas, y Mariana los abrazó y llamó a los delirios de Gus una bendición. Claro que Gus no estaba tan contento, pero al menos eso tenía que reconocerlo. Era mucha coincidencia que mataran a alguien ahí, sin motivo aparente. Los habían baleado, según decían unos, pero no se encontraron ni casquillos, ni huecos de bala, ni nada. Rumores, pensó Gus. Buscó a Pedro, un fumigador amigo de un amigo, y quedó, muy formal él, en que llegaría a las dos de la tarde. Lo ideal, le dijo el tal Pedro, era que no entrara nadie en tres o cuatro días. Aunque a Gus no le agradó la idea, supuso que no había más remedio y aceptó. Así, pensó, tendría unos días para su familia. Hacía mucho que no estaba solo con Mariana. Primero, el café. Luego, la enfermedad de sus padres. Y más atrás, los cambios de ciudad, los ires y venires, la falta de dinero y, sobre todo, la vergüenza de ambos: no poder concebir. Lo intentaron, por Dios que lo habían intentado, pero por años nada pasó. Luego la distancia. Luego las enfermedades. Luego el dinero y luego los padres. Sólo la Mandrágora les había salido bien. Mariana le propuso el nombre: decía que ese café llegó al mundo gritando su canción luego de años de pasar bajo la tierra, formándose. Y a Gus le agradó. Sonaba a algo que podía tener en la cabeza, una pequeña victoria tras meses, y meses, y meses, y más meses aún de andar sobre un yermo. Ambos sonrieron con el nombre y así lo registraron.

Despertó a eso de las nueve de la mañana con la sensación de que había pasado muchísimo tiempo. Mariana había salido ya, pero le dejó dos sándwiches en el refrigerador. Se bañó con agua fría para terminar de despertar, preparó un café con canela, pimienta, jengibre, clavo y piloncillo y subió una caja de mermeladas al coche. Pensó que sería mejor llevar las cosas de una vez, antes de que los fumigadores sellaran el local. Desde que recordaba, su esposa había sido un tanto distante, pero siempre le demostró su amor de lejos. Le preparaba comida. Le dejaba recados en los que siempre era "mi amor" o "Gus bonito", variaciones de eso que le tocaban el corazón. Cuando Sabines se puso de moda entre los literatos del café, se acordó de Mariana una y otra vez, porque mucho de lo que decía era describirlos a ellos, de lejos, diferentes quizá, pero muy cercano a lo que ellos habían sido siempre.

Llegó a eso de las once. Diana y Joel ya tenían todo cubierto con el plástico que les indicaron. La mesa de atrás, que tanto tiempo llevaba sola, también. Los meseros le dijeron que habían buscado cucarachas otra vez, sin resultados. Gus dejó las mermeladas a un lado y ayudó a proteger todo. Terminaron media hora después. Los fumigadores llegaron

a la una, y a los quince minutos, habían empezado ya a rociar el café con el insecticida. Tenía una tarde libre. ¿Qué podía hacer? La súbita sensación de libertad fue reemplazada con un vacío que no conocía. Era libre de hacer lo que quisiera, pero, ¿qué quería? Alguna vez en la prepa le dejaron un libro sobre los nazis y la resistencia del alma. La escena final lo impactó. Las fuerzas aliadas desmantelaron el campo de concentración y liberaron a los prisioneros, pero éstos no se movieron de su lugar. Y no era el hambre o las fuerzas nulas, sino su rutina. El mundo se había movido, había cambiado sin ellos, y ellos, que se quedaron atrás, no serán sino fantasmas para el resto de la gente. Recordaba que el libro decía que los prisioneros sentían que las familias y amigos los valoraban poco; ¿qué tanto podían hacer quienes no vieron las cámaras de gas de Auschwitz con sus ojos? Sacudió la cabeza. No era lo mismo, pero se sentía igual. Necesitaba hacer algo, lo que fuera. Decidió encaminarse a lo que antes era el Parián. La gente decía que se podía ver la grieta desde las calles de alrededor sin problema, y había algunos cabrones que cobraban por dejar entrar a los balcones. Era sábado. Podía hacerlo. Respiró hondo una vez más y avanzó. Haría quince minutos, si acaso, si se iba a pie. Y quizá era lo que le faltaba. Tomó Madero. Tenía la sensación de que algo grande había pasado hacía poco en el cruce entre ésta y Zaragoza, pero no recordaba qué era. Lágrimas, un camión, una patrulla que no detenía al chofer. Una ciudad que enloquecía poco a poco. ¿Qué le pasaba? Él no era de esos que se ponían melancólicos. Algo raro pasaba desde hacía un tiempo. La imagen de un hombre invadido por cucarachas volvió a él, en medio de las sombras de los sueños. ¿Quién era ese sujeto?

Los edificios de Madero tenían un aura de atemporalidad que le agradaba. Sabía que no tendrían más de cuatrocientos años, pero no podía precisar de una sola mirada cuándo los construyeron; tan perfectas eran las réplicas hechas sobre Sipasi-Anna que sólo los arquitectos de las ciudades espaciales podrían acercarse a las fechas verdaderas. Sabía, al menos, que el Agujero a Chronos llevaba varios años desactivado, pero no importaba. Aguascalientes, o la Nueva Aguascalientes como la llamaban en los demás planetas, era una joya en bruto. Quizá era que las ciudades se grababan en la memoria de la gente como una estatua, una Piedad que cambia poco, o nada, con el paso de los siglos. Las calles del centro eran algo muy similar, pensó. Aguascalientes había crecido desmesuradamente durante los últimos dos años, pero el crecimiento era de una sola pasada. A veces regresaba y renovaba las cosas que había dejado atrás, pero era poco. Los edificios de siempre eran siempre iguales, y podían pasar años sin ver cambios. El gobierno había renovado las fachadas de los comercios del centro hacía meses, y Gus lamentaba no recordar cómo eran antes del cambio. Por eso pensaba en las estatuas. Nadie recordaba cómo eran los mármoles de Miguel Ángel antes de él; nadie pensaba en los poros y fisuras que traía la piedra, y menos aún pensaban en las canteras o los montes. La gente veía las estatuas terminadas, y si alguien las destruía,

entonces eran sólo escombros, imperfecciones, un arte perpetuo que ya no era. Tenía que ver fotos. Quizá así recordaría los rincones donde conoció a sus primeros amigos, donde leyó sus primeros libros en esa ciudad que lo adoptó cuando llegó. Recordaba algunos árboles, algunas casas en ruinas que fueron restauradas, y los nombres. Los nombres siempre se quedaron. Cuando cambiaron de Primer Anillo a Convención, la gente decidió mandar a todos a chingar a su madre y siguieron diciéndole Primer Anillo. Porque así era. La costumbre era más poderosa que cualquier designio gubernamental, y tenía que reconocerlo, a él también le valía madre cómo querían que se llamaran sus calles, sus recuerdos, sus paseos con amigos. Cada uno cincelaba sus propias palabras en la memoria. Pasó junto a árboles y cafés, a los churros y a las pizzerías del centro y dio vuelta en Benito Juárez. Antes de que se abriera la grieta, el pasillo que conectaba a Juárez cruzaba con otra calle peatonal, Allende, pero la grieta se había tragado el cruce. Desde entonces, los oficiales tenían una dizque barricada perpetua ahí para evitar que la gente se aventara, y había funcionado. Las cámaras no registraron nunca intentos de suicidio ni nadie reportó jamás a alguien desaparecido. Lo que sí, muchos decían que la grieta tenía un poder mágico, como que te atrapaba y no dejaba que te fueras hasta que ella quería. Vio un par de puestos de chascas, un preparado de elote hervido que los chilangos llamaban esquite, que además vendía recuerdos de la grieta y entradas para uno de los balcones para ver mejor el panorama. A pesar de querer su ciudad, Gus creía que era una de las mejores cosas que le había pasado; al menos, así, la gente tenía una maravilla natural que presumir. Muchos tenían al Cerro del Muerto como un atractivo, pero había perdido cierta magia cuando la gente decidió que era una de esas cosas que van a llenar de basura y pisotear en fila; una especie de Monte Everest más triste, más pequeño y más sucio.

Clavó los ojos en la grieta. A pesar del sol de la tarde, podía ver los destellos púrpuras del piso. Las resquebrajaduras semejaban magma, y Gus se perdió en los gusanos morados un minuto, una hora, y entonces fue que sintió miedo. Las cucarachas reaparecieron y se quedaron cerca de él, esperando.

Capítulo 12

Hugo

Llegó a casa de Silvia casi a la tres seis. Su abuelita estaba en casa, pero no había nadie más. La señora los dejó solos luego de saludar a Hugo, y tan pronto quedaron ellos dos nada más, Hugo sacó la pintura. Le había adelantado algunas cosas por mensaje. El color, el tema, y la presencia de la grieta. Ella le preguntó si había tomado sus medicinas y, aunque Hugo sabía que sólo quería saber si estaba bien, la pregunta lo incomodó. Sí, había sido un tanto inconsciente al principio, pero hacía mucho que no se descuidaba. Bueno, quizá Silvia leyó algo sobre la medicina. Quién sabe, ahorita me dirá que soy un irresponsable y cómo es posible que trate así a mis amigos. Le contó a muy grandes rasgos lo que sucedió en la mañana, como lo entendía: una barricada, un intento de atropello, un conductor desquiciado, algo sobre accidentes, patrullas que les cerraron el paso para nada y su caminata desde el Jardín de los Mariachis a su casa.

No es la medicina.

Ni yo. Hace rato me tomé dos.

¿Hace cuánto?

Como... — revisó la hora de su GPS personal. Tres diez. — unas tres horas. Según Lucía, dura como treinta horas el efecto.

¿No te has sentido mal?

Un poco mareado — Hugo se agachó a abrir la maleta — pero nada más. No explica nada de lo que vi.

¿Y la pintura?

Aquí la traigo.

¿Sí está tan horrible?

Ahorita la ves. ¿No ha pasado nada raro por aquí?

Pues... se murió un vecino hace dos días. Dicen que se murió de un paro cardíaco, pero parece que lo mataron en un pleito.

Otro.

Sí, ya ves lo de la semana pasada.

¿De la del crucifijo?

Sí. No han dicho mucho en el radio, pero una tía dice que la chava estaba mal y que vio al diablo en su mamá. Que por eso la apuñaló con Jesús.

Parece que se está haciendo costumbre.

Bueno, — dijo su amiga, con un gesto que le dejó claro que la conversación sobre los muertos se había acabado —saca ya el cuadro.

Quiero verlo. — Hugo puso la sábana en la mesa de Silvia, desenvolvió el cuadro, lo apuntó hacia ella y se preparó para el grito de su amiga, pero, más bien, le salió una voz metálica, sin emoción. — ¿Tú pintaste esto?

No creo que yo solo, pues.

Pudiste advertirme.

Ah cabrón, ¿qué pasó? — Hugo volteó la pintura. — Ah chingá. Esto no estaba. — En el fondo, donde antes estaba sólo el cielo ambarino, habían aparecido algunos rostros verdes, con los ojos sugeridos por líneas púrpuras. Hacía unos meses, Silvia le había dicho algo sobre unos experimentos con la inteligencia artificial, algo como los sueños de las computadoras, que eran más bien cúmulos de ojos y bocas, y ahí, amontonados cerca de la grieta, había miles de ellos. No te creo. Me dijiste otra cosa.

Silvia hizo un gesto que Hugo sabía quería decirle “idiota”, y se limitó a revisar su celular. Seguían siendo las tres diez, según el horario terrestre, importado directamente a Sipasi-Anna dada su órbita idéntica a la de Vieja Terra. En algún momento que no recordaba, Silvia le había preguntado de qué iba la pintura, y él contestó, aunque no recordaba cuándo ni cómo, que era un paisaje de pájaros blancos y un río. Estuvieron en silencio un rato. Quería disculparse, pero tenía una gran laguna mental desde que se bajó del camión hasta que llegó. Desde el Jardín del Mariachi a casa de Silvia hacía diez minutos. Intentó recordar qué había hecho, pero una gran cortina de nieve le cubría los recuerdos. La señora les ofreció de comer, y fue hasta entonces que retomaron el habla. Silvia creía que, o bien, Hugo estaba teniendo episodios disociativos, como les dijo Lucía en algún momento, o bien, de verdad algo lo perseguía. Hacía años, los dos vivían en una casa compartida. Tenían un par de meses de conocerse y ya se hablaban como hermanos. En ese entonces, los padres de Hugo le pidieron a los señores García que se lo llevaran a conocer Nueva Canadá con ellos y aceptaron llevárselo. Hasta donde recordaba, ese viaje fue el que acabó de unirlos, hacía más de catorce años. Una noche, mientras Hugo jugaba en la computadora, Silvia llegó corriendo y gritando, y le dijo que algo se movía en el cuarto de sus papás. La señora María estaba con ellos, y también estaban los hermanos menores de Silvia, Eric y Carlos, y todos se encontraban en la cocina o en la sala. Era una tarde de invierno. La nieve cubría las ventanas y resplandecía por todos lados con los pocos rayos de sol que llegaban allá en el norte. Las ventanas tenían palitos de madera, probablemente de pino, pensó entonces, y se rumoraba que alces y osos se acercaban a las casas para hurgar en la basura; Silvia decía que no, que era algo diferente, algo como un señor largo. Hugo pensó que quizá estaba jugando hasta que toda la familia escuchó un golpe seco, de algo pesado que caía al suelo. Se levantaron todos corriendo y llegaron al cuarto. El proyector de holovisión de los señores estaba en el piso, con el emisor estrellado; el resto de las cosas no se había siquiera movido. Llamaron a Humberto; el papá de Silvia llegó media hora después. Les había dicho que no se acercaran a los cuartos porque podría haber un oso (Hugo recordaba bien que les dijeron que la gente no salía al frío en invierno a menos que tuvieran una muy buena razón, y que eran más bien los animales salvajes los que causaban destrozos. Ahora que estaba más

grande, se preguntaba qué tendría que estar haciendo un oso en una casa; debía, más bien, estar invernando. Sea como fuere, la explicación de Humberto les pareció suficiente a los niños, y María tuvo el sentido común de no decir lo contrario, cosa que, en retrospectiva, agradecía.) buscando calor o algo de comer. Claro que él y Silvia, pasado el espanto inicial, estaban fascinados con la idea del oso. Pensar que podía ver uno ahí, tan cerca...

La blancura de la nieve dio paso a la casa de Silvia. Debían ser como las ocho de la noche, pero el reloj de la sala insistía en que era mucho más temprano. Su amiga se puso de pie y abrió la puerta de su patio, pero lo que entró en la casa no fue luz, sino una marea de algo blanco, como millones de insectos, seguida de un grueso manto de oscuridad. A lo lejos, una especie de zumbido, como un motor que gorgorea con las notas más graves de la noche, se encendió. Silvia corrió de regreso a la sala y Hugo levantó la mesa de golpe para formar una barricada, pidiendo que fuera lo que fuera que estaba ahí afuera podía ser detenido. Entre los dos taparon la entrada del cuarto. Inhalaron y exhalaban varias veces, sintieron los golpes de las cosas; Hugo había visto estrellarse pájaros contra una ventana y esto era algo similar. Estuvieron ahí, quietos y con el corazón latiéndoles en el estómago hasta que las cosas dejaron de chocar contra la mesa. La señora, pensó. El piso del cuadro se volvió blanco, blanco, como si millones de insectos hubieran muerto y se hubieran amontonado alrededor de la grieta. Silvia corrió hacia el cuarto de la señora, un pequeño espacio al fondo de la casa.

¿Qué pasa, hija? — No lo diría, pero Hugo sabía que Silvia agradecía con todas sus fuerzas el que su abuela no hubiera visto nada.

El gas, señora. — dijo Hugo. — Escuchamos algo y pensamos que era el boiler.

No escucha, Hugo. — Silvia se recargó en una de las paredes y se echó la melena hacia atrás. — Gracias a Dios no escucha. — Se acercó hasta su abuela y se agachó. — Nada, abuelita. Un ruido, pero ya vimos que no pasó nada.

No seas mentirosa, chamaca mensa. Algo traen ustedes dos. — Hizo una pausa. — No me digas que estás embarazada.

¿Qué? — Silvia se puso de pie de un salto. Casi tiró el maquillaje y demás accesorios de un mueblecito cercano. — No, no es eso. Creo que pasa algo, abuelita, pero te digo más al rato.

Ustedes y sus cosas. Un día se les va a aparecer el chamuco.

¿Está bien? ¿Necesita algo?

Un vaso de agua, Hugo. Gracias por preguntar. — La señora se acomodó en la cama como quienes se disponen a dormir. — ¿Podrías apurarte? Me va a ganar el sueño y no me gusta dormir con la garganta seca. — Ambos salieron de la habitación. Hugo esperó hasta que Silvia cerró la puerta.

¿Qué chingados fue eso?

¿Y cómo quieres que sepa?

Me lo pregunto a mí. — Silvia inhaló y Hugo pudo ver que le temblaba el labio. — Al menos ella no vio nada.

Silvia. — Entornó los ojos hacia él. — ¿A qué hora se duerme tu abuela? Como a las diez y media. — Abrió los ojos tanto como pudo y añadió. — No me había dado cuenta de que ya está oscuro.

Entonces no soy el único. Vamos al comedor y te cuento lo que recuerdo. — Avanzaron en silencio los diez metros que separaban una habitación de otra. — Empezó hace dos días. Fui al Época un rato, como a las seis. ¿Te acuerdas de cuando fumamos mota?

Ya sabes que yo no le hago a esas chingaderas, pero sí, me acuerdo.

Fue algo parecido. Dejé de sentir las horas. Tenía que concentrarme mucho a cada instante para saber qué había estado haciendo hacía unos minutos. Pues eso, como que dejé de entender el tiempo.

¿Y luego?

No sé cómo llegué al Parián. Siento que estuve corriendo, pero no sé ni por qué ni a quién seguía. Como si hubiera despertado ahí. Lo más raro es que no podía ver colores.

No te hagas el chistoso, Hugo.

¿Qué?

A mí me está pasando eso. Veo todo verde, como si los lentes trajeran un filtro. — Parecía verdad. Hugo no se había dado cuenta de que estaba mirando a todos lados desde hacía un rato; buscaba, ahora lo sabía, algo que fuera de un color distinto. — No sé que estés haciendo, pero deja de hacerlo. — Hugo dio un paso atrás. — ¡Basta! — No iba hacia él. Se lo decía a ella misma.

Hugo quería agregar algo, lo que fuera, porque sentía la garganta cerrada, pero la muerte lo volvió a jalar con sus dedos sin mano. Tiró de él hasta que se tropezó con el sillón y derribó el cuadro que había pintado la tarde anterior. Los rostros parecían sonreírles. Silvia se levantó, corrió hacia la entrada y salió de su casa. Hugo se desmayó pocos segundos después.

Capítulo 13

Gustavo

Pasaron años antes de que el Mandrágora levantara, pero cada día después de eso valió la pena. Se llenó de gente joven, poco más joven que ellos, y conoció a muchos de los amigos que tendría más adelante en su vida ahí mismo. Gente del toro, gente del arte y las letras, uno que otro fantoche y muchos músicos sin carrera se conjugaron entre las mesas del café. Le regalaron pinturas, cantos, poemas y, sobre todo, le regalaron una alegría que no conocía hasta entonces; como que le sustituyeron las pérdidas de antes, como que se la repusieron con creces. Como toda planta, el Mandrágora se secó algunos años después, pero qué años trajo consigo. No recordaba haber sentido el amor de tanta gente así, tan desinteresado como entonces.

Ya estaba oscuro para cuando decidió que era hora de regresar a casa; había llegado hasta las orillas del agujero sin proponérselo, sin pensarlo. Era verdad que algo lo tenía intranquilo, pero no sabía qué era. Desde esa tarde no había podido dejar de pensar en la grieta y llevaba ya algunas horas ahí nomás parado. Lo peor es que ni siquiera es tan especial. Una fisura en el piso. Un agujero sin fondo. Era todo. Algunos dizque expertos de lo paranormal habían llegado mientras él miraba al vacío y dijeron que querían medir la actividad de los fantasmas en la zona. La policía se rio de los sujetos de las cámaras, los drones y los aparatos de sonido y les dijo que claro, que podían montar sus instrumentos en donde quisieran, siempre y cuando pagaran las cuotas de visita. No habían logrado gran cosa, dijeron, y los oficiales los condujeron a chingar a su madre con gran entusiasmo. No lo pudo evitar. Se acercó a uno de los encargados de las grabadoras y le preguntó si tendrían resultados en algún momento.

Es muy temprano, don.

Bueno, pero tendrán algo, supongo.

Quizá mañana en la tarde. Mire, — le extendió una tarjeta de presentación. Jacobo Ornelas. — puede llamarme como a las cinco, mañana. Tal vez a esa hora ya haya algo.

¿Y qué buscan? — Jacobo se encogió de hombros, y contestó con una voz monótona, idéntica a la que usan los padres para decirle a los hijos, por décima vez, que falta media hora para llegar a la playa.

Sonidos, movimientos, psicofonías. Cualquier cosa que no haya estado ahí cuando hicimos las grabaciones. Puede buscar en cualquier lado videos de extraterrestres y fantasmas. Le saldrán mil de lo mismo.

Oye pendejo, no me estoy burlando.

Vaya. — Jacobo lo barrió con la mirada. — Mire, si quisiera que me insultaran a mí o a mi trabajo, me iba al radio a hablar de horóscopos y mamadas.

¿Por qué la grieta?

¿Disculpe?

Pendejo y sordo. — Gus no lo iba a dejar tan fácil. Si algo le fastidiaba era que la gente asumiera cosas de él. — Quiero saber qué tiene de especial esto como para que vengan de fuera, ¿eres de la Ciudad de México, no? — Hizo una pausa. — Se te nota el acento de imbécil. — Quería ver cuánto podía presionarlo antes de que soltara la información. Siempre servía con esos que se las daban de saber todo. Los provoca uno tantito y se hacen ciegos. Perfecto, Jacobo, a ver quién es más chingón.

Me quedan dos días aquí y no me voy a quedar a escuchar a un viejillo cabrón. ¿Ya acabó? Lárguese.

No, pendejo, pérate. Quiero saber qué estabas haciendo en mi terraza.

¿Su terraza? — Era poco, pero había empezado a dudar.

Esa casa donde andabas hace rato. Ahora, cabrón, o me dices o te echo a los municipales. Les gusta la gente de fotos, dicen que los ponen a grabar cosas ahí con los militares.

Pero... pero creí que era público.

A mí me vale madres lo que hayas creído.

Podemos arreglarnos.

A mí me parece que no, pinche reporterito pedorro. — Gus hizo gesto de largarse, y Jacobo se interpuso en su camino.

Mire don, yo no quiero pedos. Vine a grabar unas madres, entrada por salida, y ya me largo.

Pues mira, o me muestras lo que grabaste, o te traigo a la poli. Tú decides. — El disque especialista se detuvo a meditar sus opciones, y al final habló.

Pinche don. Trépose a la camioneta, cierre el hocico y verá.

En la combi venían tres personas: Jacobo, una muchacha mucho más joven que éste, Astrid, y el novio de ésta, un tal Leo. Todos lo saludaron y se pusieron en marcha. Iban a Santa Anita, a la "base de operaciones", una casa culera por la que seguramente apenas pagarían mil pesos al mes. Llegarían como a las doce, dijeron. Habían montado una terminal cuántica conectada al internet al sistema de alimentación del vehículo.

¿Y ora? ¿Éste quién es? — Astrid puso unos audífonos muy grandes a su izquierda.

El dueño de un balcón. Quiere ver nuestro trabajo.

¿Apoco sí muy chingón don? — Leo, que se encargaba del ecualizador, volteó a verlo.

Dice su jefe. Yo sólo quiero saber si hay fantasmas aquí.

A eso vinimos. Escuche, — Astrid le pasó los audífonos — le voy a poner algo de lo que grabamos hace dos días. — La muchacha se levantó y le

dejó el asiento. — Pásele.

Entonces, ¿aquí que hago?

Póngaselos. Ahí va.

¿Va a llevar mucho rato?

El que necesite, pinche viejo. — Jacobo, ya en su ambiente, parecía haber recuperado la confianza.

Pérenme. Hago una llamada. — Gus llamó a casa. Nada. Luego, a Mariana. Sonaba tranquila y contestó de buen humor. — Mi amor, llego tarde a la casa, quizá no llegue. Ando ocupado. Nos vemos mañana, ya duérmete. ¿Qué? Sí, ando con unos chamacos, que quieren mostrarme fantasmas. No. No, tampoco. Sí, tendré cuidado. Te amo. — Guardó el teléfono y Astrid se acercó.

¿Listo?

A ver.

Se puso los audífonos. De pronto, el zumbido del motor, los ruidos de la calle y todo cuanto estaba cerca quedó en silencio. Vio que Leo tocaba unas pantallas, unas líneas, y esperó. Al principio no oyó nada fuera de lo normal. Se oían pasos, gente a lo lejos. Escuchó a los policías riéndose y a Leo diciendo que todo estaba en orden. También escuchó a Jacobo. Las primeras impresiones, qué cosa tan horrible. Se oye que trata bien a su gente. Quizá no sabe ni madres de la vida, pero parece buen tipo. Después de escucharse a sí mismo, Gus se arrepintió. Eso no le quita que tenga rasgos de mamalón e idiota. Escuchó como si alguien le pegara al micrófono. Otra vez. Las voces se oían lejos, pero algo definitivamente estaba ahí. Después del primer grito, no pudo pararlos. Un mar de voces se precipitó a sus oídos; era una multitud que gritaba y gemía. Vio a Jacobo, Astrid y Leo riéndose a su alrededor; los audífonos de cancelación de sonido lo forzaban a leerles los labios. "Viejo pendejo". Las luces de la camioneta se apagaron, y ellos parecían no darse cuenta. Gus intentó levantarse, pero estaba congelado. Los colores huyeron y dejaron atrás a todos los naranjas. Los rostros se volvieron alargados, los ojos y los dientes desaparecieron, y a Gus se le figuraron las máscaras de los teatros. Se reían y sollozaban y Gus se dio cuenta de que hacía mucho que no tenía puestos los audífonos. Sintió el cosquilleo en la garganta otra vez. Una sola luz, quizá uno de los faroles de la calle, resistía el embate de las sombras. Miró hacia ella y las cucarachas regresaron. Estaban debajo de su ropa y, siempre, a las orillas de los ojos. No podía moverse. Una figura cilíndrica, larga e imposible, como un tubo con brazos, estaba de pie junto a él. No era humana. Claro que no podía serlo. Quiso gritar, sumar su voz al coro que lo perseguía, pero la muerte lo sujetó del cuello y le abrió la boca grande, grande, tanto como para ponerle una cucaracha encima de la lengua.

Capítulo 14

Hugo

Al parecer, los papás de Silvia lo habían encontrado en el piso cuando volvieron y Silvia le preparó el sillón para dormir. Poco después del desayuno, le dijo que vio que se desmayó de la nada y buscó ayuda con los vecinos. Pensó que le había dado algo, y por fortuna para ambos, el médico de la farmacia de la vuelta les confirmó que la pastilla que se tomó de más parecía haberlo afectado. Le agradecieron, prepararon atole y birria, porque así era la familia con él, y le ofrecieron llevarlo a su casa. Agradeció las atenciones y se quedaron platicando un rato más. Silvia decía no acordarse de nada, aunque Hugo sabía que estaba mintiendo descaradamente para no preocupar a su familia.

No, Hugo, eso no pasó. Estuvimos hablando un buen rato de tus novelas. ¿Y el cuadro?

Guardé esa cosa en m cuarto. ¿Te lo traigo?

Sí. Quiero verlo.

No tiene nada de especial, pero bueno. Pérame, voy por él.

Oye.

¿Qué pasó?

Perdón por ser un imbécil ayer.

Siempre lo eres, pero no entiendo a qué viene la disculpa.

¿Segura?

No, no tengo idea. Creo que las pastillas te afectaron.

Es que, neta, yo recuerdo otras cosas. Te digo ahorita que regreses. — No tardó mucho. Lo había envuelto en la sábana otra vez. — A ver.

Te digo que está feo, pero no para tanto. Mira. — Descubrió el paisaje.

Hugo no podía recordar cómo era. Todo lo que había visto estaba ahí. Las dos torres, el hueco en la tierra, el suelo blanco y los rostros en el fondo.

Algo faltaba y algo había cambiado, de eso estaba seguro. La cuestión era, ¿qué?

Está diferente.

No seas payaso, Hugo, está igual a ayer que la trajiste. Debimos dejar de leer cosas de terror desde hace mucho.

La tarde avanzó sin mucha novedad, y en algún momento los dejaron solos otra vez. Hugo, seguro de que lo que había visto era real, quiso presionar un poco más el asunto. Se maldijo por no llevar su apuntador de riel, pero lo poco que podía pensar le bastaba.

Silvia, mírame. ¿Tengo cara de idiota?

Siempre.

No de ese tipo de idiota.

Es que no sé qué quieras decir. Siempre tienes el cejo fruncido, como que todo te da asco.

A ver. Tú dices que hablamos de mis novelas y de la maestría.

Sí.

Yo digo que vi cosas horribles y que tus papás no estaban.

Sí.

Entonces uno de los dos está mintiendo.

Por favor, Hugo. — Silvia se levantó y sirvió un par de vasos de agua. —

De acuerdo. No fue tan simple. Yo también escuché cosas y vi algunas sombras, pero nada más, ¿sale?

¿Y por qué no me dijiste antes?

El doctor dijo que no te diéramos cuerda.

Pinche vato metiche.

¿Tú crees que fue divertido verte corriendo y hablando solo? — Hizo una pausa. — Le avisé a Lucía que tuviste otro episodio. Llega ahorita a las once.

Silvia.

¿Y ahora qué?

Gracias. — A pesar del enojo de su amiga, sonrió y le dio un abrazo.

Aquí estoy para ti, Hugo, pero necesito que confíes en mí. — Hugo asintió y le devolvió el abrazo.

Oye, ¿Qué hora es?

No sé. Estas chingaderas se trabaron en las tres diez. — Hugo sintió una punzada en la boca del estómago.

A esa hora empezó.

¿Qué cosa?

Todo. Lo de los ruidos, el boiler. Supongo que no te haré cambiar de opinión, pero es mucha coincidencia.

Sí. Bueno, pues quién sabe. No creo que tarde, dijo que llegaría después de las cuatro.

Se sentaron en los sillones de la sala un rato. Revisaron la pintura y anotaron los detalles que encontraron en una libreta por insistencia suya. Estaba seguro de que la pintura estaba diferente. Pasaron veinte minutos más, quizá, y Lucía no llegaba. Decidió marcarle; el teléfono no daba tono. Ojalá venga en camino. Salieron a comprar algunos refrescos y papas para cuando llegara. Era casi de ley. Hacía muchos años, cuando se juntaban seguido con el resto de sus amigos, cada uno llevaba una buena cantidad de comida. Una navidad, en particular, cada uno de ellos llevó tanta comida que, al final, tuvieron que repartirse las cosas para que no se quedara un montón en casa de Silvia. Se amaban con ese amor que se les dedica a los hermanos y a los primos, y aunque la vida se interponía y hacía meses que no se veían, sabían que en los momentos importantes estarían ahí todos. Más de una vez habían hablado de la importancia de la comida en sus vidas; de cómo se podía demostrar afecto con una buena taza de café o unos chilaquiles bien preparados. No era lo mismo, pero a

todos ellos les quedó la idea de apapacharse con comida. Y, de cualquier forma, en casa de Silvia habría birria, menudo o algo para complementar la botana. Estaban a punto de entrar cuando llegó una llamada de Lucía. Por fin.

¿Mi amor?

¿Qué pasó? ¡Te estuve marcando!

Sí, yo igual. ¿Ya estás en Aguas?

Desde hace rato, nomás que no sé qué hora sea. Les quería decir que si íbamos al sushi a platicar.

¿En el de siempre?

Sí. Llego como en quince.

Silvia y Hugo se irían a pie. Dejaron las cosas que habían comprado, metieron el cuadro en la maleta y se pusieron en marcha. El sushi estaba apenas a diez minutos. El día iba bien, por fin. Por primera vez en cuatro días, Hugo sintió el calor del sol en la piel. Brillaba mucho. Mucho. Brillaba como ningún sol antes habría brillado a las cinco de la tarde.

Capítulo 15

Gustavo

La cama en que despertó le parecía extraña. Tenía barrotes, como si fuera una celda. También había un cuadro de un paisaje. Podrido. Una cucaracha, unas máscaras, una función de teatro que le había parecido pésima. Voces, gritos, una peda del tamaño de Dios. Algo de fantasmas, un cabrón medio pesado que se creía el centro de todo y un par de fantoches más. Se levantó con un dolor de cabeza brutal. Dio dos pasos y sintió como si un clavo ardiendo le partiera el cerebro; tan rápido y repentino fue que lo tiró. Le ardían los ojos y el clavo se transformó en un corazón que bombeaba agonía. No supo en qué momento se quedó dormido, ni se percató de que se había quedado triado ahí donde cayó, pero volvió a despertar sobre la cama. Rembrandt, un montón de gente en una balsa. Pero no recuerdo que tuviera caras ni líneas blancas hacia el cielo. Y tenía arena, no agua. Dio unos pasos. Al menos el mareo y la jaqueca se habían quitado, aunque quedaban ahí vestigios del dolor pasado. Dio unas vueltas y vio que tampoco había barrotes. Tal vez me movieron, pero, qué chingados. No olía alcohol. No le robaron nada. Su celular tenía la carga completa. Se sentó en el borde y revisó los mensajes. Tenía algunas llamadas de Mariana y de un número que no conocía, y tenía conversaciones que no recordaba. Mariana le decía que lo iba a extrañar, pero que se divirtiera con sus amigos. La conocía. Era un reclamo velado. Le mandaron fotos de él con una playera minúscula, como que había sido el payaso de una fiesta que no recordaba. Su teléfono marcaba las tres diez. Salió del cuarto y se encontró en un pasillo largo, con piso de madera y paredes de ladrillo pulido que le recordaron a los conventos de México. Lo habían aventado en uno hasta el fondo. Debía estar en alguna posada. Avanzó y llegó a la recepción. Estaba vacío. Salió y quedó frente al Jardín de San Marcos. Dio media vuelta y volvió a entrar, pero estaba seguro de que no era el mismo edificio. No, este le era familiar. El Mezquite. La talavera de la recepción contrastaba con los ladrillos que recordaba, y, además, parecía como que toda la gente, que antes estuvo escondida, hubiera decidido salir de pronto. Había plantas, incluso un par de árboles dentro, y una pequeña cascada artificial que le daba un aire de vida que, estaba seguro, no tenía antes. Ahí trabajaba Mariana. Se topó de frente con uno de los cabrones a los que recordaba.

Buen día, don. — Jacobo, así se llamaba aquel imbécil. — ¿Ya se siente mejor? Se nos desmayó anoche a medio camino. No pensé que los fantasmas fueran a darle tan duro.

¿Qué pasó?

Pues íbamos en la combi y se desmayó. Astrid dijo que mencionó la grieta y una tormenta, y después quedó en blanco.

¿Y por qué estamos aquí?

Recibimos una llamada de su esposa. Bueno, la recibió usted, varias veces, hasta que Leo contestó.

¿Fueron a una fiesta?

¿Y qué quería que le dijéramos? ¿Que se desmayó a medio camino? Su mujer pagó la noche aquí.

Oiga idiota. — Gus hizo una pausa. — Gracias.

Pendejo. Ya me dijeron que ese balcón ni es suyo. ¿Quién es y qué quiere?

Saber. Y bajarte tus pinches humos de sabiondo.

Vaya pedo en el que nos metió. ¿Y qué quiere saber un pinche viejo como usted? ¿No tiene nada que hacer en su casa?

Tengo un café y lo están fumigando.

Me vale verga. Mire don, ya ayer le toleré bastante, pero quiero que nos deje en paz. — Sacó el celular y Gus no supo qué hacer. Era probable que estuviera llamado a la policía o algo. Supuso que podía intentar decirle lo que había visto a ese imbécil. Hizo ademán de golpearlo, Jacobo se espantó y tiró el celular y Gus le puso el pie encima.

Mira, no quiero pedos. Creo que podemos hacer las cosas bien a partir de ahora. Me llamo Gus.

Mucho gusto, Gus, vete al carajo. — Jacobo se mantuvo de pie a unos cuantos pasos de Gus. Sabía que si lo golpeaba, él sería el que se metería en problemas.

No hables, sólo escucha. He estado viendo cosas. Cuando supe que ustedes estaban buscando fantasmas...

Ectozooplasmas, o ectoplasmas, en su versión más simple.

Estaban buscando chingaderas, vamos, cerca de la grieta.

Ay, cabrón. ¿Y por qué no sólo preguntó?

Porque me pareció un imbécil desde que lo vi.

Eso es mutuo. Bueno, — Jacobo suspiró — ya lo tenemos aquí con nosotros, ya qué chingados. Y mi gente necesitaba descansar. Creo que eso deberíamos agradecerlo. — Buscaron a Astrid y a Leo, pagaron y salieron. Dejaron el centro a bordo de la combi. Gus sintió que debía agradecerles el haberse hecho cargo de él de alguna manera y los invitó a desayunar a las gorditas de cerca de la catedral. Mientras iban en camino, Gus les habló de las cucarachas que vio en el café y cómo éstas aparecían y desaparecían. Conforme avanzaba la historia, vio cómo las facciones de Jacobo pasaban de la incredulidad a la preocupación.

Pues sí está cabrón, Gustavo.

Sí hombre. Hasta pensé que me habían drogado.

¿Y qué pedo con lo del hotel?

Eso mismo quisiera saber. Recuerdo que la primera habitación tenía una mesa.

Leo, no nos metas por Madero, estaban diciendo que habían matado a alguien hacía unas horas. Vamos a tener que quedarnos en Hornedo y de ahí subimos a pata. Perdón, don Gus.

No se preocupe Astrid. La mesa tenía un vaso, unas flores secas, y tenía el piso de madera. Ya estaba medio podrido. — Pensó unos segundos. — Y

había un cuadro también. Se veía una hacienda y una llanura, pero las dos estaban como abandonadas.

¿Como rancias?

Podría decirlo así, sí.

Vamos a tener que comer en otro lado. Cerraron todo Madero por otra muerte. ¿Siempre es así este rancho, Gustavo?

No seas idiota. No, no es así. Tendrá un par de meses que la gente se desquició. No sabemos por qué, y muchos aseguran que no recuerdan haber hecho nada. Lo más raro — Gus sabía que tenía la atención de todos — es que muchas veces ni la gente de los alrededores, ni los policías, recuerdan nada.

Está cabrón. Ojalá así fuera en Ciudad de México.

Así es allá, nomás que ahí hay que soltar varo.

Bueno, don Gus, pus usted dice a dónde nos movemos.

Hay un sushi por San Antonio que está bueno.

No se me antoja.

Ni a mí.

O tacos. Hay unos por el Jardín del Mariachi. La Gloria, creo.

Pus mientras no sepa a cartón, le entro.

Aunque el centro del estado era pequeño, tardaron casi media hora en llegar a la taquería. La grieta había cambiado la configuración de la ciudad, y Gus creía, a veces, que también la del mundo.

Capítulo 16

Lucía

Hacía unos momentos se dirigía no sabía a dónde, pero sabía que buscaba a Silvia y a Hugo, y de pronto, estaba junto a la grieta. Hugo le había dicho que la gente afirmaba que ésta tenía un poder casi hipnótico, y recordaba bien la risa que le dio. Pero una cosa era escucharlo y otra verla. Cuando el piso se partió, se tragó partes del mercado de la birria, y todo el Parián había colapsado. Parece más bien un cráter. Una señora la sacudió del hombro justo a tiempo. Al parecer, iba caminando hacia el abismo. Al sushi. Claro. Quedó de ver a su novio y a la amiga de su novio ahí. Se alejó unos pasos y vio el reloj. Tres diez. Se le hacía raro. Estaba segura de que salió de la central a las once, y que no tenía más de media hora de haber hablado con Hugo. Tenía varias llamadas de Silvia, y muchas más de su novio. Iba a mandarle un mensaje cuando vio que ya tenía varias conversaciones abiertas. En todas había escrito "Hola, ¿Qué tal va todo?" y varias personas habían respondido ya. Los primeros textos parecían normales, pero un par de ellos la asustaron. Encontró uno a un tal Rodolfo, que ella no conocía, y decía: "La idea de como se ve web, de hecho se han hallado resultados que corresponden con los medicamentos que se me olvido decirte que me ha guardia a la casa de mi vida." El sujeto vio el mensaje y tuvo la prudencia de no contestar, pero a Lucía le preocupaba no acordarse de nada. Buscó a Hugo, vio que él había visto ya su mensaje de saludo y que no contestó. Había otro detalle que notó hasta ese momento: cada uno fue enviado con dos minutos de diferencia. Eso implicaba una inversión de al menos media hora de su vida. Media hora de la que no recordaba nada. Le marcó a Hugo y no contestó. Inhaló hondo y luego le marcó a Silvia.

Lucía, Hugo estaba buscándote desde hace rato. ¿Estás bien?

Hola hermosa. Sí, estoy bien, pero no sé dónde.

¿Cómo que no? — Pausas. Escuchó la voz de Hugo en el fondo. — ¿Qué hay a tu alrededor?

Creo que era el centro, pero ya no hay nada. — Escuchó que Silvia le decía a Hugo que estaba en la grieta.

No te muevas. Nomás dinos en qué calle estás y pasamos por ti. Estamos en mi casa.

¡Corran!

Se sentó en una banquita en lo que esperaba. La mochila que compraron Hugo y él una vez que fue a Guadalajara le calaba. La puso a un lado y se quedó mirando el cerdito de crochet que compraron en esa ocasión, que para que no se le olvidara que la amaba. Desgastado y sucio, le ayudaba a recordar a su novio cuando el hospital y los pacientes la sobrepasaban,

y eso la hacía cobrar fuerzas. Tenía ganas de verlo y de decirle que iban a ser papás. Aún no se lo creía. El viernes en la noche había comprado una prueba de embarazo casera y no arrojó resultados definitivos, así que decidió hacerse una prueba de laboratorio. El sábado en la noche le iba a decir, pero Silvia le llamó antes. Y era raro. Desde que entró a la ciudad se había sentido menos contenta, como si dudara que realmente había pasado. Quizá era eso o las noticias de los brotes de violencia aleatorios. En Guadalajara había ejecuciones a cada rato, pero era muy distinto a lo que parecía pasar en Aguascalientes. Y aún peor. En otros estados no se sabía nada. De hecho, no recordaba que Hugo le hubiera dicho nada al respecto, pero lo justificó pensando en su depresión. A veces era difícil sacarle las cosas, y pensó en preguntarle cuando llegara. Acarició al cerdito una vez más. No sabía cuándo le habían empezado a gustar los animalitos, pero sabía que Hugo amaba eso de ella. Tenía un protector de cepillo dental, una funda de teléfono y varias alcancías de cochinito en su casa, y Hugo, en algún momento de la vida, le había regalado uno con una cota de malla tejida. Se conocieron en un festival medieval, hacía ya unos años. Ella iba como amiga del amigo, y Hugo iba solo. Le pareció tierno y triste, a partes iguales, verlo batallar con su casa de campaña. Platicaron mucho, o tanto como se podía platicar estando ella enferma y él perdido en sus cosas, pero empezaron a salir tres meses después. Cuando ella le dijo que quería irse a Guadalajara, él la apoyó y continuaron su relación a la distancia. Les costó horrores. Los primeros días los dos lloraban, y una parte de ella lo envidiaba, porque al menos él tenía su cama y a sus amigos. Ella llegó sola, a una casa que no le gustaba, sin nada más que un par de libros y sin la certeza de que él la seguiría queriendo. Habían pasado ya muchas lágrimas, muchos silencios forzados, muchas horas de incertidumbre y muchas muestras, aunque pequeñas, de amor, y ambos habían aprendido a confiar. Para ella fue quitarse una carga, pero además, fue conseguir el tiempo que necesitaba para las guardias, las rondas, los hospitales y los enfermos. Las primeras veces que Hugo fue a Guadalajara le preguntó con emoción casi infantil cómo se trataba a los locos. Ella le dijo que la locura era más literaria que médica, y que en el mundo había cosas que superaban por mucho lo que cualquiera de sus libros pudiera decirle. No se lo dijo, pero sí pensó en romperle su ilusión varias veces. Cada vez le preguntaba menos cómo eran sus pacientes; le daba risa, porque cuando se animaba coincidía que justo el día anterior, o cuando mucho esa semana, tenía un caso que superaba al anterior con creces. Uno de los que más le había impactado era el de un joven con retraso que parecía un imán para las desgracias. Su padre lo violó. Protección infantil se lo quitó y se lo pasó a un tío, que también lo violó. En una de esas se intentó defender, pero el forcejeo terminó destrozándole el ano y tuvieron que operarlo de emergencia. De ahí en adelante todo se desmoronó en su vida. La operación fracasó, el intestino y el ano se infectaron y se pudrieron, y tuvieron que sacarle un pedazo de intestino para que defecara por ahí. Había intentado trabajar en varios lugares, pero su retraso y su intestino salido le habían causado problemas más de una vez. No supo cómo, pero en su cumpleaños

número treinta lo llevaron a una cantina y le pusieron algo en una de las cervezas. Resultó ser LSD, y eso disparó algo en su cerebro. Lo llevaron al psiquiátrico porque dormía en las calles y solía pintar las bancas con su mierda, gritaba y corría desnudo. Lucía no sabía de qué se trataba, pero intentó no llorar mientras le contaba todo esto. Les dijo a los enfermeros que necesitaba hacerle algunas preguntas al día siguiente, y lo mandó bañar. Hugo le había dicho que él no tendría el estómago para eso más de una vez, y entonces se dio cuenta de la razón que tenía.

Se levantó y se estiró un poco. Le pareció que tenía mucho de haber hablado con Silvia, y justo cuando estaba pensando en hablarles, los vio llegar. Se saludaron, Hugo la abrazó, se besaron y luego de notar la incomodidad de Silvia, se sentaron todos en la misma banca. Lucía les sugirió ir al Época para ponerse al corriente de las vidas, pero le dijeron que estaba cerrado por una infestación.

Nunca creí que el Época tendría plaga.

Ni yo, pero ya ves.

Tal vez es preventivo. Gus tiene mucho cuidado con esas cosas.

¿Y ahora?

Pues a mi casa, ¿o quieres todavía el sushi?

¡Sí! — Se dirigieron a San Antonio por Pedro Parga y durante el camino les dijo que había escuchado en las noticias que mataron a unos de la ruta treinta.

A mí casi me toca igua, ¡mi amor.

¿Y por qué no me contaste?

Lo iba a hacer, eventualmente.

¿En Guadalajara no pasa? — Silvia, que se había adelantado un poco, hizo una pausa para poder escuchar la conversación.

Sí pues, pero es diferente. Aquí lo raro es que nadie recuerda las cosas, y a veces hasta se sigue como si nada hubiera pasado.

La verdad no recuerdo mucho. Me subí en el camión, había escombros ahí por el super y unos policías como drogados, porque no sabían ni qué pedo.

La semana pasada empezaron a hacerles el antidoping. Creo que la cosa ya llegó a Martínez Romo.

¿Quién es ese?

Creo el jefe de policía, o general, no sé, pero es un peso pesado. Miren, ya llegamos. — Hugo las dejó pasar primero y entró él al final. — ¿Qué vas a querer?

Un beef roll.

¿Y tú mi amor?

Se me antoja algo con salsa de anguila. Ahorita te digo. ¿Tú qué vas a pedir?

Yo creo lo mismo.

Bueno, ahora sí, cuéntenme qué pasó ayer.

Mira, en resumen, Hugo recuerda unas cosas y yo otras.
¿Y tus papás?
Nada, no estaban.
¿Había alguien más?
Mi abuela, pero tampoco sabe qué onda.
Qué raro. ¿Qué viste pues?
Sombras, colores, un enjambre de langostas. Creo que más o menos eso.
También dice que dije cosas que no.
Según lo poco que sé, eso son alucinaciones, ¿verdad?
Más como un episodio psicótico. Pero... — Chingue su madre, de todos modos le iba a contar. — pero yo no me apresuraría tanto. Yo no sé qué hice hace rato. Me aparecen mensajes que yo no escribí. Ahorita te cuento, — dijo, cuando vio que Hugo puso cara como de que quería preguntarle algo — ¿vieron algo más?
El cuadro que pinté ayer o antier cambia.
Ah chingá, ¿cómo que cambia?
No sé decirte en qué. Sólo sé que no es el mismo.
Eso dice desde ayer, pero yo lo veo igual.
¿Qué te pasó a ti?
No sé. Algo me pasó, casi casi como si hubiera acabado de despertar. Estaba cerca de la grieta y alguien me jaló. Como que iba a tirarme ahí.
¿Y luego?
Pues eso. Después fue cuando me di cuenta de las llamadas y de que estaba cerca del hoyo.
¿Nada más?
Te lo juro. No sé qué pasó desde que bajé del camión hasta antes de verlos.
Suena parecido a lo tuyo, Hugo.
Mucho. ¿Crees que podríamos ver el cuadro después?
Vamos a comer primero y luego pensamos.
¿Puedes pedirme unos kushiages de queso mi amor?
Sí, Lucy. Ahorita que pase el chavo le digo.

Lucía disfrutó la comida como nunca. No sabía si era por reencontrarse con su pareja o algo pasó durante la tarde, pero sentía los sabores más fuertes y mejor definidos. Terminaron rápido, anduvieron aprisa y llegaron a casa de Silvia con las primeras sombras de la noche. Entraron, pasaron por la sala y vieron la maleta de Hugo que mejor conocía ella. Hacía tiempo le había regalado un pequeño llavero de delfín y, aunque ya no lo traía, (le dijo que lo dejó en su casa un noviembre porque temía que la gente se lo fuera a robar o a romper en el metro) sabía que Hugo lamentaba constantemente el haberlo dejado atrás. Adentro vio una sábana y asumió que ese era el dichoso cuadro. La curiosidad pudo más y se acercó. Levantó la cubierta de la mochila y retrocedió de golpe. Dentro de ella vio una pulpa ensangrentada y llena de pelos, muy similar a los

animales atropellados de las carreteras.

Capítulo 17

Jacobo

No era que Gus fuera mal sujeto, sino que se sentía que lo había orillado a funcionar de guardería. Le llevaría unos diez años, sabía de toros, música y pintura, y de alguna manera se había ganado a sus asistentes. Su mujer, que en paz descanse, le había dicho alguna vez que él solía chocar con la gente que otros admiraban. Tienes un tanto de estrellita Jacobo, y no te gusta que te quiten el lugar. Y quizá era cierto. Iban por su segundo día y a veces se sentía desplazado por el viejo. Los tacos a los que los llevó Gustavo estaban feos, y él lo había admitido, pero tampoco eran lo peor de la ciudad. Llegaron el miércoles, justo antes de que se dispararan los medidores de ectoplasma y actividad espectral de la zona, y en cada comida encontraban una decepción mayor que la anterior. Les dijeron antes de salir de México que no debían esperar gran cosa, pero tampoco creyó que debiera bajar tanto sus estándares. Sea como fuere, Gus les había prometido invitarles el desayuno y cumplió sin renegar una sola vez. Mariana, la mujer del viejo, se reunió con ellos poco después y se lo llevó esa tarde a su casa. Regresaron al departamento de Santa Anita, en Primer Anillo, después de un día de descanso, y pusieron las grabaciones del sábado. Las psicofonías no se hicieron esperar. La diferencia entre un día y otro era abismal. En las del viernes, Leo identificó al menos treinta voces, pero en esta del sábado contaron poco más de ciento diez. Leo les dijo que se iba a dormir como a las doce; no lo sabía con certeza porque sus relojes no funcionaban.

Últimas dos, Astrid. A ver si encontramos algo más.
De acuerdo, ya es tarde.

Pusieron la grabación de poco más de media hora por vigésima vez esa tarde. Así era. Todos sabían que si no hacían nada en la mañana, se quedarían despiertos toda la noche si era necesario. La ciencia había confirmado la existencia del ectoplasma en Vieja Alemania hacía unos años (le parecía increíble que hubieran dominado antes el viaje a través de los agujeros de gusano, pero así era), aunque la gente seguía considerándolos chantajistas y timadores. Por suerte para Jacobo y los suyos, los equipos para la detección y manejo de espectros se estaban volviendo más baratos, eficientes y comunes, y ellos podían presumir haber atrapado a una de las múltiples Lloronas de Nueva Guadalajara. En realidad, los que habían iniciado con todo eran Leo y Astrid. Iniciaron mirando videos en internet de hechos paranormales; varios meses después, cuando se confirmó que existían, juntaron los ahorros que tenían

para entrar a la universidad y los usaron para comprar un espectrófono, un aparato portátil similar a un teléfono celular pero que permitía escuchar las voces de los fantasmas. Cuando el archivo se pasaba a la computadora, ésta identificaba las frecuencias espectrales y las marcaba. Algunos programas de edición de audio escucharon de ello y pronto ofrecieron distintas herramientas de limpieza y aislamiento de sonidos. Jacobo se unió después, cuando murió su esposa. Ella había sido maestra de la prepa de Astrid y se conocieron en el funeral. Lo vieron destrozado y le ofrecieron conectarse con su mujer. Pensó que se trataba de chantajistas o brujos, cómo habían cambiado las cosas, pero si era verdad quería intentarlo. Estrenaron el aparato esa tarde y lograron aislar la voz de Ana. Les dijo que se iba en paz sabiendo que se podía despedir de su esposo. A partir de entonces, Jacobo fue otro. Dejó su puesto como gerente de una importante compañía de publicidad e invirtió en algunos aparatos más, como ectocámaras y bolsas de vacío, y unos meses después armaron la combi que usaban como centro de operaciones móvil. Los habían llamado a varios programas de televisión y el dinero no tardó en llegarles. Tuvieron problemas con la iglesia, que los acusaba de necromancia, y en muchos pueblitos y comunidades rurales, tan atrasados la mayoría que parecían salidos del siglo XX de la cronología de la Vieja Tierra. Pero las ciudades eran diferentes. Aunque en muchas la iglesia tenía una presencia poderosa, el ateísmo creciente de los pobladores les abría brecha y les permitía moverse con cierta libertad.

Ya aislé todas las voces que teníamos hasta hace rato, eliminé ruidos y aún así se oye como estática de fondo.

¿Ya intentaste aislarlo?

Mira aquí. — Astrid señaló una barra de sonido hasta el fondo. Jacobo vio que había seleccionado la opción de reproducir solo y esperó. — ¿Quieres escucharlo?

Dale. — Al principio, como tenía previsto, escuchó sólo estática, pero conforme avanzó el audio, empezó a escuchar una especie de murmullo muy grave. — ¿Qué es?

Pensé que sería algo de la tierra o el ruido de las máquinas y los coches, pero no. Mira, si acelero el audio, las ondas se ven más uniformes.

Así parece casi una voz.

Eso pensé, pero tampoco. Mira, si lo pongo a diez veces...

La media hora se reduce a tres minutos.

Tres diez en total.

¿Y luego?

Esto. — Astrid reprodujo el nuevo audio y Jacobo escuchó algo, un ritmo, un par de golpes que se sucedían a intervalos regulares.

Es un corazón.

Sí, y Leo descubrió otra cosa en cada voz.

Había estática de fondo. — Jacobo lo entendió casi de inmediato. — ¿Se oyen latidos?

Así es, pero el de la grieta no concuerda con ninguno de los fantasmas que encontramos.

¿Y eso qué?

No sé. Quizá los antiguos shamanes de Úrim que decían que la tierra vivía no estaban equivocados.

Jacobo y Astrid continuaron revisando los archivos de audio. Lograron aislar los latidos de cada uno de los fantasmas. Quizá era el cansancio, pero ambos sintieron como que la noche se había extendido mucho. Jacobo salió al patio, vio una oscuridad tan densa y gris que parecían haberse difuminado las estrellas en el manto del cielo, y un par de segundos después, escuchó un grito de Astrid. Regresó corriendo al cuarto. Leo ya se había despertado, pero dejó su rostro en la cama. En su lugar había un hueco, como si uno mirara un cántaro desde arriba, y como si en el fondo de éste hubieran dejado carne durante muchos días, hasta que ésta se licuara y llenara de moscas.

Capítulo 18

Silvia

Sus padres estaban preocupados. Primero Hugo y luego Lucía. Ambos desmayados, pero al menos estaban juntos. Los querían a ambos. Cuando adivinó, de alguna manera, que se habían hecho novios, los primeros en saberlo fueron sus padres y no los de su amigo. Su papá trabajaba en una fábrica de comida desde que recordaba y casi siempre tenían algo que ofrecer gracias a él. Recordaba que la primera vez que lo vio, le cayó gordo. A Hugo le gustaba enseñarle las cosas que sabía a los otros pero a Silvia le parecía un pedante insufrible. Ninguno de los dos recordaba bien cómo empezaron a hablarse, pero debió haber sido en la primaria, cuando se gritaban de cosas de salón a salón. Tenía algunos recuerdos vagos. Quizá había sido durante un recreo, pero no lo recordaba del todo. Veía libros, libros y más libros. Desde pequeña le había gustado leer todo lo que es encontraba. Empezó con los cuentos de caperucita, con las historias que se contaban en las noches de fogata y las leyendas de su abuelita. Los años pasaron, pasó Canadá como una cascada sobre ella y también pasaron los años que Hugo estuvo en Puebla. En ese entonces, ambos se comunicaban gracias al internet. Recordaba mandarle sus lecturas, sus escritos, y sus dolores de amor cuando ambos se encontraban en la prepa. Hugo estaba lejos y ella conoció a José. Resultó ser un imbécil, lo veía claro ahora que era mucho más sabia, pero en ese entonces ella creyó estar enamorada de él. No creía, lo estaba, y él me trató mal. Quizá uno se da cuenta de cosas cuando crece y deja de buscar el valor en lo que piensen los otros. José. Quién sabe qué habrá sido de él, y qué bueno que se haya ido así, sin maremotos o golpes. Le había tomado años quitar los escombros y reconstruir las ruinas; aprendió a sobrevivir a sus emociones volviéndose una piedra por dentro y fuera. Cuando Hugo y ella se reencontraron, fue extraño. Ambos habían cambiado tanto que fue casi como ver a un desconocido. Y Silvia se sintió culpable de no quererlo. Recordaba a un chiquillo despeinado y tímido, y regresó triste, como si le hubieran arrancado una parte importante del alma. Como si él supiera lo que sentía por José. No es que hubiéramos dejado de ser los de antes, sino que chocaron nuestros egoísmos. Cada uno de nosotros quería que el otro consolara nuestras penas, y no nos dábamos cuenta de que el otro no estaba en la condición de hacerlo.

Le dolió mucho dejar de verlo, y luego Hugo le diría que él pasó también una especie de duelo. Cuando se reencontraron en la licenciatura, se hablaron con un tanto de resentimiento. Sin embargo, sus almas, que ya se conocían y se decían amigas, no tardaron en reconectarse y una

parte de ellos volvió a sonreír. Esa mañana, la segunda que Hugo dormía en su casa, los dejó temprano. Sabía que Lucía estaba de vacaciones en el hospital, y que él entraba tarde a clases. Ella tenía que estudiar. Llegó a la universidad en la que estaba haciendo su doctorado y saludó a sus maestros de licenciatura. Pasó por los jardines y llegó a la biblioteca. A veces extrañaba los Estados Unidos. Se había ido allá hacía un par de años, justo cuando acababa de conocer a Luis. Durante mucho tiempo creyó que la magia que había integrado a Lucía a sus vidas también llegó con su novio. Hugo lo trató como un hermano desde el principio, y eso le ayudó a estar tranquila cuando estuvo lejos. Recordaba su rutina con una precisión que le espantaba. Todos los días dormía a las 11, despertaba a las 5, escuchaba a un montón de idiotas durante dos horas y luego a otro montón de idiotas que se decían sus compañeros. Le agradó una clase en particular. Se apellidaba Wonders; el nombre se le había escapado hacía ya muchos años. Era una doctora nacida en Vieja Cuba que les hizo ver por qué era importante para ellos conocer la historia y las cosas que pasaban alrededor; no vivir encerrados en una torre de marfil. Llegó a la biblioteca, la saludaron y sacó algunos libros para repasar historia del arte y las implicaciones del genocidio. Las maravillas de su profesora la habían cambiado. Ahora leía más cosas sobre por qué la gente se quedó callada durante la ascensión de Hitler al poder; eso era algo de lo que tenía en común con Hugo: el amor a la historia tanto de Sipasi-Anna (que era prácticamente nula) y, sobre todo, de Vieja Tierra. Estuvo leyendo un buen rato. El genocidio destruía culturas completas, dejaba huecos que rellenar y éstos usualmente eran acaparados precisamente por quienes condujeron las matanzas. Pero Silvia pensaba otras cosas. ¿Qué pasaría si un grupo completo desapareciera sin dejar huellas? ¿Quiénes los recordarían? ¿Y qué pasaría si la desaparición pasara debajo del radar? ¿Quién se acordaría? Si un día estuviera aquí y al día siguiente nadie me recordara, ¿cómo le haría para decirles que desaparecí; quién lo diría por mí?

No serían más de las cuatro cuando volvió a casa. Su mamá le dijo que Lucía y Hugo se habían ido hacía rato; que los dos estaban muy agradecidos con todos. Dejó sus cosas en la mesa y puso su cargador. Tenía una tarde entera de trabajo y muy pocas ganas de hacerlo. Calentó algo de lechón del día anterior y esperó a su abuela para comer. Acomodó sus platos en la cocina, le habló al Gordo, su perro, para que se comiera los restos y se metió a bañar. Al diablo. Terminaría las cosas de la uni más tarde. Quería ver una película de esas que apagan el cerebro para ver si podía descansar. No había notado lo agotada que estaba sino hasta que se sentó a comer. Pinche Hugo. Sabe que lo quiero un chingo, pero esto son mamadas. A la otra yo voy a quitarle su descanso. Se sentó en la sala y prendió la tele. Estuvo buscando media hora qué podía ver. ¿Qué no hay nada? ¿Para esto la pago? Revisó en los programas disponibles. Se acababa de estrenar la tercera temporada de una de sus series favoritas,

un programa de unos niños que viajaban entre dimensiones. Luis le marcó y le dijo que iría a su casa en un par de horas. Silvia sonrió, preparó la comida para ella y su novio y se puso a barrer. Le gustaba poner mariachis y rancheras para hacer el quehacer, algo de lo que se burló mucho Luis cuando se conocieron. Terminó en media hora y su madre la desplazó en la cocina. Le dijo que descansara, que ya bastante hacía estudiando y llevando dinero como para todavía hacerle la comida al novio. Empezó a ver los primeros minutos de una película pésima que había apartado para cuando quería irse a su palacio mental y no supo a qué hora se quedó dormida.

Capítulo 19

Gustavo

Le agradaba conocer a la gente, aunque iniciara diciendo que eran estúpidos. El fin de semana que convivió con Jacobo y los suyos lo revitalizó, y regresó temprano ese lunes al Época. Quitó los candados, desatrancó las puertas y abrió. El olor del insecticida lo golpeó de lleno; le recordó a papas con mucho cloro, como a playa de un mar destinado al comercio de sal. Las sillas estaban cubiertas por una ligera capa blanca, residuo de la nevada tóxica que cayó el sábado en el microcosmos del café. Su mente se fue lejos, muchos años al pasado, cuando Mariana y él abrieron el Mandrágora. Tal vez lo que decían de que los años lo ponían a uno melancólico era cierto. Ya estaba viejo; pronto cumpliría sesenta y cinco. Siempre se imaginó a su hijo, Gus también, en la caja registradora, junto a Joel y a Diana. Esa era la imagen que tenía del Época, sobre todo en los últimos días. No sabía por qué estaba pensando cada vez más en retirarse, en llegar con Mariana y descansar, sólo eso, por un par de semanas. Quizá los días que cerró le hicieron recordar lo que era tener tiempo para él, conocer gente nueva; ser, de cierta manera, libre. Terminó de acomodar las mesas y le marcó a Joel. Les dijo que los necesitaba ahí, que ese lunes volvían a abrir, y poco más. Terminó la llamada y jaló un banquito para sentarse. Se quedó mirando el piso. El polvo insecticida cubría todo, como si llevaran meses sin sacudir, y decidió tomar una escoba y empezar a barrer. Podría haberle ordenado a los drones que lo hicieran, pero quería hacer algo por sí mismo. Pasó por el recibidor, las mesas de la primera estancia, que tenía vista a la calle, y donde se sentaban quienes querían ser vistos por la otra gente. Se llena de pedantes. Encontró restos de lo que parecía un grillo y siguió. En la segunda estancia se sentaban los enamorados. Era un cuarto un poco más pequeño, que recibía una parte de la luz de la calle y nada más. Había dejado nichos en los muros que después llenó con velas y fotos antiguas. Tampoco encontró gran cosa. A un lado de esta estancia estaba el pasillo que llevaba al patio, y del otro lado, estaba la cocina. Y todo estaba blanco y limpio de cadáveres de insectos.

Terminó de barrer y se sentó. El domingo había estado muy tranquilo. Su mujer lo recogió en el Jardín de San Marcos y se despidió de Leo y los demás. Intercambiaron números por si algo pasaba, pero Gus tenía la sensación de que no los volvería a ver. Le gustaría estar equivocado. A pesar de sus roces con Jacobo, terminaron agradándose los unos a los otros, y la verdad era que éste le recordaba mucho a sí mismo cuando era joven. Imperioso, con un miedo terrible por lo que venía pero

de espíritu tenaz. Le hubiera gustado que su hijo fuera así. Que hiciera lo que quisiera de su vida, pero así, fuerte, casi inquebrantable. Sacudió la barra y salió a respirar. Necesitaba hacer algo para quitarse esos pensamientos de la cabeza. Su hijo sería lo que él quisiera ser. Se recargó en la pared del Época y miró hacia la calle. ¿Era posible (quizá sí, después de todo viajaban entre las estrellas y saltaban de planeta en planeta) que existieran los fantasmas? Jacobo y los demás parecían bastante seguros de ello, y las caras que vio tampoco parecían muy humanas. ¿Y si pudieran hablar con ellos? Si había alguna forma de comunicarse, quería saber qué le podían decir sobre la muerte. Su fin era más práctico que otra cosa: sabía desde hacía un par de meses que no tardaría en morir. Sólo lo sabía, como cuando sabes que va a llover o que una planta necesita agua. Varios de sus amigos habían muerto jóvenes. Eduardo se ahogó a los veintidós. Rodrigo y Susana chocaron y quedaron prensados hasta que se desangraron cuando tenían treinta. Los paramédicos les dijeron que al menos estuvieron inconscientes desde que impactaron. Como si fuera un consuelo. Como si eso hubiera valido por un "estarán bien". A pesar de los avances de la medicina que tenían en Sipasi-Anna, no pudieron salvarlos. La verdad es que Gus temía morir así. Morir, en sí, no le preocupaba. Hacía mucho que había entendido que en algún momento tendría que hacerlo, pero quería saber el cómo lo haría. Siempre deseó que fuera rápido o cuando menos indoloro. Morir dormido y no sentir nada, prolongar la conciencia en un sueño. Durante un tiempo creyó la imagen popular de la muerte que dice que vemos la vida pasar frente a nuestros ojos, pero la muerte de su papá le dijo otra cosa: delante de él pasó el arrepentimiento de no decir y de no hacer un montón de cosas. Chingada madre, salí precisamente para no pensar en estas mamadas. Se estiró, entró al café, hizo un letrero de que volvían el martes, recogió las llaves y volvió a cerrar. Le marcó a Joel y le avisó que no fueran ni él ni Diana.

Cuando se dio cuenta, estaba a unos cuantos metros de la grieta. El templo de San Antonio se construyó a las orillas de ésta, hacía ya muchos años. Tal vez no lo dijeron en su momento, pero Gus sabía que era una imploración a Dios para que la grieta no creciera. En ese entonces, hacía más de doscientos años, era apenas un punto, pero creció hasta arrasar el Parián, un viejo edificio que marcaba más o menos el centro de la ciudad, y al parecer, las súplicas habían funcionado. Aguascalientes creció alrededor de la grieta e hicieron varios anillos para marcar sus límites. La gente suponía que Dios la detuvo, porque jamás pasó de los límites de San Antonio, al este. Al sur, colindaba con López Mateos; al este, con el Jardín de San Marcos y al norte con el Jardín del Mariachi. Rentó el local del Época junto a la grieta porque le convenía la vista. Mandó hacer varias ventanas que permitían ver el gigantesco agujero que se tragó el centro de la ciudad hacía tantos siglos. Se hizo para atrás. Las piedras de las paredes de la grieta siempre le parecieron

extrañas, como alargadas, y parecían nuevas siempre, quizá por la luz ambarina que arrojaban al mundo, como si le hiciera falta gritar más su existencia. Ahora que lo pensaba, le parecía extraño que hubiera tantas calles que llegaran a la grieta. Era, cuando menos, un desperdicio importante de recursos.

Se sentó en unas bancas cercanas al templo, solo, a mirar el vacío. Los rayos del sol alumbraban la grieta de lado a lado; más de una vez se había imaginado el agujero como un mar de sombras que no conocía la costa. A lo mejor Jacobo sabría algo más. Habían pasado dos días desde que se encontraron por primera vez; algo de información tendría ya. Intentó llamarlo pero no contestó. Leo tampoco, ni Astrid. Bueno, qué importaba, ya los hallaría luego. El sol de la tarde estaba justo encima de su cabeza y no proyectaba ni una sombra, porque todas se las había tragado el gigantesco agujero de la grieta.

Capítulo 20

Lucía

Al parecer, se había desmayado la noche anterior. Recordaba estar en casa de Silvia y de pronto apareció en una de sus camas. Hugo se había quedado en un sillón cercano, como montando guardia con un enfermo. Despertó temprano, pidió a Silvia el baño y se duchó ahí. Despertó a Hugo, desayunaron con los padres de su amiga y salieron como a las once. Dejó a Hugo cerca del bachillerato donde trabajaba y ella se fue a comer con sus papás. Tenía rato que no los veía. Tenía vacaciones una vez cada ocho o diez meses, y esta vez pidió permiso para tomar un par de días y visitar a su gente. Sabía que le darían menos tiempo de descanso, pero lo prefería así. Hugo le había dicho más de una vez que admiraba el corazón gigantesco que tenía, pero admiraba más las ganas que le ponía a todo y toda la energía que tenía. Más de una vez llegó a bromear diciéndole que ella no se cansaba. Bajó del camión y llegó a los fraccionamientos de la salida a San Luis. Tocó. Nadie abrió. Volvió a tocar y lo mismo. Se le hizo raro: su mamá solía estar en la casa. Habló con una de sus tías y llegó allá con ella; era, pensó, más seguro esperarla allá que en la calle. Saludó a sus primas y subió a uno de los cuartos. Les dijo que tenía trabajo urgente, un caso que le llegó por correo. Una de sus primas, Julieta, se quedó con ella.

¿Tan urgente es?

Sí. Lo reportaron hace rato, es aquí en Aguas.

¡Qué padre Lucía!

Es como triste, más bien.

¿Por? ¿No te emociona verlos?

¿A quiénes?

A los loquitos. — Puta madre. No es su culpa, no sabe. No sabe.

Mira Julieta, ve con mi tía. Necesito trabajar.

Pero...

Necesito concentrarme. Ahorita bajo.

¿Quieres algo de comer?

¿Me puedes traer unas galletas de la tienda?

No le gustaba que dijeran locos. Hacía muchos años, cuando recién empezaba a estudiar enfermería en la preparatoria, como parte de un taller o curso, no recordaba bien, uno de sus tíos enfermó. En ese entonces no supieron qué era porque Vieja Tierra aún no mandaba las máquinas de medicina para los civiles, pero ahora creía que había muerto de una epilepsia. Desde entonces quiso saber qué pasaba con el cerebro

de la gente, y estudió medicina. Un año después de titularse como licenciada en medicina conoció a Hugo. Sacó una libreta, anotó lo que Hugo le había dicho y luego, en otra columna, puso lo que ella recordaba. Es demasiado parecido. Cambian las cosas que vemos, pero en esencia es igual. Se levantó y miró a través de la ventana. El recuerdo de la masa de carne en la malea la golpeó otra vez. No puede ser. ¿Dónde están las diferencias? Tal vez algo en el aire. Veamos. Regresó a su silla y anotó: Síntomas. Parece haber una disociación con la realidad, pérdida de memoria antes, durante y después de la psicosis. Algunos individuos reportan calambres o parálisis de algún tipo. Se reportan también alucinaciones visuales y auditivas, cambios de humor anómalos, dolor en la boca y el estómago. Psicosis acorde a lo esperado; hasta ahora, al menos, prevalece el instinto de auto-preservación. Discurso claro, fluido, coherente, pero necesita presionarse a los sujetos a hablar. No se reportan cortes ni heridas auto-infligidas; tampoco hay alteraciones importantes de la personalidad durante los ataques; las personas que convivieron con ellos ni siquiera sabían que estaban en medio de un periodo psicótico. Detección nula en todos los casos; se detectó al comparar historias y anécdotas.

Bajó con su familia y vio que su mamá ya había llegado. Se integraron rápido a una plática sobre los tíos y los primos, y aunque se reía y bromeaba con su familia, Lucía tenía la mitad del cerebro en lo que dijeron ver Silvia y Hugo. Regresaron a casa de sus papás cuando empezó a oscurecer. Miraba las estrellas como puntitos blancos, apenas visibles por las luces de la ciudad, y recordó una vez que Hugo y ella fueron a buscar luciérnagas. Casi todos los bosques, si alguna vez los había habido, de Aguascalientes, se habían acabado. Tuvieron que acampar en una hacienda rehabilitada como fábrica de vinos para verlas, y casi lloró esa ocasión. Nadie, hasta entonces, le había enseñado a mirar la belleza en las cosas pequeñas. Abrieron, callaron al Hachi, el perro, y se acostó en el sillón. Le platicó a su mamá lo de Hugo, estuvieron viendo la tele un rato y ya más entrada la noche les dio hambre. Lucía le dijo que iría a comprar elotes de esos que vendían a un par de cuadras y salió. El aire frío de principios de marzo le llegó hasta los huesos, pero ya estaba afuera y le daba flojera regresar. Caminó dos cuadras, dio la vuelta a la izquierda, avanzó tres más y llegó a donde vendían los elotes. Compró dos, regresó tres cuadras, vuelta a la derecha y quedó de frente a un acantilado. Desde ahí podía ver el cielo, lleno de ojos y un hilo de sangre que caía desde las nubes, como si alimentara el gigantesco mar de oscuridad que se había apoderado de Aguascalientes. Regresó corriendo a su casa, dejó los elotes, buscó el celular y le marcó a Hugo.

Lucía, ¿qué pasó mi amor?

Sal y mira el cielo.

Pérame. — Escuchó cómo su novio se ponía de pie y tropezaba con algo.

— Listo. Oye, pero hoy no hay luna llena.
No, no es eso. Las estrellas.
¡Están hermosas!
¡Hugo! — La voz le salió más cortante de lo que esperaba.
¿Qué pasa? ¿Qué hice?
Nada. No hiciste nada. Soy yo. Vi algo.
¿Qué?
Sangre y ojos. — El silencio los envolvió a los dos por unos segundos. —
Dios santo, ¿eso viste el otro día?
Voy para allá Lucía.

Se sentó en el sillón de la entrada y escuchó ruido en el patio, pero no podía ver bien. Quizá era la adrenalina de hacía un momento, pero todo lo veía rojo. Se asomó a ver si el Hachi hacía ruidos o qué pasaba ahí, pero se arrepintió al instante. El perro desenterró algo parecido a tres brazos pegados a un ombligo que se retorció y gemía.

Capítulo 21

Mariana

Gus no regresó a comer, ni le marcó, ni le mandó nada de nada. Algo le pasaba, pero su esposo no quería hablar con ella y Mariana sabía darle su espacio. Ya se le pasaría. Lo que le preocupaba era que no le dijera a dónde iba. Ya antes, una sola vez en la vida, se había largado sin decir nada y lo encontró en la clínica local, casi en estado de intoxicación etílica. Fue el día que le dijo que perdió al bebé. Él estaba muy emocionado. Escucharon su corazón, vieron las fotografías del ultrasonido. Ya hasta había elegido el nombre y el color del cuarto. Se iba a llamar Gustavo, como él. Nunca supieron qué fue lo que pasó. Ya tendría edad para estar en la uni. Y él tantas ganas que tenía de ser abuelo. Bajó del coche y se dirigió a la recepción. Preguntó por su esposo y le dijeron que no se encontraba, que quizá estaría en el Época. Trabajaba de cocinera en el Mezquite, el hotel del Jardín San Marcos donde se hospedaron Jacobo y los demás, y le pidió a la encargada que le diera los números de quienes estuvieron en la trescientos diez el sábado.

Señora, sabe que no se lo puedo dar. Es confidencial.

Frida, lo necesito.

¿Qué pasa, Mariana?

¿Tú lo llamaste?

Sí, señora. Lo siento. — La recepcionista huyó, desapareciendo detrás de la inmensa figura de Esteban, el dueño.

Nada. Quiero unos datos.

¿De un cliente? Y de apenas, nada menos. ¿Te gustó?

Claro que no. Estoy buscando a mi esposo.

Pues éste no se llama Gustavo.

Mira, Esteban, no tendría por qué hacerlo, pero sé que no vas a dejar de chingar si no te digo. — Miró al hombre directo a los ojos. — Gus desapareció.

Ah chingá. ¿Cómo que desapareció?

No está ni en el café, ni en la casa. No contesta el celular. Nadie lo ha visto, y la última persona con la que tuvo contacto aparte de mí fue con este idiota. — Mariana señaló el nombre en la página. — Sé que es ilegal y que me estaría metiendo en un pedote...

Nos estarías metiendo, Mariana.

Nos estaría metiendo en un pedote, pero es mi esposo.

Un mes de tu sueldo.

¿Qué?

Sólo es precaución. Necesito protegerme, y así al menos tendría para pagar la multa.

De acuerdo, va, no hay pedo, un mes. Se llama Jacobo.

A ver. Jacobo... Jacobo... Aquí está. ¿del Santo Refugio? ¿Qué chingados?
¿Sí será el nombre real?
¿Por qué no?
Suenan a apodo.
Puede ser.
Apodo de espiritista.
Tú eras de esos que ponía nombres en la primaria. Tienes buen ojo.
Mira nomás. ¿Y qué está haciendo el buen Gus con uno de esos?
Eso es lo que quiero saber.
¿Necesitas el día?
Ya me vas a descontar el mes, supongo que podría agregarle un día más a la oferta.
Vete. Si es por Gus, no hay pedo. Este y otros dos corren por cuenta de la casa.
Gracias Eduardo.
Ojalá que aparezca sano.
Ojalá.

Salió del Mezquite y se dirigió hacia el primer anillo. Al principio no entendió por qué Eduardo había decidido poner un hotel a las orillas de la grieta, pero le había funcionado. Los cuartos que tenían vista al hoyo se rentaban casi por el doble del precio, y mucha gente se tomaba fotos y compraba recuerdos de la atracción turística. Supongo que así ha de ser también con la gente. Cuando estamos bien ni nos pelan, pero cuando a uno se le hace un hueco, cuando uno está así como a medias, agrietado, se vuelve atracción y todos husmean, le meten los dedos sin preguntar, le hacen y deshacen a uno como si no sintiera. Gus diría que estamos bien pendejos como pueblo y a veces creo que tiene razón. Oh, Gus, ¿pus qué chingados te pasó?

Pasó junto a un montón de vehículos abandonados y tomó Guadalupe para llegar al Primer Anillo. Hubiera seguido otra ruta, pero la cantidad de vehículos abandonados en esa sección de la ciudad era agobiante y nadie se molestaba en quitarlos. Los empezaron a dejar hace mucho, creo todavía ni nacía. Mi papá me dijo que ya desde antes, de viejo, se usaba nomás dejar las cosas que ya nadie quería ahí en la calle, por si alguien más las necesitaba. Primero fueron las cobijas, luego la ropa y luego los coches. Hay unos canijos que también lo dejarían a uno, pero aquí no pasa. Al menos, no que yo sepa. La gente parece contenta con deshacerse de las cosas; las personas se o van solas o hacen que los demás se vayan. Encendió la radio. Más violencia, más muertos, y cada vez estaban más cerca del centro. Si Gus hubiera estado crudo ayer, no habría sido de gran ayuda. Tres muertos por la casa. ¿Y esta es la tierra de la Gente Buena? Avanzó hasta Avenida Universidad y siguió hacia el norte. También ahí

estaban empezando a dejar coches. Algunas personas tenían el tacto de hacerlos a las orillas, pero muchos decidían sólo dejarlos ahí, a media calle. Mariana creía que la policía se hacía pendeja y que dejaba ir a los responsables, pero la verdad era que en los años que llevaba esto, no se había visto a nadie. Lo raro es que dejan coches nuevos también. Las luces encendidas y el radio prendido. Algunos hasta refresco o comida caliente.

Llegó a su casa justo cuando caía la noche. En el camino encontró tres carros más, sin conductor, y avisaron de una riña que probablemente escalaría a siete cuadras de su hogar. Verga. Mejor me voy con mi mamá. A ver si ya contesta este cabrón.

¿Gustavo, qué chingados? ¿Por qué no avisas?

¿Mariana?

Pues sí, señor, ¿a quién esperabas?

A ti, pero...

Pero nada. ¿Dónde estás?

Me marcaron hace rato. ¿Te acuerdas de los güeyes del sábado?

¡Ya sabía yo!

Mi amor, creo que tienes que venir. Estoy en Santa Anita. Encontramos algo.

¿Sigues con ellos?

Pues sí, Mariana, si no, no te los habría mencionado.

Bueno, ya. ¿Estás bien?

Sí, todo bien. Sólo que... bueno, te espero acá. Encontramos algo dentro de la grieta. Te espero. ¡Corre!

Dio vuelta en Segundo Anillo. Tomaría Héroe de Nacozari para llegar rápido al punto que apareció en el celular de su esposo y que marcaba la dirección. Acababa de encender el teléfono. Algo en la voz de Gus no le gustó nada, nada. Se oía como vacía, como si la hubieran destilado usando un montón de botellas y matraces, pero al menos sabía dónde estaba. Miró por el retrovisor. Las llamas de una pelea que crecía se multiplicaron. ¿Qué chingados? En el humo, Mariana alcanzó a ver algunas sombras, grandes, cada vez más grandes, que parecían sonreírle y teñir todo de naranja.

Capítulo 22

Hugo

La noche empezó mal. Lucía le marcó diciéndole que mirara el cielo, como hacían antes, cuando acababan de iniciar su relación. La verdad extrañaba esos momentos de ternura espontánea, pero no sólo no tenía nada que ver con eso, sino que las alucinaciones parecían habersele contagiado. Ya alguna vez le había hablado sobre algo llamado histeria colectiva, pero no tenía sentido. Tomó un taxi y cuarenta minutos después estaba en casa de su novia. Estaba sentada en el sillón, con los ojos rojos de haber llorado.

Te digo hija, esa carrera te va a volver loca.

Claro que no, mamá.

Mírate nomás. Llevas llorando desde hace rato y ni querías que viniera éste. Como si hubieras visto el diablo.

Casi.

¿Lucía?

Hola mi amor.

¿Qué te pasó?

Vi cosas.

¿También tú? ¿Qué viste?

Hugo, no le andes preguntando esas cosas.

Quiero saber qué le pasa a mi novia.

Yo también, pero no es manera.

Vi ojos. Ojos y una nube negra enorme en medio de la noche. Había una boca gigantesca, del tamaño de la grieta, en el cielo, y las nubes se arremolinaban como si las estuviera sorbiendo. Estaba abierta y veía miles de colmillos. También había hilos de algo negro cayendo hacia la grieta, algo que escurría desde la boca.

Qué horror.

Ahí ta, para que dejes de preguntar.

También vi algo como una tripa en el patio, algo que se estaba comiendo el Hachi, y luego todo se puso naranja. Creo que fue poco antes de que llegaran ellos, los dueños del silencio. Cuando entró mi mamá, todo se calmó. Hasta el perro pareció despertar.

Quiere decir que hay algo que detiene las alucinaciones.

No hubiera aguantado un segundo más.

Después de eso te desmayas. Al menos eso me ha pasado a mí.

¿Qué eso?

Lo de los colores. Me tocó ver en rojo hace unos días.

No me dijiste nada de eso.

No me acordaba.

Bueno, como sea, Lucy está bien. ¿Quieren algo de cenar?

No, señora, muchas gracias.
Yo sí mamá. Algo dulce.

Platicaron un rato sobre los posibles orígenes de las cosas que vieron. Lucía estaba aferrada a que debía haber algo en el aire, la comida o el agua que le causara visiones a la gente. Él prefería hablar de fantasmas, energía y espíritus — algo de wicca había leído durante su juventud— y la discusión terminó con un “Sabrá Dios.” Hugo sabía que ella estaría pensando toda la noche si era necesario, así que se ofreció a llevar a Lucía por un café. El Época les quedaba algo lejos, pero si podía sacarla de entre esas paredes lo consideraría alguna especie de victoria porque así podrían platicar en paz. Pidió otro taxi, llegaron a Primer Anillo y entraron por el pasillo estrecho, pasaron a un lado de un salón gigantesco que Gus reservaba para sus asuntos de negocios y entraron en el segundo cuarto, donde tenía velas puestas sobre unos candelabros de metal un tanto viejos. Olía un poco a papas, como si Gus hubiera puesto cientos de ellas en el local, y se sentaron en la mesa de siempre. Había poca gente esa noche. Vieron a Diego y a Lucy, a un par de fantoches que Hugo odiaba; miembros, según ellos, de la élite literaria del estado; estaba también don Héctor, un anciano solitario que jamás hablaba con nadie. Le preguntaron a Gus qué había sucedido y les dijo que tuvieron una infestación.

Lo que me sorprende es que siga viniendo gente.
¿Por?

Los ataques, Hugo. Se han puesto más feos. Mariana me dijo que casi no llega hoy. Vio luces detrás de ella; pensó que eran choques pero era fuego. Han detenido a veinte cabrones sólo en el norte, y dicen que once más en el oeste.

¿Nadie ha dicho nada?

Algunos. — Gus parecía intranquilo. — No quería decirles, pero he visto cosas raras.

¿Y por qué nos dices?

Sé que eres psiquiatra, Lucía, pero no sólo eso. Lo que me da miedo es que lo que ven ellos es parecido a lo mío.

¿Qué viste?

No sé bien. — Hizo una pausa larga y se sentó en una tercera silla, junto a Hugo. — ¡Joel, tráeme una oscura! — Se acomodó en su asiento y se reclinó hacia atrás. Para Hugo estaba claro que se sentía en casa. — Cucarachas, caras largas, también me di un paseo con un montón de cabrones espiritistas. ¿Qué más? Colores, voces, y la grieta. — Un escalofrío los recorrió a ambos. — ¿Qué pasó?

Vi algo, Gus.

¿Podemos decirle, mi amor?

Sí, Hugo. Él tiene casi los mismos síntomas que tú, que Silvia el día que la vi en su casa, y al parecer, que yo. Lo primero que tenemos que hacer es juntarnos y ver qué podemos averiguar. Cualquier cosa nos puede salvar

a todos. — Lucía hizo una pausa. A Hugo le agradaba ver que su parte racional había vuelto. — Bueno, te decía Gus, vi algo. Iba de camino a casa después de comprar unos elotes.

Pero tú trabajas con cosas así, ¿no?

Sí. Me agarró desprevenida. Y siempre es distinto. Nosotros no sabemos qué pasa por la cabeza o los ojos de alguien en estado psicótico, sólo lo vemos por fuera, lejos de sus alucinaciones.

¿Y crees que sea algo mental?

En parte. Casi podría decir que sí, pero es casi imposible que dos personas tengan visiones tan parecidas, que sus síntomas se repitan con tanta precisión.

Y somos al menos cuatro.

Por eso creo que es otra cosa.

Hay otra cosa.

¿Qué?

Recuerdo que esa tarde sólo desaparecí. No sé dónde estuve o qué hice, pero cuando desperté estaba junto al abismo.

También yo.

¿Tú, Hugo? — Joel llegó entonces con la bebida de Gus. La destapó con una llave mientras el maestro se preparaba para hablar.

Fue más bien al revés. Estaba preparando clases y algo me llamó afuera. Corrí, llegué a las orillas del Anillo y me incliné hacia la grieta. Creo que despertar es el verbo más adecuado, porque sigo sin recordar qué me llevó ahí, ni qué estaba haciendo, pero sí recuerdo que poco antes todo parecía rojo.

Y las cosas blancas de Silvia.

Anoté algunas cosas hace rato. Una colección de síntomas. — Lucía les pasó una hoja doblada a su novio y a Gus. — Léanlas.

Esto fue lo que te dije.

Sí.

Chingao. — Gus le dio un trago largo a su cerveza. — Pues no sé qué decirte Lucía. ¿No hay manera de evitarlo?

No sé. No sé nada. Necesitaría ayuda de mis compañeros de la residencia.

¿Y Paco?

El doctor ha de estar ocupado.

Podría hablarle al pendejo de la combi.

¿Al del fin de semana?

Sí. Tiene algo que para escuchar fantasmas. La única vez que lo usé, al parecer casi muero del susto.

Bueno, si pudiéramos provocarlas nos ayudaría mucho a estudiarlo. —

Lucía pareció meditarlo un momento. Hugo sabía que se estaba debatiendo entre su educación como científico y su ética profesional, que le decía que no trabajara con farsantes. — ¿Tienes su número?

Capítulo 23

Jacobo

Quiubo pendejo.

¿Qué quiere, pinche don?

Ven al Época, te invito un café a ti y a los chavos.

No podemos, Gus.

¿Están despiertos, no?

Sí, pero pasó algo. No podemos ir.

Nada de que no pueden. Acá hay comida y un amigo.

Mire, don, se lo agradezco — Jacobo estaba empezando a perder la paciencia, y aparte de que no tenía el más mínimo interés por verlo de nuevo, Astrid estaba mal — pero Astrid no están en las mejores condiciones.

¿Astrid? — Silencio. — ¿Qué le pasó?

Vimos algo y se desmayó. El médico dice que se le subió el azúcar.

¿Y Leo?

Todo bien. Bueno, eso creo. — Otra pausa. — Gus, le agradezco que llame, pero me tengo que ir.

Si no vienes, vamos. ¿Tienes tus cosas de fantasmas?

Nada de que vienen. No venga. No quiero verlo.

Mira cabrón, no te estoy pre — Le colgó. Pinche viejo. Ni que fuera su empleado.

Qué chingados. Era probable que Gus fuera esa noche, como había dicho, y si estaban en el Época, no tardarían en llegar. Quizá los carros abandonados los detendrían un poco, pero no lo suficiente. Llevaban un día intentando sacar a Astrid de una especie de trance en el que cayó. Recordaba partes, sólo eso. La noche anterior se habían quedado trabajando hasta tarde y, apenas la dejó sola, algo pasó. Escuchó el grito y vio a Leo junto a ella, como caminando. Cuando llegó, se dio cuenta de que estaba caminando dormido y supuso que ella se había sugestionado de alguna manera. Algo pasó esa noche, estaba seguro, porque una parte de su cerebro le gritaba que él también lo vio, y su instinto para esas cosas era bueno. Acomodó a Leo, subió a Astrid a su cama y se durmió. Apenas dos horas después, salió el sol. Se encabronó y gritó por despertar hasta las tres diez, pero no podía hacer nada para recuperar las horas perdidas. Leo se había levantado ya, pero Astrid no. La dejaron descansando toda la tarde, pero cuando las sombras del mundo bajaron una vez más, les pareció raro que no se hubiera levantado. No solía dormir tanto. Leo fue por el médico de la farmacia más cercana, le exigió que se llevara el botiquín y las cosas que necesitara para hacer un

examen rápido a alguien inconsciente. El doctor revisó los signos vitales y lo poco que podía hacer con alguien inconsciente, pero al menos Leo y él se quedaron más tranquilos cuando les dijo que todo parecía estable, y que quizá no tardaría en reponerse. De eso ya tenía más de dos horas y Leo volvía a estar inquieto. Ver a Gustavo, después de todo, no parecía tan mala idea. El don sabía manejar los ánimos de las personas, y si podía tranquilizar a Leo, bienvenido. Decidió buscar a su amigo y lo encontró a un lado de Astrid.

¿Cómo sigue?

Igual.

Va a venir Gus.

¿El del café?

El mismo.

¿A qué?

Eso quisiera saber yo. Dijo que quería hablar con nosotros y que era urgente, pero pues quién sabe qué chingados.

¿Le dijiste de Astrid?

Sí. Creo que eso fue lo que hizo que se decidiera.

Pues ni modo. Pondré chocolate o a ver qué hay. ¿Quieres atole?

¿No te molesta?

La neta no. Sé que a ti sí, pero no es tan malo. ¿Viene solo?

No sé. Se oía gente cerca, pero estaba en el café.

Cinco personas llegaron en la camioneta apenas unos minutos después. Jacobo reconoció a Mariana y a Gus, pero a los otros tres no los lograba recordar de nada. Gus presentó a Silvia, a Hugo y a Lucía, y todos se dieron abrazos y sonrieron. Al menos, pensó Jacobo, tuvieron la decencia de traer botana. Intercambiaron miradas, sacaron sillas y encendieron el reflector del patio. A instancias de Gus, Lucía, que parecía saber de medicina, los puso al corriente de las cosas que había visto cada uno de ellos. Hugo, su novio, agregó detalles conforme hablaba y Silvia contó una versión distinta de lo que sucedió en su casa unos días antes. Luego cedió la palabra a Leo. Éste les dijo de las voces y los gritos que escucharon en las grabaciones.

Pero lo más raro fue lo que encontramos ayer. Bueno, lo encontró Astrid. Jacobo, de veras, qué imbécil, ¿cómo está? — Gus se separó del resto de los demás y buscó a Jacobo a solas.

Pues estable, al menos. No ha habido cambios.

¿Quieres que Lucía la revise?

Lo que pueda hacer es bienvenido.

¡Hugo! Ven, porfa. — El profesor se levantó de su silla y llegó hasta ellos. En la mesa Lucía, Silvia y Leo seguían platicando, ajenos a lo que pasaba a su alrededor. — ¿Crees que Lucy quiera revisar a Astrid?

No creo que haya estado en sus planes...

Tampoco que ustedes vinieran.

Chingao. De acuerdo, pero no prometo nada. Deja le digo.

Es buena bestia ese Hugo — dijo Gus, tan pronto se alejó — y seguro algo puede hacer por nosotros.

¿Cuáles nosotros?

Tus muchachos me agradan. Ya con eso son como de mi familia. — Gus esperó unos segundos. — También soy de México.

Ah.

De Ciudad Neza.

Yo soy de aquí.

Oh. — Jacobo no pudo evitar reírse del viejo.

¿Qué?

Soy de Texcoco. Tiene buen ojo don Gus.

Uno reconoce a los de su especie.

Entraron al edificio todos juntos. Lucía y Jacobo llegaron al cuarto de Astrid, y los demás se quedaron en una salita que tenían algunos metros atrás. Al menos ella no le causaba malestar. Joven, de baja estatura, entendió con apenas un par de notas el amor tan profundo que la unía a Hugo. Estuvo revisándola durante casi media hora, y en realidad no agregó nada que no supieran. Leo apareció en la puerta al cabo de un rato y los llamó.

Dicen Gus y Mariana que quieren escuchar lo que encontramos.

Vamos. Te dejo aquí con Astrid. — Caminaron hasta las computadoras que tenían en la planta baja. Gus parecía impresionado con la cantidad de monitores y audífonos que tenían en la habitación, y Lucía, Silvia y Hugo platicaban de las implicaciones de la existencia de los fantasmas.

... en Alemania.

Sí, — dijo Jacobo — en Alemania, en realidad en Nueva Alemania, se inventaron los primeros detectores de ectoplasma. Este es uno de esa generación.

Pues lo dicho. Yo no creo en eso.

Necesita dejar de pensar sólo con los ojos, doctora. Vengan, escuchen esto. — Mariana y los demás entraron al estudio. — Escuchen esto. — Un concierto de gritos y murmullos, casi un torrente, brotó de las bocinas. — Esa es la grabación original; esto fue lo que encontramos en lo que te mostramos, Gus. — El zumbido que encontró Astrid empezó a brotar de las bocinas, limpio, sin voz alguna.

No parece mucho.

Ahorita no. Lo pondré a diez veces su velocidad normal.

El sonido del latido de un corazón llenó la habitación. Jacobo temía que algo pasara, algo como lo que pasó con Astrid. Gus tenía cara de duda,

pero no quiso interrumpir. Hugo y Lucía no parecían impresionados, pero Mariana sí. Empezó a murmurar algo, a mover los labios, a alejarse de todos. Al principio pensó que estaría hablando con ella misma, pero su comportamiento se volvió errático poco después y nadie parecía notarlo. Alucinaciones otra vez. Se intentó serenar. Cerró los ojos y empezó a contar borregos. Los gritos de Mariana llenaron el cuarto. De pronto, cesaron. Jacobo abrió los ojos y vio que no estaba. Salió corriendo del cuarto, vio a Mariana a lo lejos, con las llaves de la camioneta en la mano. Si era o no un espejismo, lo decidiría después. Entró al cuarto, donde todos estaban de pie frente a un muro, mirando quién sabe qué cosas dentro de sus cabezas, y los sacudió. Necesitaba ayuda. Se encendió un motor y Gus y Lucía reaccionaron con el puro ruido. Estaban como perdidos, como que no sabían qué estaba pasando junto a ellos. Le dio una cachetada a Gus (lo disfrutó mucho más de lo que esperaba) y le dijo que su esposa estaba afuera. Si estaba o no consciente de qué estaban haciendo, no le importó: Mariana ya se había puesto en marcha. Salieron los dos corriendo, se subieron en la combi y se decidieron a perseguirla. Salieron de Santa Anita por Primer Anillo. Gus le señaló una camioneta y Jacobo pisó el acelerador. Escuchaba gritos, gritos por todos lados, pero no sabía si eran aquellos que se quedaron en su cabeza o si alguien en realidad gritaba. Mariana se saltó un semáforo, casi chocó con una patrulla y dio giro brusco a la izquierda.

Va a la grieta. — dijo Gustavo, con una frialdad casi mecánica. — Mi mujer va a la grieta.

Vieron un par de luces que desaparecían al abismo y los dos se preguntaron qué estaban haciendo ahí. Jacobo le dijo a Gus que había algunos tacos cerca, así que decidieron ir a comprar comida para todos los demás.

Capítulo 24

Gustavo

Abrió los ojos pero no se levantó. Sus meseros le dijeron que el resto de la tarde estuvo muy tranquila en el café; tanto que no había siquiera necesidad de que fuera esa tarde. Entre Diana y Joel atenderían el negocio, con ayuda de alguno que otro más que pudieran conseguir. Gus lo agradeció enormemente. Sabían que la soltería le pesaba desde hacía años. Hasta donde recordaba, se había enamorado sólo una vez, y ni siquiera recordaba su nombre. Su padre creyó durante algún tiempo que le había salido joto, como decía a sus espaldas, pero no. Sólo no le interesaba. A menudo se preguntaba por qué estaba obsesionado con eso. En la secundaria le gustaban un par de niñas, quizá, pero ya no se acordaba. Cuando llegaron de la Nueva México, hacía casi cuarenta años, ya había experimentado algunas decepciones amorosas, pero nada muy grande, ni muy intenso. A veces sí pensaba en una familia; sobre todo, cuando veía cómo los clientes del Época iban formando parejas y luego, conforme pasaban los años, cómo éstos terminaban llenos de niños. De haber tenido hijos o esposa, pensó Gus, casi estaba seguro de que ya le habría tocado ser un abuelo. Durante mucho tiempo creyó que él jamás le pondría su propio nombre a sus hijos, pero con el paso de los años estuvo cada vez menos seguro. Quizá, y sólo quizá, habría tenido un hijo que se llamara Gustavo, como él. Y tal vez en otro tiempo o en otra tierra, si hubiera tomado las decisiones correctas, Gus, el hijo, estaría ya por entrar a la universidad o quién sabe, tal vez ya hasta sería papá también él. Estiró los brazos, se dio media vuelta en las cobijas que pusieron la noche anterior para dormir después de la fiesta de Jacobo, y no quería levantarse. Se colocó bocabajo y revisó los agujeros del sleeping. Había hoyos por todas partes y muchos ya habían sido parchados, pero el relleno se asomaba por algunos; a Gus le parecía que se veían color marrón. Astrid y Leo dormían cerca, abrazados, y más allá estaban Hugo y Lucía. Todos dormidos; todos desvelados.

Intentó ponerse de pie pero un dolor de cabeza tremendo lo volvió a tumbar. Ya había sentido algo así. Pasaría, pero no sabía cuándo. El cuarto le dio vueltas, todo parecía congelado en un sueño de piedra, y tuvo que volverse a acostar. Esperó unos minutos con el dolor partiéndole la cabeza y decidió explorar el cuarto con los ojos. Aún no amanecía; quizá serían como las cuatro o cinco de la mañana. Había más botellas de alcohol de las que recordaba, y no veía a Jacobo por ninguna parte. Estará estudiando los fantasmas. A pesar de que tenía poco de conocerlo, no era muy diferente al idiota promedio. La noche pasada salieron por comida a

algún lugar cerca del Primer Anillo, muy al norte de donde estaban. Así tenía que ser. Seguía preguntándose cómo era posible que los arquitectos y planeadores de la ciudad fueran tan mediocres. El Época estaba a más de medio kilómetro de donde se encontraban; tuvo que rentar ahí porque las leyes locales exigían cierto margen de seguridad para la gente. Los abuelos de Gus decían que el hoyo siempre había estado ahí, que nadie recordaba cómo había surgido y nadie había podido medirlo. Hugo le comentó alguna vez que en la prepa en la que trabajaba, y en la universidad, había habido intentos de darle algún margen, pero la gente no podía ver al vacío sin sentir un vértigo aplastante. En muchos lados le decían la boca del infierno, y otros aseguraban que aunque no lo fuera, tampoco tenía fondo. Al principio, decían los viejos, a todos los espantaba, pero aprendieron a convivir con el mar de sombras que parecía llamarlos.

Intentó levantarse una vez más, y esta vez lo logró a la primera. Tenía sed. Caminó hacia la cocina, pero las puertas estaban raras, como si les faltara mantenimiento. Para encontrarse en un edificio sin un vestigio de humedad, estaban muy maltratadas e, incluso, enmohecidas. Se quedó mirando la puerta que unía las dos habitaciones. No, no estaba imaginando cosas. La madera estaba toda perforada. Gus vio cientos de pequeños agujeros, como si fuese un nido de termitas, y despedía un olor a fruta podrida. Siguió avanzando por los pasillos. La sensación de que algo estaba mal no lo dejaba. Caminó en círculos durante un rato, buscando la puerta de la salida, y entonces cayó en cuenta de que no había ni puertas ni ventanas hacia el exterior. Se dirigió al estudio, Las bocinas también tenían señas de deterioro. El plástico de las carcasas tenía hoyos, como si un ácido muy fuerte hubiera caído sobre ellas. Buscó algo para golpear y encontró un martillo que Jacobo había dejado por ahí. Golpeó un muro. Luego otra vez, y otra, hasta que la pintura dio paso al ladrillo y luego a la nada. Tan pronto rompió el muro, un torrente de voces inundó la habitación. Sacudió los restos de yeso y se asomó al vacío.

Delante de él había restos de piedra que flotaban libres por el espacio. En alguna parte del mundo había una columna de piedra, tan gigantesca que Gus no alcanzaba a ver ni el principio ni el fin. No había vehículos. No había gente. No había luz ni vida. La oscuridad se apropió del universo y sólo le dejó algunos tonos de azul para defenderse. Dio unos pasos hacia atrás. Las voces rebotaban dentro de la casa y producían eco. También adentro se había oscurecido, como si el hueco hubiera hecho que se filtrara la noche. Se apartó de aquel agujero y dejó el martillo cerca de Leo. Anduvo a tientas y entró a un cuarto que no había visto antes. Entró por pura curiosidad (tampoco es que hubiera podido hacer mucho más sin despertar a los otros) y encontró un apagador. Cerró la puerta. La luz

funcionaba, pero era una luz lagañosa, de un foco lleno de mugre por dentro. Y había algo más. Era lenta. Pudo ver cómo se arrastraba el gas, cómo se calentaba y cómo se movía para alejarse de su prisión de vidrio. Cuando la oleada de luz golpeó las paredes, Gus se arrepintió de haberla encendido. El muro de enfrente parpadeó y los cuadros de los lados se revolviéron como en medio de un sueño incómodo. Y el ojo, el gigantesco ojo frente a él lo miraba como queriendo adivinar su nombre más secreto, las últimas palabras que había dicho y lo que decía su ropa al rozar contra su piel. Quería saber cuántas veces se había mentado a sí mismo y cuántas veces había amado; cuál era el odio más profundo, aquel que enterraba en su corazón y que lo había vuelto tan seco, tan distante para con su familia. Quería saber qué le dijo su padre antes de su distanciamiento final y por qué parecía amar más a su negocio que a sus hermanos. Gus no podía moverse, ni respirar, ni ver la luz que con tanto trabajo escapó del foco. Detrás de él, la puerta se sacudía. Escuchó voces, más voces, y por fin, Jacobo rompió la puerta con un hacha. La casa entera vibró y un zumbido le perforó los oídos. Cerró los ojos y cayó al suelo.

Jacobo lo despertó de una cachetada. Estaban en un cuarto más chico que el que recordaba. Todo seguía oscuro, impenetrable, pero al menos el ruido había pasado. Vio a Hugo lleno de sangre junto a Lucía, que parecía lastimada de un brazo. Atrás estaban Leo y Astrid, también llenos de sangre. Una puerta grande de madera, similar a las de las iglesias, estaba destrozada. Parpadeó un par de veces. Era donde él había hecho el hoyo.

¡Rápido Jacobo! — la voz de alguien a quien no identificó en ese momento llegó desde el pasillo.

¿Qué chingados?

No sé Gus. Levántese. Necesitamos salir de esta casa.

¿Quién eres?

Jacobo, viejo pendejo. Levántese, Hugo tiró la puerta. ¿Qué hacía ahí solo?

No sé. Desperté mareado y los vi tirados. Quería ver qué había afuera. Entonces ya viste todo.

¿Qué?

La columna. Las voces. La grieta.

¡Apúrense, cabrones! ¡Lucía trae coche!

Jacobo lo jaló y pronto se le unió Leo. Entre los dos lo arrastraron a un carro que presentaba signos de deterioro similares a los de la casa, pero al menos funcionaba. Nadie sabía qué hora era o cómo habían llegado ahí, pero agradecieron que Lucía supiera romper las cripto-cerraduras de los vehículos. Lo que más le preocupaba a Lucía era que todos recordaban

algo distinto de la noche anterior. Ella decía que estaba con sus papás. Astrid seguía sin conocimiento. Hugo dijo estar con su novia viendo películas, y Silvia afirmaba no saber cómo o desde cuándo había salido de su casa. Con los demás era lo mismo. Él recordaba una borrachera, el olor de la cerveza, las risas y los chistes de sus amigos. Incluso vio a Roberto y a Brenda, tan claros como si los tuviera enfrente. Subieron a todos a la camioneta y se abrocharon los cinturones. Lucía encendió el auto y se pusieron en marcha. Lo primero que Gus notó fue que la luz se movía a la velocidad normal. Todo frente a ellos era una cortina negra, pero al menos los faros de la camioneta les permitían ver un par de palmos frente a ellos. El camino se sentía irregular, como si estuviera lleno de baches. Nadie, ni Leo, que solía ser tan ruidoso, quiso romper el silencio. Estuvieran donde estuviesen, hablar no les serviría de nada. Siguieron derecho por lo que a Gus le pareció una hora. No encontraron más carros, ni más gente, sólo una oscuridad que no se terminaba jamás. Primer Anillo. Eso parecía. Reconocieron varios edificios, pero todos estaban en un avanzado estado de descomposición. El tono azul que Gus recordaba había desaparecido. Miró a los lados. Leo se había quedado dormido, junto a Jacobo y a Astrid. Silvia jugaba con algo, y Hugo parecía estar soñando. Los baches aumentaron, Lucía seguía la carretera y su curva gigantesca que se extendía hacia adelante conforme avanzaban. Cada vez iba más rápido, cada vez eran más los baches. Gus se estiró a ver qué pasaba y sólo se topó con oscuridad por doquier. Miró hacia atrás. Las cosas que iban pasando desaparecían detrás de ellos, como si no existieran. Y de pronto, la casa, la puerta, Jacobo con el hacha y ellos subiéndose a una camioneta, a otra camioneta que viajaba junto a ellos y que parecía incapaz de darse cuenta de que estaban ahí. Lucía tampoco la veía, sólo él. Y luego una tercera camioneta, con ellos a bordo. Gus cerró los ojos, los apretó tanto como pudo, se echó a llorar y a gritar. Lucía no lo escuchaba ni veía nada, pero empezó a sonar el claxon una y otra vez, como si estuviera viendo algo frente a ella que no se quitaba. Cuatro, cinco camionetas, una barra de luz, y un abismo que crecía a su izquierda. Una de ellas se estrelló con algo y cuando volvieron a pasar por ahí, Gus vio la base de la columna que había visto desde la casa. Pero la columna tenía uñas y dedos muy por encima de sus cabezas; dedos tan grandes como edificios agarraron a otra de las camionetas. Jaló a Lucía, dio un volantazo y se estrellaron con los muros de la casa de Santa Anita. Astrid abrió los ojos, pero detrás de sus párpados no había pupilas, sino unas bocas que se abrían y cerraban. Leo despertó, y la vio, y abrió la puerta y se arrojó a la calle. Gus no supo qué hizo o qué pasó después, pero recordaba haberse sentido aliviado. Cuando se dio cuenta, Leo había desaparecido.

Capítulo 25

Leo

La luz del sol lo golpeó como un martillo. La noche pasada llegaron Gus y los demás en una camioneta, y luego de un rato de jugar cartas y ver películas, se quedaron dormidos. Por la mañana, Jacobo y los demás salieron en el coche y dieron varias vueltas por la ciudad. A él lo habían dejado solo. Se puso a arreglar las camas y los muebles, vio que alguien había destrozado una puerta con un hacha y llamó a la policía. No parecía haber muertos esa mañana. Aguascalientes siempre había sido una ciudad pequeña que rodeaba un gigantesco agujero. Los vecinos habían empezado a dejar sus casas desde hacía años, quizá por falta de trabajo o porque se cansaban de mirar a la nada. Y es que en donde pusiera los ojos, uno podía ver y sentir la grieta. Jacobo decía, antes de salir de México, que la gente de ese estado llevaba un pequeño agujero en el pecho, y por eso muchos se acababan matando. Un suicidio cada tres días, decía. Pero en los cuatro meses que llevaban ahí, nadie se había matado. Gus les había dicho algo así cuando fueron por tacos hacía unos días. Escuchó en el radio que los suicidios parecían haberse detenido y nadie entendía por qué. Le llamaba la atención la población. Había mucha gente huérfana, muchos padres sin hijos, y algo que parecía una eterna resignación los abrazaba a todos. Y se le contagió. Durante años pensó en por qué a él no le había tocado una relación de esas mágicas que cambian la vida, pero cuando entró a Aguascalientes todo eso se desvaneció. Jacobo y él iban ahí a buscar fantasmas, y carajo, si no los habían encontrado. Los últimos días en el estéreo les dejaron un centenar de conversaciones entre espectros. A Leo le daban tristeza. Muchos hablaban de vidas imposibles, de gente que había muerto hacía cientos de años. Los más recientes eran los más complicados, siempre. Pocos se daban cuenta de que habían desaparecido, que estaban muertos y que no había manera de cambiar eso. Decidió aprovechar la mañana para grabar algo nuevo mientras Gus y los demás volvían.

La ventaja que tenía haber rentado aquella casa semi-derruida era que la grieta estaba justo en su patio. Cargó la aguja de cobre que se usaba para captar las vibraciones y la clavó en uno de los costados del abismo. Acomodó los cables y encendió el convertidor. Las barras de audio aparecieron directamente en la pantalla. Estaba transmitiendo en vivo. Seleccionó un par de opciones y el bloque sólido que aparecía en pantalla se dividió en un centenar de ondas de audio independientes. Algunas eran apenas susurros; esos eran los fantasmas más viejos, los que habían aceptado ya su muerte. Eliminó a todos esos; no le servían de nada. Le

interesaba más escuchar los lamentos de los más recientes. Siempre había sido un chismoso. Cuando era chico, lo corrieron de un par de escuelas porque le gustaba entrometerse en las conversaciones de los adultos, y de joven perfeccionó las herramientas para hacerlo sin ser descubierto. Cuando estaba en la prepa, fingía estar trabajando en las bibliografías y notas de los maestros con tal de escucharlos. Con la llegada de los celulares y el internet, aprendió a filtrarse en conversaciones que no le correspondían. Un par de veces lo atraparon, pero no pudieron hacerle nada. Todo cambió con la confirmación alemana de la existencia del ectoplasma y el desarrollo de aparatos profesionales para el grabado y análisis de psicofonías: era un mar interminable de historias.

Cuando Jacobo no lo veía, anotaba las historias de los muertos; la única vez que lo cachó haciéndolo le dijo que era de mala suerte, que en algún libro advertían que no se debía fisgonear en los asuntos de los muertos, pero le valía madres lo que pensara él. A los espíritus, se había dado cuenta hacía tiempo, no les importaba. Algunos parecían darse cuenta de que algo era anormal, pero la mayoría sólo repetía una o dos frases una y otra vez. Los que hablaban de corrido eran sus favoritos porque siempre contaban algún hecho, alguna verdad o hablaban de algún tesoro escondido. Parecían dirigirse a alguien o algo que los escuchaba. Al principio se preocupaba por ellos, por el terror en sus voces, pero luego se dio cuenta de que era normal en uno de cada siete mil. Una tarde lo pensó con detenimiento. Sí, tenía lógica. No sabía cuánta gente estaba viva en ese momento, pero sabía que eran millones, y todos estarían muertos antes del cambio de siglo. Un mar de fantasmas en espera.

Esa mañana, sin embargo, encontró cientos de almas nuevas; de hecho, todas las que salían en el aparato parecían muertos frescos. Era como si todas las almas del país quisieran hablarles al mismo tiempo. Fuera lo que fuese que estuviera pasando, le interesaba. Era anormal y Jacobo no estaba ahí para apoyarlo. A veces salían los espectros por las bocinas y se necesitaban dos para accionar la trampa de espíritus. Se levantó antes de escuchar los archivos. Salió al patio y desconectó todo. El mundo parecía más lento, como si le estuviera reclamando, por fin, la intromisión en los asuntos que deberían haberse quedado bajo tierra. Cuando entró en la casa, las paredes del estudio se abrieron, dejando en su lugar dos ojos enormes, brillantes, como si lo estuviera mirando una mujer a la que conocía y amaba, pero que se le había olvidado.

Salió corriendo. El mundo se había vuelto loco, porque horrible ya era, y se asomó a la grieta. Sentía el corazón en la garganta. La casa, los muros,

el piso, hasta los coches se habían fundido en una gruesa capa de piel púrpura, como descompuesta, como si fuera más bien un montón de carne podrida. Y había pelos y ojos, venas y nervios en cada una de las cosas que pisaba. Detrás de él, los muros párpado se habían retraído todos y un edificio, un cúmulo de ojos lo miraba. Cada fantasma, cada historia que alguna vez robó desfiló ante él. Los señores que mataban por oro. Las hermanas que se pelearon por un hombre y terminaron envenenándose entre ellas. El anciano que mató a su padre y se dedicó a espantar la voz con las manecillas del reloj. Todos estaban ahí, paridos por los túneles negros que formaban el iris de la masa que lo veía. Las horcajadas lo obligaron a inclinarse. El olor de la carne lo inundó cuando tomó aire otra vez. Miró hacia abajo. Las piernas se le habían pegado al piso, como succionadas, y ya no sentía los dedos. Los ojos se transformaron en bocas y los pelos se llenaron de orejas miniatura. La enorme mandíbula del cielo escurría sangre. Escuchó susurros, y luego más, y luego, justo debajo de él, donde la carne púrpura se unía a su cuerpo, se abrieron todos los poros del mundo, y cada uno le contaba una historia diferente. Se llevó las manos a las orejas, pero éstas se le pegaron al cráneo y sus brazos se volvieron pabellones auditivos aún más grandes, tan grandes que lo derribaron. Cerró los ojos. Tenía ya bastante con escuchar a los fantasmas, uno a uno, tan claramente que estaba seguro de que estaban alrededor de él, gritándose los unos a los otros; gritándole a él, el único ser vivo en todo el planeta que podía escucharlos, que querían contar su historia para que la escribiera. Y las voces llegaban y llegaban, y no podía hacer nada para detenerlas. Se retorció en el suelo y cada centímetro de piel que tocaba se cubría de orejas. Las voces le llenaron el cerebro y luego el alma. Todos sus pensamientos lo abandonaron y quedó convertido en un mero recipiente de sonidos. Hablaba. También hablaba él; pensó que pedía silencio, pero luego se dio cuenta de que estaba contando su historia. Había pecado, decía, y sabía que todo eso que veía no era, no podía ser otra cosa que la entrada al infierno que tantas veces le prometió el sacerdote. Leo abrió los ojos y vio los pilares de ojos y orejas bajando desde el cielo hacia la tierra, hasta rodear el estado completo. Parecía un muro, un colosal martillo que bajaba a juzgarlos a todos en Aguascalientes, una repetición eterna de la caída de Lucifer. Uno de esos ángeles, supo entonces se llamaban tronos, caía sobre él con una liquidez que no creía posible. Abrió la boca para gritar, pero el líquido lo llenó, lo infestó y lo lanzó al vacío. Leo sabía que era de día, y ese fue su último pensamiento cuerdo. La locura se lo llevó mucho antes de que tocara el fondo de la grieta.

Capítulo 26

Hugo

Esa mañana despertó en casa de un desconocido, con Silvia y Lucía cerca. Tenía algunos mensajes extraños de gente que no conocía, y recordó que su novia había pasado por algo parecido hacía unas horas. Descartó todos menos el de Luis. El novio de su amiga estaba preocupado, y Hugo sabía que eso era ponerlo simple. Más de treinta llamadas a ella y a él. Subieron en una camioneta que robó Lucía (se consolaron pensando que no era robo si se tomaba un vehículo fantasma de los miles que había en el estado), dejaron a Gus en su casa, muy al norte, cerca del Primer Anillo, y también aprovecharon para comprar cosas que necesitaban. Jacobo no quiso salir de la casa. Gus se mostró inquieto durante todo el trayecto; después de despedirse, Silvia les dijo que había quedado de verse con Luis poco antes de llegar a Primer Anillo, justo enfrente de la universidad. Se bajaron poco antes de llegar y siguieron a pie – tantos eran los autos abandonados en esa área. Luis estaba ahí de pie, con los ojos rojos, y tan pronto vio a Silvia se deshizo en lágrimas.

Tardó un par de minutos en serenarse. Luis les dijo que en los despachos se estaban atendiendo más y más denuncias de agresiones, y que no había nada que uniera a las unas y a las otras salvo la aleatoriedad aparente de ellas. Silvia le contó de las cosas que escucharon en el radio de Jacobo, y pronto los cuatro estaban listos para visitar una vez más la casa del espiritista. Hugo llamó a la prepa y avisó que estaría fuera de la ciudad por unas agresiones cercanas a su casa; la directora accedió y dijo que lo vería al día siguiente. De eso ya tenía más de seis horas. Los invitó a comer a su casa y se quedaron platicando en su sala un rato. Lucía lo ayudó a acomodar el cuarto de sus padres, que dormían temprano, y Silvia y Luis se quedaron mucho más rato. A Silvia no le apetecía regresar a su casa pequeña y sola; era huérfana desde que Hugo la conocía, y Luis tenía muy pocas cosas que hacer al día siguiente. Además, Avenida Universidad se había congestionado y la gente no podía pasar más allá del Primer Anillo. A las diez, subieron al estudio. A Hugo no le molestaba pintar con gente en la sala, y prefería el barullo de sus amigos a la soledad. Sentía que algo terrible había pasado ahí, pero no se acordaba de qué ni cómo había sido. Quizá un incendio. Sí, debía ser, si no, ¿qué otra cosa explicaba los flamazos en el techo?

No se percató de a qué hora se quedaron dormidos. Lucía se había ido al cuarto de él, y Luis y Silvia se quedaron en un sillón de la misma sala. Los trazos en el lienzo se sucedieron rápido. Los días que había pasado sin tomar el medicamento parecían no haberle pesado mucho en el ánimo, pero tomó por inercia colores opacos. Eso le pasaba seguido; la oscuridad lo atraía como si fuera una parte más de ella. Pensaba en lo que decían algunos, que la gente era el universo consciente de sí mismo, y él creía que la oscuridad necesitaba también conciencia y se había encarnado en él. La tristeza, después de todo, necesitaba una cara y un nombre, alguien que le dijera a qué podía pegarse y a quiénes debía entrarles por los ojos. Era la grieta. La grieta tenía descendientes sobre la tierra y él era uno de ellos. Dos trazos hacia arriba, dos curvas. ¿Qué sería estar parado ahí, con una antorcha? ¿Hasta dónde llegaría el abismo, y qué se podría ver si uno alzara la mirada? Claro que dependía. Si uno estaba en una orilla, probablemente vería una media luna, pero si se paraba en el centro, vería un punto de luz en algún momento. O quién sabe. El sol parecía nunca llegar al fondo de ese colosal agujero. Quizá por eso los antiguos mexicas le habían puesto "ombbligo del mundo" a sus territorios en la Vieja Tierra y en Úrim. Se decía que desde el Cerro del Muerto se podía ver el agujero de lado a lado, y algunos afirmaban que, parados en la cima del monte, se escuchaban gritos. Quizá la grieta sí estaba llena de fantasmas, como les dijo el sujeto de la noche pasada. Quizá los huesos de miles de personas se hallaban ahí, amontonados en algún lugar, oxidados de tanta humedad y tan poca luz del sol. Un océano de sombras. Tomó el rojo y el café. ¿Le temía? No, no estaba seguro de que tuviera miedo. Era, más bien, intriga. Desde que estaba chico, la gente decía que no tenía fondo. Algunas veces le arrojaron tierra y piedras, a ver si en algún momento se llenaba, pero nunca pasó. Los más optimistas decían que llegaba hasta el centro de la tierra, pero los pocos científicos que se habían animado a investigarla decían que no tenía límite. Desde luego, se burlaron de ellos. En algún momento tenía que topar con algo. Sólo un polaco, de nombre Zdzislaw hasta donde recordaba, se animó a decirlo: la grieta era un agujero negro similar a los que había entre las estrellas. Fue el hazmerreír de toda la comunidad científica pero a Aguascalientes le gustó la idea, y vendían playeras y tazas con frases referentes a ello. Tomó el blanco. Necesitaba una luz ahí, aunque fuera sólo para contrastar con el negro de los alrededores. La grieta los miraba a todos. No sabía cómo, pero lo hacía, como que devoraba el espacio y las casas; como si su sola presencia los hiciera comportarse mejor. Lucía. Ella era su guía y fortaleza. Sentía que había algo que no le había dicho, pero ya lo haría. Se sentó en el sofá junto a los novios y contempló la pintura. En el lienzo había ojos por todas partes; ojos que él no recordaba haber puesto ahí, y el abismo, al crecer hacia arriba, se transformaba en las millones de máscaras de hueso que debía tener la muerte en su santuario.

Capítulo 27

Gustavo

Llegó a su casa con la sensación de que faltaba algo muy importante, pero no sabía qué. Estaba pensando seriamente no salir de su casa en un par de días. El fin de semana había sido más movido de lo que esperaba y la tarde anterior que reabrió el café se había descontrolado. Una borrachera, un viaje infinito en camioneta, quizá más largo por la cruda, y un montón de sombras. Quizá ya era la edad. Su papá le había dicho en algún momento que era difícil llegar a viejo, y ahora lo entendía. Dormía menos, descansaba menos y, cada vez que se agachaba, sentía como si le lanzaran un dardo no con veneno, sino con un millar de hormigas. Las rodillas no le dolían, pero tampoco era que pudiera caminar como antes. Tras unos minutos andando le dolían las pantorrillas y los tobillos. Las viejas lesiones le cobraban caro. Se terminó de bañar y salió al café. La edad lo había hecho descuidarlo mucho. En realidad, apenas parecía un café. No sabía cómo le había hecho para mantener a su clientela él solo; a veces ni tiempo ni ganas le daban de limpiar. Se había llenado de cucarachas con el paso del tiempo, y sólo de vez en cuando alguien se animaba a ayudarlo al mantenimiento. Lo único que le convenía es que estaba al norte, muy lejos de la grieta, y podía mantener a la gente lejos de su presencia gigantesca y terrible al menos unas horas.

Había pocos cafés como el suyo, y quizá el nombre, el *Época*, le había quedado como una ironía. Quizá en otra vida y quizá con otro nombre, él habría tenido un café bonito, una esposa y un hijo. Quizá en otra época, en otro tiempo, en otra vida que no pareciera caer en pedazos al abismo. Se levantó una vez más, a pesar de sí mismo, a pesar de lo poco que le agradaban las cosas que tenía alrededor. Se bañó en el baño de ladrillo enmohecido que lo había visto crecer su soledad entre aquellos muros de adobe y ceniza. Alguna vez le contaron que en las casas de la ciudad estaban los muertos, porque se solía cremar y mezclar lo poco que quedaba de un ser humano con el cemento, como para que no se les olvidara que habían vivido y que la vida de cada uno de ellos fue un monumento, una victoria contra la grieta que se sugería en las orillas de todos los ojos, como un dios monstruoso y hambriento. Había cuarenta y dos iglesias alrededor de la grieta, y a ninguna le había pasado nada. Supuso que sería verdad entonces; que había un ser supremo y todopoderoso que vigilaba que el abismo no creciera. La ciudad constaba de dos anillos que protegían todo. El primero estaba apenas a cien metros de la nada; el segundo, como si se hubiera temido que siguiera creciendo, se alejaba casi tres kilómetros en todas las direcciones. Otro día. Más

clientes. Más pláticas sin sentido. Todos queremos escapar, pero nadie se atreve. ¿Y si me lanzo? ¿Alguien notaría que no estoy? Quizá Silvia y Hugo o algún otro. Pero no puedo ni llegar. Todo está cubierto por basura, por carros que se quedaron a medio vivir, como nosotros. Quizá en eso somos más honestos. Dejamos atrás las cosas a media vida.

Agarró las pocas ganas que le quedaban, tomó las llaves del local y salió. Se iría a pie. Tendría que caminar varios kilómetros, pero ese día ya no le importaba. Se había llenado de grieta, como decía su papá, y sólo pensaba en cómo vaciársela. Ya antes la gente pasaba por ello. Más de cien suicidios al año. Casi todas personas solas, como él. ¿Se volvería estadística? ¿Alguien lo encontraría metido en el baño, con una soga al cuello, o se mataría con pastillas? Si sabía algo, era que no quería sufrir. Se le habían acabado los rezos. Pidió y pidió guía a Dios, a los ángeles y a los santos, a todos los hermanos que conocía, y todos ellos le dijeron que era fuerte, que vendrían más pruebas, que les habían regalado los atardeceres más bellos del planeta. ¿Y para qué, si les enseñaban a caminar con la cabeza caída? Miró su reloj. Tres diez. En Aguascalientes siempre era esa hora. Los relojes dejaban de funcionar cuando entraban, y muchos, como él, lo traían sólo como recuerdo de un México en el que sí pasaban las horas, en que no había grietas y la gente podía pretender que era feliz. Pero no ahí, donde no llovía, el sol quemaba y las nubes eran algo tan raro que podía pensarse que estaban bajo la luz de alguna especie de museo. Ahora que lo pensaba, Gus se daba cuenta del miedo que le tenía al día, a moverse, a alterar cualquier cosa que no fuera lo que ya conocía. Llegó al café alrededor de las ocho o eso creyó. Había algunas personas afuera, esperando. Ya estaban habituadas al horario de Gus. Cambiaba con las estaciones, le decían, y a veces con las sombras. Estaba cansado, era todo. Cansado de ser un engrane más en una ciudad que nomás no se levantaba, cansado de estar perpetuamente enganchado a un movimiento que no tenía sentido, ni final, ni un objetivo más allá que el de seguirse moviendo. ¿Para qué?

La noche transcurrió tranquila. Lo único bueno que tenía aquel lugar era que era muy fácil atenderlo. Una barra, una pequeña cocina, y nada más. Desde ahí veía todo, y todos lo veían. Así había sido siempre. Así le gustaba, aunque las cucarachas lo siguieran a todos lados. Había una que se quedaba al margen de sus ojos. Le había puesto nombre, Pedro, por el del libro del tirano que seca el mundo por sus huevos y que vive en Comala, y que le recordaba mucho, quizá demasiado al abismo infinito que se encontraba detrás de él. Cerró a la una de la mañana. Los pocos clientes que quedaban le dieron las gracias y se retiraron. Esa tarde no fue Hugo, y la verdad es que no quería verlo. Quién sabe, a lo mejor le reclamaba algo que había dicho o hecho estando ebrio. No quería verlo ni

a él ni a Silvia, ni a Lucía ni a nadie. Sólo quería llegar a su casa, abrir la puerta que lo había saludado año tras año con un mutismo de piedra, como si todo el odio del mundo le hubiera sellado los labios. Un odio tan gigantesco como Dios, o quizá como el de la grieta. Porque había quienes decían que sus puertas y sus muertos hablaban y nunca se sentían solos. Se llegaban, incluso, a sentir cómodos y felices en sus casas, pero Gus no. No podía quitarse la sensación de que no era suya, de que de alguna manera había conseguido las llaves de otra vida quién sabe en dónde; una vida que no era la suya y a la que no podía renunciar ya. Inhaló profundo y abrió la puerta. Ahí estaba su sillón, sus botellas de vino, unos cuadros tan viejos que parecían sacados de un bazar de muy mal gusto, y una densa capa de polvo que jamás se había molestado en quitar. Porque regresaría. Porque tendría que sacudir una vez más, y luego otra, y otra, y ni el polvo ni su soledad se irían por mucho que moviera trapos o vidas. Estaban sus plantas. O al menos, estaba algo que había sido una planta. Dejó que se secaran. No lo quería, pero tampoco le interesaba regarlas; tal vez en el fondo deseaba la vida pero no hizo nada para protegerla. Sólo esperó día tras día, hasta que el tiempo hizo lo suyo que es desgastarnos.

Estaba cansado. Quería dormir, sólo eso. Apartó la ropa de la cama y se acostó. El sueño recibió sus sollozos y lo cubrió con una noche densa, como queriendo aliviar sus penas.

Capítulo 28

Hugo

Se levantó antes que todos los demás y terminó el desayuno para sus padres antes de que Lucía siquiera abriera los ojos. Se tomó sus medicinas, guardó el cuadro que pintó la noche pasada para que no lo viera su novia (ya antes le había dicho que debía dejar de invocar sus sentimientos horribles si quería mejorar, o al menos, mantener la enfermedad a raya) y puso música. Sentía que tenía décadas sin escuchar de verdad sus canciones. Puso algo de Therion. Estaba de buen humor y no quería arruinarlo. Tenía un par de horas libres antes de ir a la prepa. Se le hacía estúpido que la hubieran puesto a un lado de la grieta, pero al menos tuvieron el sentido común de ponerle una malla. Claro que eso no evitaría que alguno que otro imbécil se arrojara, pero Hugo pensaba que le haría un favor al estado. De por sí había pocos trabajos y mucho idiota y mediocre. Su mamá, cuando era más joven, lo regañaba constantemente por esa clase de comentarios; ahora que era mayor lo pensaba, pero ya no lo decía. Y una parte de él esperaba que su trabajo de todos los días ayudara a reducir la cantidad de pendejos. No podía hacer mucho más, pero al menos hacía lo que podía desde su trinchera. Le interesaba la vida, el arte, sus amigos. Eso debía servir para algo, aunque no pudiera tapar el gigantesco abismo que los retaba todos los días. Silvia, Luis y Lucía bajaron media hora después de que terminó de preparar los chilaquiles. Sus papás seguían dormidos, y su hermano no había llegado la noche anterior. Llegaba, no llegaba, y no había manera de adivinar. Durante un tiempo de hecho lo intentó, pero los desvelos le pegaron tanto que se había resignado a no esperarlo nunca.

Terminaron de desayunar como a las diez. Lucía lo dejó en la prepa y se llevó a Luis y a Silvia. Quedaron de verse en la tarde en el Época. Ese día le tocaba dar clases a una parte de los de segundo. Era un grupo pequeño, de no más de diez alumnos; a veces se preguntaba cómo le hacía la escuela para mantenerse con menos de cien, pero no le importaba. Eran pocos pero buenos. Gaby, Leo, Janet, Martín, Sabina, Minerva, Noemí, Andrea, José, Armando. Tres de ellos huérfanos; el resto, de padres o madres solteras. Alguna vez Gaby le había preguntado cómo le hacía para estar tan sonriente siempre, y él le dijo que nadie sabía las cosas que pasaban los demás; que tal vez aquellos minutos de clase eran los pocos que tenían felices en sus días. Desde entonces, tomó eso como estandarte. Pese a que muchas veces se sentía miserable, cansado, sin ánimos, siempre intentaba sonreírles y contarles algo. Siempre los escuchaba. Y quizá era también que se sentía reflejado con muchos de

ellos. Todos temían a la grieta. Todos sentían que en algún momento terminaría tragándose los a todos, como si fueran un solo bolo alimenticio, un bocado para una oscuridad que no conocía el miedo o el calor. Sea como fuere, Hugo estaba al frente del grupo y le tocaba ser la fortaleza de todos ellos. Nueve alumnos, los de siempre. Gaby, Leo, Janet, Sabina, Minerva, Andrea, José, Armando. Todos completos. Cada uno de ellos con un mundo de ideas que él debía enseñarles a expresar. Él, con todas sus inseguridades y el montón de sueños que había abandonado, debía decirles que creyeran en lo que escribían.

Las clases transcurrieron sin mucho sobresalto, pero Hugo no podía concentrarse. Su único hermano no se había reportado en toda la mañana ni con él ni con sus padres y sentía que sus perros estaban más raros que de costumbre. El Cachetón tenía meses sin querer jugar pelota o con los trapos, por la edad ya, y de unos días para acá aullaba toda la mañana, como si alguien se hubiera metido a la casa; su padre decía que, más bien, sentía que alguien estaba parado fuera, observando. Con el Peludo era lo mismo. Era más activo desde siempre, pero en los últimos días se había vuelto insoportable. Le dijeron que corría por las escaleras durante horas, y que en cuanto abrían la puerta del patio se salía a dar vueltas como persiguiendo algo a lo que no alcanzaba nunca. Dieron las tres diez de la tarde y terminó su turno. Revolvió las cosas que traía en la mochila y se quedó mirando el suelo largo rato. No se dio cuenta de que estaba solo sino hasta pasados varios minutos. Los guardias confiaban en él y le dejaron las llaves. La verdad era que no quería ver a Lucía, ni a Silvia, ni a nadie. Sólo quería descansar. Les había dicho alguna vez, medio en broma y medio en serio, que tenía una especie de batería para la gente, y que mientras más convivía, más necesitaba pasar solo después para recargarla. Pues bien, ese era uno de esos días. El fin de semana no había logrado descansar, y el lunes, que quería aprovechar para adelantar trabajos a medias lo pasó ocupado. Miró el abismo desde donde estaba y recordó la pintura de la noche anterior. Quizá era verdad que era infinita y quizá tenía razón, al menos de alguna manera, el que decía que era un agujero negro. ¿Para qué vivir? ¿Para qué perpetuar la vida, los años, y para qué sobrevivir a su enfermedad si de todos modos, tarde o temprano, la muerte se lo llevaría en sus propios términos?

Pensó en su vida. En su viaje a Canadá patrocinado por sus papás cuando conoció a Silvia, una huérfana entonces y ahora. Siempre había sido ella la más fuerte, la más atrevida, la más grande a pesar de que le llevaba varios años de edad. Pensó en Lucía y en la noche de luna llena en que se conocieron, un festival en medio de la nada. Sus años en Puebla se habían diluido casi del todo, como si se los hubiera tragado la grieta. Quizá por eso la gente se mataba. No había lugar en dónde poner los ojos

donde no estuviera esa imagen terrible y agotadora de la muerte. ¿Y dónde estaba ese Dios sino en el abismo? Omnipresente sin moverse y todopoderoso sin siquiera tener cuerpo. Y mientras más lo miraba, más bello le parecía. Las estrellas, a pesar de su lámpara encendida, se habían apagado. Sólo quedaban los carbones ardientes en los muros del universo que era ese agujero. Se decía que los teotihuacanos, los mayas y el resto de las culturas de antes de la Conquista ya la adoraban; que los sacrificios que se hacían en las ciudades eran para evitar que creciera y creciera, y con la llegada de los españoles el culto se transformó en una parte importante de las iglesias del país. El Vaticano... bueno, no importaba. La grieta estaba ahí y ellos no.

De pronto vio una luz, pequeña quizá, pero una luz. Luego otra, y otra. La noche había caído hacía rato y las luces de los alrededores, aunque tenues, parecían querer llegar a él. Una tristeza enorme, más grande que él mismo, lo invadió y salió de él a borbotones. Hacía una vida había llevado a Lucía a ver luciérnagas. Pensaba en una vida distinta para ambos. Ella vivía lejos y él sentía que fracasaría hiciera lo que hiciera. Más de una vez se lo dijeron. El arte no dejaba nada. ¿Y así quería formar una familia? ¿De verdad los expondría a ellos a su necesidad, a su pobreza, a sus malos hábitos y a sus dudas que no terminaban jamás? ¿Y si Lucía estaba embarazada qué haría? Quizá tendría tiempo de buscar un trabajo, hacer una vida, casarse. Quizá no. Quizá el miedo fuera más fuerte, la noche más densa, el sol menos claro. Se levantó y se acercó al borde del abismo. Le parecía idiota que nunca le hubieran puesto reja a la preparatoria. Merodeó en la escuela durante unos minutos más. Estaba solo, irremediablemente solo y a unos pasos de cambiar el mundo. Los tornillos de los pizarrones se habían oxidado mientras esperaba la noche y las bancas, hinchadas por el sol y las lágrimas de los alumnos perdidos, parecían caerse a pedazos. Los perdidos. Los que creían que un examen, que una prepa, que un estudio era todo, y también aquellos que no. Hubiera deseado saberlo antes. No disfrutó sus años de joven, y ahora le pesaban mucho, un mundo, y no había manera de recuperarlos. Quizá habría dado antes un beso, habría tenido más sexo, se habría emborrachado con más amigos y se acordaría de más estupideces que contarle a Lucía. En el cielo, una esfera negra irradiaba una luz tenue y negra, más tenue que la de la luna, como si hubiera salido para él un sol negro. Entonces comprendió que había iniciado un nuevo día de una nueva vida, una vida que lo esperaba si abrazaba las sombras; una vida sin ella y sin sus perros, pero al menos distinta. Y todo quedó en silencio. Las luciérnagas que merodeaban al fondo de la nada se aquietaron y la muerte estiró sus dedos largos y puntiagudos y se los clavó en el estómago una vez más. Esta vez no se resistiría. El lago de la universidad se abrió enorme y sintió cómo se ahogaba ahora él con el aire de la

noche.

Hugo estiró los brazos y se dejó caer al abismo sin fin.

Capítulo 29

Lucía

Había sido una semana muy rara. Silvia, una amiga de la infancia, la invitó a Aguascalientes a pasar un par de días. Tenía mucho que no visitaba a sus papás; el trabajo en el hospital psiquiátrico la había absorbido casi por completo. Esa mañana se despertó con la sensación de que tenía que ver a alguien en la universidad, pero los últimos mensajes recibidos eran de su amiga. Luis, claro. Quedamos de ir por un café. Hacía mucho que era soltera y, hacía unos días, se había enterado de que estaba embarazada, pero no recordaba de quién o de dónde había llegado el bebé. Se levantó al baño, desayunó con su mamá y salió de la casa. Llegó más temprano de lo que esperaba. Se conocieron por casualidad una tarde en el Época cuando Gus estaba terminando de cerrar la cocina. A ambas se les había antojado alguna cosa, un licuado o algo, no recordaba exactamente de qué, y desde entonces empezaron a hablar. Y de eso ya hacía más de tres años. Se veían poco pero siempre hablaban como si fueran hermanas. No sabían qué las había unido así, pero Lucía lo agradecía con todo su corazón. Las noches de guardia en el hospital psiquiátrico podían ser tétricas, y al menos Silvia la escuchaba sin juzgar. A veces hasta le platicaba cómo eran los casos reales; ambas tenían un gusto por el horror y sabía que los pacientes que atendían alimentaban la imaginación de su amiga. Conforme pasaron los años, Silvia se fue haciendo más discreta en sus preguntas y cada vez entendía mejor el mundo en el que vivía, muy lejano al de sus libros y muy lejano también a las zonas donde se sentía segura. Llegó tarde a la plaza y Silvia y Luis ya se encontraban ahí.

Perdón, los camiones. No pensé que fuera tan malo lo de los coches fantasmas.

Y hoy está tranquilo. No te tocaron asaltos.

¿Tan mal se pone?

Sí. Me llegan como siete u ocho casos por hora.

¿De?

Gente que se mata. Antier hubo cuatro asaltos, treinta heridos y dos muertos por bala.

¿Pero qué roban si todo está ahí nomás?

Eso es lo más raro. Nadie roba. Sólo se mata la gente y deja ahí los carros.

Bueno, eso explica algunos. Los otros sólo aparecieron, se quedaron ahí y ya.

En Guadalajara no se oye nada de eso.

Es que aquí hacen como que no pasa. Ni siquiera aparece en las noticias.

Ninguna estación de radio parece querer reconocerlo.

¿Y el internet?

No es sólo el gobierno. La gente aprendió a fingir que no pasaba nada. Nadie toma fotos ni se habla en ningún lado.

Como con los suicidios.

De esos sí había muchas noticias, pero si te fijas este año tampoco se dice gran cosa.

¿Y eso?

No sabemos. — Luis le dio un trago a su café. Habían comprado pizza para comer y se sentaron en las mesitas de enfrente del local. — Hubo un descenso drástico.

Pues siempre ha habido mucha gente sola aquí en Aguascalientes.

Más que el promedio, sí.

¿Allá en el psiquiátrico no dicen nada?

Pues... en el de Guadalajara no; creo que un par de personas mencionaron algo de una epidemia de soledad, si eso es posible, pero nadie les hizo caso.

Supongo que será eso.

Sí, igual yo.

La conversación giró a otras cosas. Los señores Medina, un par de ancianos con perros que vivía al norte de la ciudad, tenían varios días en silencio. Eran amigos de Silvia desde hacía mucho tiempo, y Lucía se unió al círculo de los pintores poco después. Ninguna de las dos sabía pintar, pero ambos se portaron siempre muy amables con ellas y surgió una amistad muy bella. El Cachetón, uno de los perros, era muy celoso de la familia, pero el Peludo las recibió como a sus dueñas. Le parecía un poco triste. Tenían una casa amplia, como para seis o siete personas, dos pisos y cuartos amueblados arriba, pero ellos nunca tuvieron hijos. Lucía creía que había sido alguna manera de escudarse de su soledad, aunque no era psicóloga. Al menos no tenían síntomas de demencia senil, ni Alzheimer, ni deterioro cognitivo de ningún tipo. Pese a ello, su parte humana se identificaba mucho con los señores. Una grieta se abría en su alma cada vez que entraba y veía los atriles, las pinturas al óleo, las camas. Deseaban una familia. Silvia les dijo que habían tenido un aborto, involuntario eso sí, pero desde entonces la señora no pudo concebir. Su mente regresó justo a tiempo. Gran parte de la comida se había esfumado ya y Silvia parecía haberle estado hablando desde hacía unos instantes.

La cosa es que dejaron de matarse, Lucía. — Silvia tomó una tercera rebanada y le ofreció a Luis otro tanto.

Quizá sólo se fueron. La grieta esta que tienen debió espantarlos.

Es posible. Ahora que lo pienso, mi casa está muy lejos. A lo mejor quise alejarme. Por instinto, ya sabes.

Y la mía igual.

¿Tanto los afectará?

Sería preguntar en la uni, ves que nada más son como tres edificios, y los tres están pegaditos al borde. Dicen que ahí estudian eso.

Mañana vamos. — Sintió una punzada en el vientre, leve, y al parecer ninguno de los dos se dio cuenta del instante de dolor que la recorrió de lado a lado.

¿Cuándo te vas?

Estaba pensando en estar toda la semana, pero no creo quedarme tanto. Quizá esta noche y me voy mañana temprano.

¿Por?

Nos recortaron las vacaciones. Apenas avisaron hoy en la mañana.

Ah chingá, ¿así nomás?

Sí. Ahora con la primavera llegan más casos. El frío y la lluvia hacen que se encierren, pero como ya se acabaron ahora salen todos los enfermos.

Una vez me contó — dijo Silvia, mirando a Luis, que se comía ya su tercera rebanada — que la gente abandona a sus enfermos para que el hospital los cuide.

En vacaciones. Les dejan de dar el medicamento para que se pongan mal y ellos se van a hacer otras cosas. — El dolor de hacía un momento reapareció, un poco más fuerte. — Creo que tengo que ir al baño.

Aquí te esperamos.

Sale.

Caminó unos cuantos pasos hacia los sanitarios y sintió otra punzada, mucho más fuerte. Se recargó en la primera pared que encontró y una punzada más arriba, sobre los intestinos, la obligó a hacerse un ovillo. Un par de personas que pasaron la ayudaron a incorporarse. Estaba en medio de la plaza y los baños estaban aún un tanto lejos. Eran las tres diez de la tarde. Se acomodó la blusa, el pantalón, y siguió caminando. Sentía que algo había pasado, que alguien a quien amaba había tenido un accidente pero era una sensación lejana, como cuando uno se entera diez años después de que murió un compañero de generación de la secundaria. Entró al baño con un dolor que no la dejaba pensar en nada que no fueran las agujas que la atravesaban y, cuando estaba por desabrocharse el pantalón, todo el dolor terminó de golpe. Nada había pasado y no sabía por qué estaba ahí si no tenía ganas de orinar. Regresó a la mesa con Silvia, donde Luis y ella la esperaban con una sonrisa en la cara.

¿Entonces sí le pediste su número?

¿A quién?

Al que pasó. Dijiste que ibas a pedirselo, no que te ibas a quedar a platicar con él.

Estoy segura de que les dije que iba al baño.

Yo no, pero de acuerdo. Ya luego nos dirás quién era.

Capítulo 30

Jacobo

No había conseguido nada, así que volvería a México. La grieta era una cosa insondable, gigantesca, como le habían dicho ya antes de salir de allá. Le interesaba rescatar la voz de su esposa de ese agujero, pero sin el equipo y el apoyo necesario, lo único que logró fue explorar el terreno y hacerse un par de contactos. Había fracasado, eso lo sabía bien y no le molestaba, pero tampoco era como que le regalaran el dinero. Un sedán o un bocho los podía pagar, aunque le doliera. Se había quedado atascado en el tráfico de Colosio, una avenida apenas a unos kilómetros al norte de la grieta, y no sabía cómo o cuándo, se formó una fila de chatarra detrás de él. Nadie le había advertido de los carros fantasma, ni de la poca, poquísima gente que vivía en el estado. Quizá se enfermaran de grieta, como le dijo Gustavo, o sólo se fueran de ahí para ver si en el exilio encontraban compañía. Pensó exilio porque eso era. La gente no volvía a esa ciudad que se iba cayendo a pedazos, porque realmente no había para qué hacerlo. La dizque universidad eran dos edificios malhechos, no tenían ni ayuntamiento ni casas de la cultura, y la única atracción que tenían, la grieta, había estado ahí desde siempre, desde que los más viejos de su familia tenían memoria. A lo mejor había sido buena idea al principio, cuando los españoles movían carretas de plata por los pueblitos de los alrededores, pero ya no. El estado se había quedado solo; los viejos viñedos y haciendas se secaron y no quedaba nada ahí fuera de un agujero enorme y sin vida. Sí, era hora. Conocía a una pareja en México que quizá podría explicarle algo de lo que pasaba. Llegaron allá hacía un par de años, llegados de Aguascalientes según le dijeron, y parecían reacios a volver al estado. Un solo cuarto, un solo piso, una lavadora que jamás usó y una cama dura. Era todo lo que de dejaba atrás. Un montón de óxido y una ciudad a medio podrirse.

Se echó agua en la cara. Hacía mucho que no pensaba así. No desde hacía un par de años, cuando la muerte de su esposa dejó de doler; no desde que se le metió a la cabeza la idea de volver a hablarle, de saber qué pensaba ella ahora que se había ido. Y también, desde que pensó que quizá sí había un cielo y un dios que lo cubriera, porque si no, no entendía qué chingados hacía ahí. La confirmación de los alemanes de que existía el ectoplasma lo hizo reflexionar si era verdad lo que sabía de su religión y qué clase de dios los dejaría vagando en un mundo como aquel, sin posibilidad de redimirse o salir de él. Necesitaba concentrarse. Salió de la casucha que rentó apenas llegar y se subió a su Sentra, una reliquia de cuando las plantas armadoras de vehículos se establecieron en aquel

páramo. También hacía mucho que se habían ido, a Morelia, si mal no recordaba, y ahí les iba bien. Pero no en Aguascalientes. Encendió las luces, más por costumbre que por necesidad, y pisó el acelerador. La carretera frente a él estaba despejada. Segundo Anillo, el último bastión de la sanidad del estado, se encontraba en completo abandono. Pasó frente a los restos de un centro comercial, hacía mucho olvidado, y encontró carros volteados por todas partes. Había pasos a desnivel que parecían recientes e innecesarios, pero no podía estar seguro de que no colapsaría sobre él. Serpenteó por algunas calles y retomó el camino. Habían construido sobre los montes, quizá para ver mejor el panorama. Hasta la basura de la zona era vieja, como si algo los hubiera espantado y se hubiera fosilizado el resto del mundo ahí. Recordó los rumores de agresiones sin sentido, de conductas que no tenían explicación, y algo que dijo Lucía, la psiquiatra, hacía unas noches. Todo el estado estaba loco, desde siempre, y dejó de matarse para matar a otros. Los éxodos, los abandonos, la falta de interés, la soledad que se había apoderado de todo. Todo eso pesaba, supuso, mientras se alejaba de las ruinas de una ciudad. Tomó la salida a México tan pronto como pudo y se le llenaron los ojos de lágrimas. Las colosales plantas automotrices fueron saqueadas y quedaban sólo un montón de láminas a medio pintar. La gente que aún vivía por ahí las arrancó y escribió en ellas la lista de productos que ofrecían. El caucho de las llantas y los recubrimientos se usó para fabricar cobijas y ropa, y aún otros usaban los materiales como combustible para sus tambos y fogatas.

Se bajó un par de horas después, a descansar. Le parecía que estaba en Querétaro; le faltaba un buen tanto para llegar a México. Caminó por cerros y llanuras durante unos minutos; las vacaciones que se había tomado de la Ciudad le habían parecido todo menos reconfortantes. Quién sabe qué tenía el estado que acababa de dejar que parecía quitarle a uno el aliento y las ganas de seguir viviendo. Entró a comer algo, le sirvieron un par de cervezas y estuvo platicando con la gente que se encontraba. Mientras más se alejaba de Aguascalientes, más anécdotas fantásticas encontraba. Que había iniciado hacía unos días. Que no era tan grande. Que la gente desaparecía y que se hacía un gran esfuerzo por olvidarlas, como si se tratara de una amnesia recombinante, aunque no explicaba los suicidios. Preguntó y le dijeron que hacía unos años un montón de gente se mató; algunos por cosas de amor y otros por dinero, pero la mayoría sólo había decidido no vivir más. Regresó a su auto unos quince minutos después con las historias de los suicidas en la cabeza. Quizá si hubiera llevado algunas herramientas de esas alemanas que permitían escuchar fantasmas tendría algo que aportarle al mundo. Le faltaba un buen tramo del camino a México, pero al menos se alejaría de aquel montón de mierda en el que se había mentido. A la chingada, si su esposa muerta quería hablarle, que lo hiciera en sueños. Jamás volvería a entrar a Aguascalientes, y menos aún se acercaría a esa grieta que

parecía trastornar todo cuanto estaba cerca de ella. Y parecía que tenía algo de razón. Conforme se acercó a las casetas que rodeaban a la Ciudad de México, su ánimo se estabilizó, sus nervios se calmaron y el día parecía brillar otra vez con un sol grande y bueno. El bienestar le duró poco, pero tampoco se transformó en la sensación de terror que lo seguía hasta hacía unas horas. Poco después de la caseta del circuito mexiquense había una multitud que se arrastraba, tan lento iba, hacia el Zócalo de la ciudad y la ruta, que debía tomarle unos cuarenta minutos, se eternizó. Echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el techo del automóvil. Siempre le pasaba lo mismo. Cuando regresó de Nayarit, una manifestación bloqueó todos los accesos a la Ciudad de México durante casi diez horas; una vuelta a Tlaxcala casi le costó su trabajo cuando aún vivía su mujer. Y desde que las peregrinaciones a la grieta de México se habían puesto de moda, era común ver a la gente caminando kilómetros para ver el supuesto milagro.

Eran las tres diez de la tarde cuando entró a la Metropolitana. Nunca había sido muy amigo de Dios, pero supuso que no le haría daño pedir por el alma de su mujer. Al menos, no podía hacerle nada, y sabía que, si ella podía escucharlo, se lo agradecería. Lo único bueno que le dejó Aguascalientes fue una creciente necesidad de caminar. El transporte era pésimo allá; el día que pasó sin su coche esperó más de una hora por un miserable camión, y terminó yéndose a pie. Le gustó el ejercicio y esa tarde decidió irse caminando Bellas Artes. Mientras avanzaba, se percató de que la gente se aceleraba, corría toda al mismo lugar. Y entonces recordó, y el recuerdo le causó una sensación de náuseas que casi lo tumba. Al pie del Palacio de Minería había una pequeña grieta, tan chica que parecía apenas una moneda negra y sin fondo; en sus costados, Jacobo vio cómo un millar de ojos cerca de sus paredes se cerraban de golpe.

Capítulo 31

Don Francisco

Despertó. Otra vez. Su vida y la de su mujer había sido todo menos tranquila, y sólo hasta entonces, que cumplían ambos más de sesenta y cinco años, podían disfrutar de cierta paz. Y fue hasta entonces que se dieron cuenta de cuán poco les importaba. No había ya nada que los uniera, salvo una promesa que se hicieron hacía mucho de estar juntos y de soportar la vida los unos al lado de los otros. Pero esos tiempos habían terminado y ellos estaban ya marchitos, como todo en Aguascalientes. Ni siquiera se acordaba de cómo se conocieron. Intentaron tener hijos varias veces, pero nunca llegaron. Y ahora que ambos se quedaban ciegos y sordos, sólo tenían a sus perros, el Cachetón y el Peludo. Tal vez aún valía la pena. Le gustaba jugar con ellos, sacarlos a pasear, y siempre le causó mucha ternura ver cómo se asombraban, cómo se espantaban con una puerta que no veían y cómo le hacían para entretenerse con tan poco, con cada vez menos trapos. Se levantó y los perros lo siguieron. Su esposa, doña Martha, los había escogido a los dos. Tenían otro, el Chaparro, pero se les escapó. Querían creer que se los robaron, pero Francisco temía que lo hubieran atropellado. Sea como fuera, los perros crecieron en su corazón y lo seguían a todas partes, como sombras que lo cuidaban y lo veían con sus ojos enormes como canicas. A veces lo fastidiaban; no entendía cómo no preferían el jardín, pero tampoco tenía el corazón para sacarlos. Y es que estaba tan cansado y tan solo que prefería cualquier cosa, cualquier mirada, a enfrentarse a esa casa que jamás dio frutos.

Entró a revisar su correo. Silvia, una amiga de la doctora Lucía, le había enseñado a usarlo, y su negocio de quesos se había levantado un buen tanto después de meter computadoras y más gente. Se habían resignado a vivir su vejez cómodos. La noche anterior platicaba con Martha y le mostró fotos de un baño que vio en el correo. Piedras, granito, plantas. Le gustó mucho y tenían un baño a medio construir en la planta baja. Nunca pensaron que la vejez los alcanzaría y todo lo que habían pensado para los nietos de unos hijos que nunca tuvieron se quedó en el abandono. Inhaló profundo. Sería otro día largo de revisar cuentas, esforzarse y pensar que todo cambiaría al día siguiente, o al que seguía, o si no al otro. Doña Martha estaría regando las plantas a esa hora. Siempre le gustó trabajar, y ambos lograron distribuir sus tareas sin mucho problema. Sólo que ahora, tantos años después de su boda, ella cocinaba cada vez más insípido, a él le quedaba más feo el pasto, y lo poco que hacían les costaba un enorme esfuerzo. Terminó de acomodar las cosas de la cremería y salió un rato al jardín. Tenían una mesita de metal, siempre

creyó que era aluminio o plomo con muchas figuras y muchos agujeros, pintada de blanco y, en medio de ella, una sombrilla que los cobijó cuando aún hacían carnes asadas con la familia. Tenía seis años, ¿o eran siete? que había muerto la mamá de su esposa, y desde entonces la familia se había ido disolviendo poco a poco. Algunos de sus cuñados aún los frecuentaban; eran niños cuando ellos se casaron, y ahora Francisco los sentía como sus hijos. Uno de ellos, Ricardo, vio morir a su hijo frente a sus ojos, y desde entonces se secó. Esa mañana no podía concentrarse y menos con los perros rascando las puertas. Siempre le había parecido extraño. Desde que eran unos cachorros, parecían perseguir a alguien en la casa y a veces parecía que extrañaban a gente que nunca existió. Como si sus deseos de formar una familia se hubieran materializado y ambos perros pudieran verlo. A veces sacaban ropa y cobijas que no recordaban haber comprado, pero no podía estar seguro; hacía tanto que vivían solos y tanto que abandonaron la parte de arriba de la casa que sólo podía suponer. Tomó uno de los trapos que el Peludo le había llevado para que jugara con él. El perro levantó la cabeza y lo miró con todo el amor y la inocencia que lo llenaba. Francisco sintió como un pellizco en el corazón, como si algo se hiciera más grande dentro de él; llamó a su otro perro y los tres se pusieron a jugar. Martha lo llamó a desayunar unos minutos después.

¿Quieres café?

Sí Martha.

¿Qué tienes?

¿No te parece feo?

¿El café?

No, cómo vivimos.

Pues feo no, pero sí triste.

Es lo mismo.

Sí, algo. ¿Sabes? Tengo ganas de aventura.

¿A nuestra edad?

A la que sea, viejo. Tú acabas de decir que es triste.

Que si no te parece.

Pues ya te dije que sí. Vamos, ándale.

¿A dónde?

Podríamos ir a ver la grieta.

Se ve desde aquí.

Pues sí, pero Lucía dice que es más bonita desde arriba.

Vamos pues.

Su local de quesos, justo al sur del Segundo Anillo, jamás lo acercó lo suficiente como para entender la verdadera dimensión de la grieta, y Martha tampoco podía decirlo a ciencia cierta. Ella se estaba quedando ciega y él sordo, pero ambos concordaron en que era impresionante. Lo hablaron un momento y al final, ambos accedieron a darse una semana

libre, que al cabo sería una sola vez. Llegaron al sur del Cerro, los ayudaron a subir en un carrito que tenían cerca para los ancianos y miraron lo que quedaba del pueblo. Miles de casas abandonadas cubrían los alrededores; la tristeza de cientos de familias de una sola persona se arrastró hasta sus pechos. Ambos sabían que ya no tenían nada que hacer ahí. La tarde cayó sobre los ancianos, mientras los dos se preguntaban cómo habría sido su vida con hijos y si ellos habrían amado a sus perros tanto como ellos.

Claro que nos los llevaremos.

¿Y al Chaparro?

Ese se escapó hace años, vieja.

Ah, sí.

Pero mira, a los dos nos los podemos llevar. El Peludo tiene mucho que no hace hoyos en el jardín.

Y el Cachetón es bien tranquilo.

Pues entonces vendemos lo que nos sobre.

¿Y qué hacemos con la casa?

Pues...

No me digas que la vamos a vender.

¿Y si no qué le hacemos? ¿La rentamos? El jardín está seco y nadie va a querer una casa tan grande para nada. Además, ya no queda nadie aquí.

Eso sí.

Entonces, ¿qué piensas?

Pues sí, vámonos.

¿Nada más?

Sí. Con todo y los perros. Antes de que nos hagamos grietas nosotros también.

El Peludo y el Cachetón parecieron entenderlos, y en sus ojos se reflejó un agradecimiento tan grande que parecía se iba a transformar en otros perros.

Capítulo 32

Gustavo

Lo decidió esa misma noche. El café no juntó más que un par de clientes, y era muy poco espacio de cualquier manera para dedicarse a otra cosa. Ya no tengo nada que hacer aquí. Podría estar en México con mis primos, pero no, el cabrón de Gustavo tenía que jugarle al héroe, al independiente, al que no se rompe. Pues a la chingada, hoy sí me rompí, hoy sí quiero que me apapachen; quiero llegar a una casa donde haya comida y niños. Quizá podría rentar algo en Iztapalapa, una casa chica, como la de aquí. De todos modos allá están todos. Se metió a bañar a las tres diez, terminó de arreglar su cocina y subió las cosas al carro. Otra tarde en el café. Quizá vaya un cliente nuevo. Nunca van dos veces. ¿Tan malo es? ¿Por qué nunca me lo dijeron? A lo mejor hace años lo habría arreglado, no hoy, ni tan viejo. No, no iré. O iré sólo a ponerle un letrero de clausurado. No sé, ni siquiera vale la pena la vuelta. Subió al coche, encendió el motor y se quedó mirando la puerta de su cochera. ¿Cuándo se había quedado tan solo? Durante muchos años pensó que la gente a su alrededor sólo estaba ocupada, pero las ausencias se acumularon hasta formar agujeros. La puerta terminó de abrirse mientras Gus encendía un cigarro. Podría irme a Guadalajara. Lucía vive ahí y parece que le va bien. No se ve triste, y eso que trabaja con puro enfermo. Algunos me dijeron que en Puebla se vivía bien. México. Ahí viven también Roberto y Brenda. Quizá ellos podrían darme hospedaje... o quizá no. Soy muy viejo para ellos. Sería una carga. Pusiera como lo pusiera, la verdad es que había un pensamiento de fondo: tenía que irse de ahí. El motor empezó a ronronear y las luces cortaron la noche. La cuadra en la que vivía no tenía lámparas, pero se había aprendido las calles desde hacía tiempo. Dos vueltas a la derecha para tomar el Anillo, una gigantesca avenida que recorría las orillas de toda la grieta.

Lo único que quedaba eran los cascarones de lo que alguna vez quiso ser un pueblo. Hubo mucho optimismo en la fundación de Aguascalientes, pero los pocos poblados que surgieron alrededor del abismo se secaron con el paso de los siglos. Siglos de nada. Siglos de sequía, de oscuridad, de algunos lagos calientes que le dieron el nombre a la tierra. Pero ya no perteneces aquí, Gus. La tierra te lo grita, lo grita tu soledad, lo gritan tus huesos. Nadie aquí te extrañaría. Este erial te quitó tu juventud y tus sueños; este pedazo de tierra fabrica cascarones de seres humanos y los manda a todos los rincones de la tierra. Serás su mensajero y esparcirás su mensaje vacío en cada paso que des, en cada fruta que tomes, en cada persona que mires a los ojos. Porque estás enfermo de grieta, como

todos, como cada ser humano que ha pasado por aquí. Lo viste en Jacobo, el cazador de fantasmas. Llegó aquí arrogante, y se fue agachando la cabeza. Quizá no lo sepa, pero también se llevó un fragmento de vacío en su pecho. Dio dos vueltas, se dirigió hacia la salida a México, la única calle que quedaba en buen estado porque los gobiernos de Jalisco y Zacatecas decidieron que valía la pena conservarla, y porque el resto del estado no lograba coordinarse, y pisó el acelerador. La verdad es que él ya tenía un agujero; aquí sólo se agranda. El suyo se llamaba amor; el mío, soledad. Lucía y Silvia lograron sellarse a tiempo, antes de que la locura del abismo creciera en ellas. Luis también. Y hay otros que se resignan, y en vez de tapar sus fisuras, deciden nivelar el resto de su geografía con los agujeros, y quedan hechos un panorama de montes, cuencas y llanuras que se llenan con los ríos de otras vidas. Pero yo no. Mi café, siempre solo, una época de una vida distinta, se llenó de espectros. De las siluetas de las mujeres a las que amé, que me amaron, y de los cientos de despedidas. Mis grietas se llenaron de los cuerpos de esas apariciones y aunque huya de aquí, la grieta va conmigo. Y quizá es cierto que no pueda repararme, vaciarme de todos estos años de estar solo, pero al menos sé que en otro lado, en otros estados donde las grietas sean menos infinitas que aquí, al menos tendré la oportunidad de vivir en paz con ello. Tengo que irme de aquí.

Pasó por los restos de las minas. Habían sido abandonadas hacía un par de décadas, mucho antes de que llegara de México, y se decía que un tal Juan Chávez, un bandido de la Revolución, había cavado de lado a lado del mundo para esconder un tesoro. Quizá lo aventó todo ahí. Ahí seguro no lo agarran. Pero tampoco sería leyenda si lo hubiera hecho, ¿o sí? Pinche Chávez. Con ese dinero me habría ido a Alemania a ver si lo que dice el pendejo ese de Jacobo era cierto. A lo mejor él ya está en México. No se despidió. ¿Lo habría hecho, de todos modos? ¿Cuántos sólo desaparecieron? Pasó enfrente del retén militar que estableció Nueva Jalisco y vio que había menos soldados. Valiente cosa. También se fueron. A lo mejor los llamaron a Guadalajara a vigilar la grieta de allá. O a lo mejor están en Zacatecas; quién sabe, igual y los llamó Chronos para explorar algún otro planeta. Alguien me dijo que tenían una grieta también en México desde hacía siglos que no podían cerrar. Esos pendejos. Deberían ayudarnos acá. No hay otra tan grande como esta. Ni la de Chihuahua.

En México, al menos, la grieta estaba señalizada. Y conocía gente ahí. A lo mejor podía contactar a Jacobo y podrían salir aunque fuera por una cerveza. A fin de cuentas, se agradaron y tener al menos un contacto, fuera como fuese, le permitiría construir una vida que nunca tuvo junto al abismo del que huía. Sea como fuera, no regresaría a Aguascalientes. La

noche avanzó sobre él, y las luces de la carretera se sucedieron rápidamente las unas a las otras.

Capítulo 33

Luis

Le propuso irse a Jalisco. A fin de cuentas, quizá dos o tres personas los extrañarían en Aguascalientes, pero nada ni nadie más. Lucía estaría en contacto con ellos, y tal vez podrían aprovechar que ella conocía la ciudad para establecerse bien ahí. Silvia podría encontrar trabajo en la universidad o en algún hospital gracias a su amiga, y Luis tendría que estudiar de nuevo la constitución de aquel estado, pero al menos en Guadalajara les esperaba un futuro; en Aguascalientes, no. Ni siquiera, dijo, sabía cómo habían sobrevivido tanto tiempo ahí. Además, si a alguien le hubiera importado qué les pasaba, al menos les habrían mandado un mensaje, les habrían hecho alguna llamada o algo.

Hasta en la zona del silencio hay más vida mi amor.

Es que no quiero dejar esto.

¿Qué, la grieta?

Pues sí, y todo lo que he vivido aquí. Mis recuerdos de cuando era chica.

De cierta manera, siento que dejaría atrás a mis padres.

¿Qué no murieron cuando eras bebé?

Sí, por eso te digo. Aunque no recuerdo dónde están sus tumbas.

¿No te parece raro?

¿Qué?

Que nadie se acuerde de nada.

No seas exagerado Luis. Nomás no me acuerdo de eso.

Pero es que no eres nada más tú. Yo no me acuerdo de dónde estudié.

Pues en Zacatecas.

Claro que no, allá ni universidad hay.

O en Guanajuato.

Tampoco. De verdad no me acuerdo.

Bueno, ¿y cuál es el punto?

El punto es que no puedo acordarme de nada. ¿Sabes cuándo se abrió la grieta?

Hace cientos de años.

Pues eso creemos. Pero estuve buscando en el internet estos días y toda la información es diferente. Algunos sitios dicen que se abrió cuando llegaron los españoles y otros que no tendrá más de treinta años.

Ah chingá.

Sí, eso dice. Mira.

Luis le pasó la laptop a Silvia. La veía algo ausente. Como si su voz no le llegara, o si ella estuviera envuelta en plástico. No era su novia de siempre. No le hablaba de las cosas que le interesaban, ni de lo idiotas

que eran los maestros en Zacatecas, ni nada de la universidad. Se había enamorado de ella por su cerebro y porque, a pesar de lo mucho que sabía, no dejaba de ser sensible a las cosas a su alrededor. Quizá por eso había estudiado letras, pensó, para no hacerse de piedra, como un montón de intelectuales que conocía. Pero esa noche era diferente. Parecía limitada, como perdida, y no podía encontrar un motivo para ello. No le había hablado de sus padres, ni de Canadá, un país que le parecía fantástico con su nieve y sus renos, ni de amigos. Todo lo que le importaba se extinguió en ella. Y Luis sabía que tenía que ver con la grieta. Él vivía en Zapopan, cerca de Lucía (se fue primero ella y le ayudó a encontrar casa) y sentía que Silvia se estaba disolviendo. Esa era la palabra. Partes de ella se veían muy nítidas, pero en otras había vacíos, agujeros, como si el alma se le hubiera hecho más chica. Y tenía que sacarla de ahí. No recordaba con precisión qué tan grande era la grieta de Aguascalientes, pero casi podía jurar que antes había más cosas ahí; al menos, sabía que el Anillo, al principio, no era tan grande. Le pareció que Silvia no estaba de humor y miró la pantalla de la computadora. Estaba en blanco. Durante unos segundos pensó que su novia se había quedado pensando en algo, pero luego se dio cuenta de que estaba tiesa, con la mirada perdida en la grieta, que se extendía por kilómetros y parecía tragarse el horizonte nocturno en su mar de sombras. Estaba sin ánimos. Sin ganas de nada. Luis estaba seguro de que no era la misma Silvia de hacía unas horas; la que había visto platicando con Lucía poco antes de separarse. Y Lucía tampoco era la misma. La había conocido por Silvia, una doctora muy linda, pensó siempre, que guardaba todo cuanto podía haber de bueno y bello para su gente. Opacas porque la grieta latía su nombre y ellas eran incapaces de omitir su voz lenta y poderosa, su voz de dios antiguo o de maldición perpetua. Luis se decidió. Si Silvia no podía dejar el estado, él se la llevaría. A dónde irían o qué harían después, ya lo pensarían cuando estuvieran lejos; lo importante era salir de Aguascalientes antes de que éste se colapsara sobre sí mismo. Y también se llevaría a Lucía. Sea lo que fuere que estuviera pasando, no podía seguirlos. Luis miró hacia el horizonte, donde algunos puntos blancos empezaron a caer del cielo.

Capítulo 34

Lucía

La inevitabilidad de la noche cayó sobre ella una vez más, tan densa como la nevada que empezó a caer hacía unas horas. Tenía menos de tres días en el estado y se sentía cansada. Las vacaciones que le dieron en el hospital no habían servido para nada, y ahora que le faltaba tan poco para volver, no tenía ánimos de hacerlo. Ciento noventa suicidios el año pasado, y éste, ni uno. Algo se prendió de pronto en su cerebro. Tal vez no era que la gente no se matara, sino que no había testigos. Pero no tenía sentido. Las familias se habrían quejado, las parejas dirían algo, los alumnos reportarían las faltas de los profesores. A menos que la gente se olvidara de la gente que existía, pero tampoco tenía pruebas, y la lógica común le decía que era imposible. Pero también, pensó, fue imposible la cosa que vi en el cielo hace unas noches tanto como lo era la nevada a mediados de marzo. Eran imposibles los ojos y las voces que escuchó con Jacobo. Y ahí estaban, vivas, latiendo en su recuerdo. Silvia las vio, igual que Gustavo y que ella. Se preguntó qué estarían haciendo los demás. Silvia y Luis debían estar cenando en algún lugar, y Gus quizá estaría en el Época. Eran personas sencillas, y en Aguascalientes había pocas cosas que hacer. Debía regresar a Guadalajara. Aún le quedaban algunos días de descanso y prefería pasarlos allá. Pensó que escapar del calor de la ciudad le ayudaría pero no fue así. Aunque estaban cerca de la primavera, los vientos helados de Aguascalientes destrozaron las pocas cosechas que se intentaban mantener activas en la zona. Recordaba haber visto campos blancos por todos lados poco antes de llegar a la central, donde la esperaba alguien, una sombra, un hombre al que quizá había amado. Despertó y se encontraba sola; nadie la esperaba ni nadie corrió para ayudarle con las maletas. Y la blancura de la nieve se extendía por doquier.

Era un invierno atípico para el estado. Ya antes había caído una granizada que paralizó las pocas casas que había; la de entonces seguro pasaría a la historia como la más letal de los últimos años, aunque no hubiera nada que matar. Era curioso. Ahora que descansaba con la cabeza sobre una almohada, su mente había decidido regresar en el tiempo, como si no le bastara vivir las cosas día a día. Los eventos que la llevaron hasta esa casa regresaron uno a uno. La plática con Silvia. La noche que pasó en una casa que no podía recordar del todo junto a ella y a Luis y un supuesto cazador de fantasmas. El viaje de Guadalajara. El último paciente que internó en el hospital. Algunos viajes más entre ambos estados, y la sensación de que algo muy importante para ella se extravió

entre las sombras. Más de una vez pensó en la grieta. Siguió hacia atrás. Los últimos momentos en el Zapote, el psiquiátrico en donde conoció a la gente que más quería. Los años que pasó sola estudiando medicina y los múltiples trabajos de su hermano. Los meses de no comer, de dormir poco, la burla que le hacían en la prepa, la grieta, su secundaria casi olvidada por completo y un rebote. Las clases de física, la historia del planeta, los asteroides, la luna y una idea más atrás: el amor. Se había enamorado de varios hombres, de algunas mujeres, pero nunca conoció el amor de las películas, el que según le cambiaba a uno la vida y las manos. Regresó arrastrándose entre sus pensamientos. Su graduación del bachillerato junto a su abuelita. Sus tíos. La familia que jamás la abandonó a pesar de que no recordaba a sus padres. Todos allá, en Jalisco, muy lejos de la grieta de Tlaquepaque. Una capa blanca le cayó sobre los ojos. Más recuerdos. Su primera borrachera, poco después de entrar a la carrera. Su primer cerdito, el primero de muchos que habían ido apareciendo en el rincón más tierno de su alma. Silvia, una y otra vez, aparecida como si alguien las hubiera presentado. La noche tras sus párpados se fue aclarando, hasta que sus pensamientos adquirieron la profundidad y el color de los sueños. Las discusiones con otros médicos, los familiares que abandonaban a otros en los hospitales, y al final, cubierto de miles de ojos y escamas, un monstruo que parecía llamarla.

Abrió los ojos, se levantó y miró a través de la ventana. La lámpara que quedaba en la calle, más que titilar, agonizaba una canción de colores con su poca luz. No recordaba cómo había llegado a su casa de Aguascalientes. Se despidió de sus amigos después de comer y de alguna manera sólo estaba ahí. Revisó su celular. Los cuatro contactos que tenía no le habían escrito desde hacía una semana, y sólo tenía un número que no conocía. El único mensaje que había ahí era de ella, del viernes, y parecía escrito en garabatos. De ahí en fuera, silencio, pesadez, hambre y sueño. Inspiró hondo y dejó salir el aire de golpe. Se estiró un par de veces. Seguía cansada y la cama, que olía a viejo, no le ayudaba. No podría decir cuándo fue que se llenó de moho o cuándo se le botaron los resortes, pero era viejo. Lo consiguió en un bazar. No. No huele a mí. No es mi cama. Un escalofrío le arañó el estómago. Los pensamientos se detuvieron en seco. Luego le llegó otra oleada. La cama la consiguió en un centro comercial. No es cierto. No es mi cama. No es mi cama. ¿Dónde chingados estoy? La cama la consiguió con Silvia. Con el vecino de la vuelta. Se la compró a Gus. Se la regaló alguien. Se la dieron los viejitos. Los papás de... ¿de quién? El vértigo la azotó y la obligó a recostarse. Era una presa y los pensamientos el océano. Luego llegó la grieta. Y otra vez los ojos en el cielo. Las orejas. El llanto y el crujir de dientes. Abrió los ojos una vez más. La luz de la lámpara había muerto. Devorada. Respiró hondo una vez más y buscó unas pastillas entre sus cosas. Estaba en un periodo de psicosis. Poco a poco, su mente tomó los engranajes del pensamiento y logró acomodar algunas cosas. No era su cama. No era su

casa. No había llegado ahí después de Lucía: se recordó dando vueltas en un carro abandonado por horas, hasta que se acabó la gasolina y ella buscó otro. Pero qué chingados. Buscó el interruptor y nada. La casa estaba a oscuras, en silencio. Prestó atención. El corazón le latía en las sienes, en el estómago, en la garganta. No escuchó ni perros ni un alma que pasara por ningún lugar. Los carros, detenidos; el mundo se había vuelto un cementerio.

Tomó la mochila y vio algo que no recordaba: un cerdito de crochet que ella no había puesto ahí. Un golpe en el vientre, un recuerdo, la figura de un joven. La presa se reventó y un montón de lágrimas sin nombre cayó al suelo. El piso se retorcía y gemía con cada una. Hugo. Hugo, ¿dónde chingados estás?

Salió de la casa un par de minutos después. No sabía dónde estaba. Podría haber jurado hace unos segundos que podía decir cómo y a qué hora había llegado ahí, pero ya no. Algo cambió y no podía decir qué era. La nieve se acumuló en los carros que tenía cerca y las nubes interfirieron con la señal de sus aparatos. Encontró otro carro abandonado. No es mío. Lo conseguí con mucho esfuerzo, ahorrando de las quincenas del hospital. No, no es cierto. Me lo regaló Silvia. No importaba. Tenía que alejarse. Subió, encendió el motor y las luces cubrieron todo de un blanco que no le parecía natural, como si la luz que emitieran robara el resto de los colores del mundo y sólo le permitiera ver blancos, grises y negros. Arrancó y dio vuelta a la izquierda para llegar al Anillo. Siempre a las orillas de la grieta. Siempre a un paso de la nada. Chinga, no es cierto. Antes era más chica. ¿Un año? No tenía más de tres minutos manejando cuando las náuseas le regresaron. Se orilló, vomitó, y volvió a acelerar. El dolor del vientre reapareció, pero no podía detenerse. No después de mirar en el retrovisor y ver una nube oscura con unos ojos blancos, blancos, y un mar de sangre que inundaba, que se desbordaba de cada una de las orillas de la grieta.

Capítulo 35

Silvia

Lucía contestó a las tres de la mañana. Toda la noche había tenido la sensación de que eran las últimas personas de la ciudad y temía que algo le hubiera pasado a su amiga. Recordaba la comida de esa tarde, a un hombre y a Lucía pidiéndole el número. Luego se fueron a ver películas a casa de Luis y luego él se había enojado, pero no sabía por qué. Pensó que el internet había fallado o algo le dijeron del trabajo, pero no. Lo veía serio, preocupado incluso, y no le quiso decir por qué. Insistía en dos cosas: una, contactar a Lucía, y dos, tenían que dejar el estado. Y por lo menos la primera la consiguieron. Les dijo que se sentía mal y que necesitaba verlos tan pronto como fuera posible; si era en ese momento, mejor. Tenía ya media hora que habían hablado con ella, y Luis dijo que quizá eran los coches fantasma, las carcasas que cubrían el estado desde que se tenía memoria y que ahora caían entre pedazos de polvo y óxido. Decidieron encender todos los focos para que Lucía los ubicara. Y no era que no supiera llegar a la casa de Luis, sino que una nevada que no tenía precedentes se había abalanzado sobre Aguascalientes. Quisieron explicarlo durante un par de horas. Tal vez la grieta estaba jalando aire caliente y logró enfriar una buena parte del país (hasta donde sabían, también Zacatecas y San Luis presentaban una nevada similar) o bien, un frente frío atrasado, casi fosilizado, se había estrellado por fin contra ellos. Sea como fuere, la noche se sentía más profunda ese miércoles, como si todos estuvieran dentro de un gran túnel adornado aquí y allá con alguna estrella, alguna luminaria, un par de velas. Era la noche más profunda que recordaba, y eso que siempre se enorgulleció de su memoria.

Y algo, aún no sabía qué, estaba fuera de lugar. Pensó en el tiempo, en sus relojes perpetuamente atorados a la misma hora desde hacía quién sabe cuántos siglos, y en cómo todo se arrastraba. Y luego lo vio. Todo intentaba escapar. Ahí, bañados por una luz escarlata como no había visto jamás, las luminarias y los autos parecían estirarse hacia la izquierda, y mientras más observaba el panorama, más segura estaba de que el suelo también estaba inclinándose hacia lo que alguna vez había sido un cráter, un agujero que había llamado hacia él a una ciudad entera, pero que ahora brotaba una multitud de tentáculos y agujas; una abominación de almas, dientes e insectos que gemía desde el fondo de la grieta. Se perdió en los ojos imposiblemente humanos que cubrían los brazos; en los cabellos y las uñas que surgían aquí y allá, sin orden o concierto y sin darse cuenta, caminó. Lucía alcanzó a sacudirla antes de que cayera al

agujero y detrás de ellas, Luis las esperaba ya con un vehículo.

¡Vámonos!

Pero...

¡Trépatе, pendeja!

Luis pisó fondo pero Silvia no podía despegar los ojos de la grieta. Ahí donde antes había estado el agujero que los acompañó por décadas había surgido una bola muy similar a los panales de las abejas sólo que más grande, más grande y viva. Lo supo por la boca, por cómo las pupilas, que antes se asemejaban tanto a las de un cadáver, empezaban a adquirir brillo y profundidad. Sea lo que fuere que surgía del abismo, en esos instantes vivía. Los tentáculos de los alrededores se estremecieron y un sinfín de agujas surgió de las llagas que los cubrían. El olor de la carne podrida no tardó en azotarla. Gritó más de una vez que cerraran las ventanas, que algo estaba pasando y que veía monstruos por todos lados, pero ni Luis ni su amiga la escuchaban. El suelo se sacudió una vez más y una oleada de asco atravesó a Silvia. Alrededor de cada uno de los tentáculos se retorció un enjambre de moscas y cucarachas, y mientras más miraba los ojos en los brazos, más se le figuraban ojos de personas que alguna vez había conocido. Debe haber millones. Luego vio murciélagos, tan blancos que parecían nieve, que luchaban con las cosas que zumbaban por encima de ellos. En algún lado los vi, hace unos años. Los cadáveres de unos y otros llenaron el suelo, irreconocibles entre la nieve y las sombras que aparecían por todos lados. Pasaron sobre algo, un bulto, y Luis aceleró. Un cadáver. La certeza la hizo temblar. Escuchó como entre sueños que Lucía gritaba un nombre. Hugo, Hugo, Hugo. Tan pronto como la voz de Lucía dejó el vehículo, los tentáculos de los alrededores clavaron sus cientos de ojos en el bocho que consiguió Luis y los azotó con un látigo de carne que debía pesar varias toneladas. El coche salió disparado y los cristales y fierros del carro se torcieron unos sobre otros cuando impactaron el suelo. Quedaron suspendidos en los asientos, apenas asegurados por los cinturones que traían puestos. Luis no se movía. Un intenso olor a gasolina los rodeó y Lucía vomitó sobre sí misma. Pudo ver varios hilos de sangre que caían sobre ellos. No eran de sus amigos; era como si las cosas de los alrededores babearan y los amenazara con la muerte. Sintió calambres en las manos, que le colgaban inertes a los costados, y el cosquilleo subió a sus mejillas y a su pecho como una opresión. Las últimas palabras de Lucía, Hugo, un bebé, alguien a quien amaba. Le dolió la cabeza sólo con recordarlo, y luego todo regresó de golpe. Hugo, el maestro, el pintor que era su amigo y que soñaba con, algún día, darle algo de su alma a sus pinturas. El cuadro, una casa alienígena, unos pasillos enloquecedoramente estrechos y una familia, la última que tuvo. Algo creció dentro de ella, una alegría pura y un montón de recuerdos la invadieron. Los rostros de la gente que la había amado, su papá que trabajaba en los alimentos y su abuelita. Una

nube de murciélagos blancos, dos columnas que arrojaban almas a una grieta que, estaba segura, era mucho más chica que el colosal agujero que parecía más bien el ombligo de Dios. Una casa, un invierno que, más que las rodillas, les cubría los ánimos, una pala de nieve, un país donde se hablaba en inglés y Hugo y ella jugando a lanzarse bolas de nieve en la cara. El ruido en el cuarto, el oso que no era un oso sino un tentáculo mucho más pequeño, ciego, que la miraba desde lo que creía un recuerdo seguro, el grito de sus hermanos y una luna roja. Un carro que apenas avanzaba, los papás de Hugo y sus perros, el día que conocieron a Lucía y cuando conoció a Luis, una pintura maldita y una grieta que se abrió en medio de una ciudad cuyas calles y edificios no conocía, pero que en ese instante supo que había amado con las entrañas y los sesos, porque eran los edificios que conocía desde chica en un Aguascalientes muy distinto a la carcasa que había dejado el abismo. Porque entonces lo supo: la grieta se había tragado la ciudad en apenas unos días, y su saliva anestesiaba a los hombres y a las bestias para que no recordaran qué, cuándo o dónde se habían perdido. Levantó los brazos para zafarse del cinturón y ver si podía librar a sus amigos de las bocas del suelo. El zumbido de las moscas se había vuelto insoportable y se llevó las manos a la cabeza. En las orillas de sus ojos aparecieron un par de cucarachas y supo que no saldría viva de ahí.

Hacía mucho que las llantas se habían detenido cuando una ventosa larga y raquítica extrajo los cadáveres de los tripulantes. Silvia no sentía nada ya, pero lo último que registró su oído fue la voz de Lucía que se alejaba pidiendo perdón. No importaba. Estaba junto a Luis y al menos a él no lo había olvidado. Su oído se apagó gradualmente, hasta que sólo quedó el silencio.

Capítulo 36

Lucía

Llegó por la mañana a Guadalajara. El viaje de la noche anterior había sido turbulento, por decir lo menos. Seis horas atascados en el tráfico por un accidente, y más adelante, otro que volcó su camión. Según algunos de los policías de Jalostitlán, tuvo suerte. Fue una de las supervivientes, todas con destino a Jalisco, seis, en total. Venían de Zacatecas, el único estado que se había animado a reclamar terrenos cerca de un gigantesco agujero que ya los aztecas llamaban el centro del mundo. Se decía que había minas de plata y oro sin reclamar en toda la zona, pero nadie, al menos nadie con suficiente cerebro en la cabeza, se acercaba a la grieta. Las historias de fantasmas se acumularon a los alrededores durante siglos, hasta el punto en que nadie sabía qué tantas eran verdad y cuántas mentira. Algunas hablaban de niños que reían detrás de las puertas; otras, que de ahí había salido la Llorona y, unas más, hablaban de un maestro de preparatoria que se aparecía en las orillas del barranco en pleno día, se quedaba mirando hacia el mar infinito de sombras y estiraba los brazos, como si se fuera a dejar caer. También estaban las cascadas de gritos, como les decían algunos imbéciles que querían lucrar con las corrientes de viento.

Se decía en las noticias que gente de México, convencida por un tal Jacobo o Gustavo, las versiones variaban hasta en eso, quería explorar las orillas de un agujero que parecía sumirse cada vez más en el centro de la tierra. Algunas personas habían dicho, con el paso de los años, que a veces, cuando uno iba muy pedo o muy desvelado, que se podían ver como cuatro columnas negras con brazos y ojos, pero al parecer, sólo pasaba en la que separaba a los dos estados, porque ni la de Guadalajara, de unos veinte metros de diámetro, ni la de México, de un kilómetro de lado a lado; ni siquiera la de España o Alemania, mucho más modestas en tamaños y turistas, había nada que llamara la atención tanto como ahí, en esa región sin nombre o gente, en donde las malas lenguas decían que se podían escuchar las voces de todos los muertos de la tierra.

A Lucía siempre le pareció curioso cómo la gente había preferido respetar la majestad y dominio de la curiosidad geográfica, haciendo puentes y caminos a través de los cerros en vez de cruzar o deformar el cañón. La primera vez que lo vieron en fotos desde el espacio, creyeron que era un error, que nada podía ser tan enorme y no alterar el campo

magnético o la distancia que tenía con la luna. No estaba al tanto de todas las discusiones al respecto; más bien, tenía en la cabeza los problemas de Jalisco. Los médicos más escépticos se negaban a admitirlo, pero entre sus contemporáneos se decía que una plaga de tristeza y soledad azotaba al estado desde hacía algunos años. Apenas el pasado se registraron cuatrocientos suicidios sólo en Tonalá, y parecía que el problema iba en aumento. Ella había notado algo muy raro: las parejas en Jalisco tenían dos hijos, cuando mucho, y había también mucha gente soltera. Como que no se gustaban o como que algo pasaba, pero no era normal que estuvieran tan disparados los números de solteros. Algo escuchó de Japón y su creciente crisis poblacional, pero en Guadalajara era diferente: más bien, eran infértiles, y los años intentando una y otra vez tener hijos mermaban la salud y la felicidad de las parejas, que terminaban disolviéndose. Inhaló hondo. Le habían colocado una venda en la cabeza. No recordaba cómo se llenó de gasolina, pero el olor que traía encima en la ropa lo delataba. Recordaba poco del accidente. Estaba en la parte de adelante, uno de los primeros asientos a la izquierda. Un tráiler o algo muy pesado la había aventado y el chofer, por suerte, tuvo tiempo de dar un volantazo para protegerse, lo que implicó sacrificar a todos los pasajeros de la derecha. Alguien debió sacarla de entre los escombros, porque tras ver las fotos en internet, estaba segura de que ella no habría podido haberlo hecho sola. Los ejes de las ruedas estaban como masticados, como si la boca descomunal de alguna criatura hubiera puesto ahí sus dientes sólo para comprobar la dureza o el sabor del camión y lo hubiera escupido como un chicle.

Bajó cerca del templo de San Juan de Dios. Los tapatíos decían que servía como una morada de los cielos en la tierra, y que evitaría que la grieta se expandiera mucho más. A la gente le llamaba la atención poder echarle cuanta basura quisieran y no hallarle fondo. Lucía siguió su camino, pero conforme se acercaba a la estación Juárez la sensación de que había olvidado algo muy importante se posó en su nuca y la distrajo de su recorrido. Se detuvo en uno de los escalones que la llevarían a las máquinas dispensadoras de boletos. Eran nombres, era gente, pero no tenía sentido. Todo cuanto alguna vez había amado existió en México, y era huérfana y sin amigos. La medicina se había vuelto su refugio; durante años, pensó en ella y sólo en ella. Descartó la idea y compró un pasaje, como siempre, para ella sola. Esa mañana era hermosa y no tenía sentido preocuparse por un sueño de camión. Llegaría al hospital a las tres, tres diez cuando mucho, y podría hacerse todas las preguntas que quisiera. Pero mientras se le hacía tarde. Ya había perdido mucho tiempo, más del que tenía ese día. Le tocaba con los amnésicos y no quería perderse la parte favorita de su jornada. Bajó la mochila, se sentó y se quedó mirando un cerdito de crochet que tenía ahí desde hacía años. El tren desapareció en los túneles y Lucía se quedó pensando de dónde lo

había sacado o quién, en todo caso, se lo habría regalado.

Capítulo 37

El Extranjero

Llevaba siglos cayendo. Lo sabía por la resequedad en su boca y porque, después de tanto caer y no estrellarse, se le habían pasado el miedo, el hambre, el frío. Sus ropas se rasgaron con la fricción del aire y el cabello, cualquier signo de él que hubiera tenido, se había ido también. De no ser por el aullido del aire entre sus dedos, habría creído que flotaba, sólo flotaba, en una negrura absoluta. Una vez, hacía mucho, había intentado girar y poner los dedos de los pies abajo, apuntando al abismo, para ver si así llegaba más rápido al fondo, pero el tiempo se torció y sus ondas se agitaron, y la grieta no terminaba. Cuando comprendió que no llegaría nunca a ningún lugar (le costó trabajo recordar a los paracaidistas, unas criaturas que se arrojaban desde la punta del cielo y abrían sus alas apenas unos segundos después), el terror a estrellarse se apagó. No lo recordaba con certeza, pero quizá en algún momento gritó; de vez en cuando volvía a hacerlo para llamar a las otras sombras que caían a sus alrededores, pero ninguna parecía escucharlo. Y no las culpaba. Él mismo ni siquiera estaba seguro de estar ahí, cayendo para siempre. No le quedaban registros ni modos de comprobar qué era lo que pasaba. Primero perdió los ojos. Estaba seguro de que los había dejado abiertos mucho tiempo, y un día sólo sintió como si dos cosas cayeran y se quedaran atrás, haciéndose cada vez más chicas hasta desaparecer. A lo mejor su polvo aún lo seguía. Tenía un recuerdo, un "mucho" clavado a la mente cada que intentaba recordar el dolor, pero no sentía nada. La palabra se quedaba ahí, como atrapada dentro de él por unos instantes y luego se desvanecía. Luego perdió el oído. Conocía ruidos antes, estaba seguro de eso, como los trinos de los pájaros o las gotas de lluvia. Conocía las voces de la gente, quizá demasiado bien, porque fue lo último que perduró a través de la negrura en la que estaba. Lo malo para él fue que esas voces se quedaron atrapadas en su cabeza y rebotaron una y otra vez hasta el infinito; durante años no supo si de verdad las escuchaba o si volvía a imaginar pláticas pasadas dentro de sí mismo, con otras voces y otros rostros. Porque descubrió que a pesar de no ver ni escuchar, seguía viendo y escuchando, como si su cerebro se intentara proteger de la ceguera absoluta; de la caída sin gritos y la muerte sin voz. Luego fue el olfato, o a lo mejor fue antes. A lo mejor su nariz se acostumbró a un solo olor y su cerebro lo bloqueó; las voces le decían que eso pasaba. El gusto se apagó poco después, antes que el tacto. En realidad, no sabía si seguía cayendo, pero lo suponía.

Cuando quedó insensible, supuso que había muerto. Que todos los cuentos que había escuchado sobre el cielo y el infierno eran eso nada más, y que la muerte consistía en desprenderse del cuerpo para irse olvidando de todo a lo largo de una eternidad. Los primeros meses se entretuvo en eso. Más de una vez pensó que llegarían los ángeles y los santos a salvarlo, o que Satán o sus demonios lo arrastrarían aún más rápido, a un infierno glacial; luego dedujo que debía hallarse en el limbo. Intentó dejar de pensar, y a ratos lo logró, pero siempre que él pensaba que ya estaba muerto, por fin y de a de veras, las voces y los sonidos regresaban. Y un día, al menos supuso que era un día, volvió a ver. Se vio a sí mismo atrapado dentro de una casa, ya no cayendo, sino andando en suelo firme. Traía algo en las manos, algo metálico, y había astillas por todos lados. Alguien había roto una puerta. Luego regresó la oscuridad. Intentó aferrarse a ese recuerdo y lo único que consiguió fue escuchar más voces. Y luego más. Llegó incluso a pensar que por fin, después de tantos miles de años, alguien más caía junto a él, pero no podía saberlo de cierto. Se dio cuenta de que, fuera lo que hubiera sido esa visión, él no tenía control sobre ella. Pasó una eternidad antes de volver a abrir el ojo. Un hombre, las voces le dijeron que lo conocía, estaba sudando de pies a cabeza. Parecía aterrado (era verdad, tenía emociones, pero hacía varios miles de años que no las sentía; tardó un rato en entender lo que pasaba) y alguien, el mismo sujeto de antes, destrozó la puerta a golpes. Traía un hacha. La visión terminó ahí, pero no fue la última.

Después de la quinta aprendió a predecirlas. Las voces se hacían más intensas, gritaban y se retorcían, como antes, cuando las escuchaba por radio, hacía ya un millón de años. Recordó un nombre, Hugo, uno de los que aparecía cada cierto tiempo en sus sueños. Siempre traía la misma ropa gastada, la misma camisa, los mismos lentes, y jamás envejecía. Lo conocía bien; se sabía todos los diálogos, y pensó que quizá algo o alguien le ponía una película una y otra vez. Luego, otro. Gustavo. El del cuarto, el que sudaba y no sabía si las cosas que estaba viendo eran reales o no. En eso, al menos, se parecían. Luego llegó Silvia y luego la conciencia de lo que era el amor o, al menos, como lo había entendido la última vez que lo sintió. El amor tenía el nombre de Lucía. Se esforzó en retener cada una de las visiones que le llegaban y, con el tiempo entendió que se trataba del mismo día, repetido una y otra vez, pero visto desde diferentes ojos. A veces era la puerta destrozada; a veces, las escaleras, y en otras ocasiones sentía cómo se rompían sus huesos para colarse por un agujero que había hecho Gus. Pero las visiones habían cambiado hacia poco. En lugar de la gente y las cosas que había aprendido a conocer, empezó a ver edificios lejanos, separado uno de otro por más de cien mil pasos, todos alrededor del hueco que tan bien conocía ya. En cada edificio encontró a diferentes personas. Un Christian, una María y un Héctor; también un Diego, un Pedro, una Isabel, pero ninguno de ellos importaba. Ya no. Porque, pensó mucho tiempo después, quizá sí había muerto y los

ángeles y los demonios lo paseaban por el mundo para darle otra visión de la vida. Se aprendió los rostros de cada una de las personas que fue conociendo, cada arruga y cada gesto que hacían. Se dio cuenta de que si había habido felicidad en esos hogares, hacía una eternidad que se había ido. Ninguno de ellos reía y con el tiempo olvidó a lo que se refería cuando pensaba en la alegría.

Capítulo 38

Franz

El vuelo desde Barcelona llegó con retraso. Tenía idea de que había visto a alguien en Madrid, pero no recordaba a quién. Había estado buscando a alguien que supiera algo sobre las grietas en Alemania, mucho menores a las de América, pero el supuesto contacto de México nunca llegó. Y no le extrañaba, en realidad. México nunca había sido un territorio notable más que por el gigantesco cráter que separaba América del Norte y del Sur. Durante décadas se propusieron explicaciones a las fosas que abarcaban más de un sexto del planeta y que le daban una forma como de manzana mordida a la Tierra, pero nunca se llegó a nada definitivo. Inhaló profundamente. Él de verdad quería creer. El metro de Frankfurt que lo llevaría a Berlín llegaría en media hora. La grieta del centro los había forzado a dejar varias manzanas libres a los alrededores. Franz siempre creyó que se debía a una obsesión de los alemanes por construir calles rectas, al menos cuando comenzó la historia de la ciudad, y su teoría se veía reforzada por las múltiples barricadas que construyeron a los alrededores. Algunas leyendas decían que, durante la época de los castillos, hubo torres desde donde se podía ver hacia la grieta y que, por mucho que subiera uno, no le alcanzaba a ver el fondo. Desde luego, cuando se enteraron de que en España, Francia, Irak y Egipto también había grietas como esa, dejaron de maravillarse y los pocos negocios que se dedicaban a la manufactura de recuerdos se vinieron abajo. Y quizá era mejor. Los pocos habitantes que quedaban en las ciudades medio podridas de México decían que se escuchaban los gritos de los muertos y las historias, recopiladas de tantos lugares diferentes, eran tan parecidas...

Recordaba haber ido a Chichen Itzá, un templo prehispánico desde el que se podía ver el inmenso barranco que dividía a México en dos en algún viaje a esa tierra de nadie. Los mayas construyeron las montañas de piedra para ver si podían observar desde ahí hasta dónde llegaba la negrura que se tragaba océanos y montes y se alejaba y torcía el planeta en una cuenca más oscura de la noche, en la que los bordes de los acantilados se perdían, y se olvidaban las formas de las cosas que había en la tierra con tan sólo mirar hacia ahí abajo. De eso tenía algunos años, aunque el recuerdo era débil, como si hubiera buscado la imagen hacía apenas unas horas en internet y su cerebro la hubiera descartado de inmediato por imposible. Pero no estaba seguro. En Rusia se decía que la pequeña grieta en Siberia era responsable de los hielos perpetuos que cubrían el norte del país. Los suecos y los islandeses decían cosas

similares; los noruegos ya hasta le tenían nombre a la suya: Dimmu Borgir. Y a pesar de que eran ocurrencias naturales, Franz no acababa de explicarse algunas cosas, como que sus patrones se parecían mucho a los de una epidemia, o que había gente en África y casi todo el sur de la Tierra que jamás había escuchado de tales grietas. Algunos registros griegos, le dijo su amiga Anna, no coincidían. En particular, le había dicho de un matemático que calculó el diámetro del planeta usando sólo las sombras y la posición del sol, y él, al menos, no mencionaba las milenarias grietas. Tampoco los chinos ni los japoneses; algunos incluso decían que había habido una gigantesca masa de tierra ahí, y que hubo un imperio de pájaros tan hermosos que usaron sus plumas para decorar el mundo. Más de una vez descartó las teorías de su amiga, pero esa tarde le parecieron especialmente coherentes. Quizá sí pasaba algo, pero no le tocaba a él decidirlo. Si los gobiernos de Europa y Asia decían que las cosas habían sido de tal o cual manera, a él qué le importaba. Tenía su casa, su familia y un trabajo honrado, y no quería perderlos por indagar en cosas que no le correspondían.

Por fin, el tren llegó. La ciudad se había adornado con las luces de las lámparas y de los pocos vehículos que aún seguían en movimiento. Franz abordó junto a un par de señores que discutían algún artículo del Spiegel, quizá el décimo ese mes de cómo era posible reciclar el metal de los autos abandonados que, desde hacía siglos, se empezaron a juntar en la cuadrícula que formaba muchas de las calles de los alrededores de Frankfurt. Todos lo decían, pero nadie lo hacía. Y no tenía sentido, hasta donde Franz alcanzaba a razonar. Casi toda la industria alemana estaba apoyada en la robótica, y si algo les sobraba eran plantas acereras que pudieran desarmar los automóviles. La demanda de metales tampoco escaseaba. Las guerras interplanetarias les daban mucho de dónde escoger, y la construcción de edificios en Chronos y los demás planetas de la red les reportaba importantes ingresos. El traqueteo de las vías lo hizo cabecear un par de veces, con toda la política del universo en la cabeza, y no tardó mucho en entrar a una especie de sueño sin dormir. Avanzó quién sabe cuánto tiempo así, perdido, con el tiempo expandiéndose delante de él, a los lados y hacia abajo; se había subido, lo supo entonces, en una bala que fue disparada al infinito. Más de una vez creyó escuchar que habían arrollado a alguien o que los fantasmas rascaban las ventanas, pero sus ojos no podían despegarse del abismo de México. Las casas, las calles de piedra, que le habían dicho se habían erigido hacía siglos, se iban derrumbando ante sus ojos. Ni siquiera alcanzó a gritar. La vía terminaba en la boca de la grieta. Estiró las manos y de pronto estaba parado en medio del aeropuerto, saludando de su familia.

Eran las nueve de la noche y una gota de sudor le recorría la cara. Miró a su reloj y la hora, tres diez, aparecía trabada, como siempre. Se decía que en tiempos de Da Vinci sí funcionaban, y que mucha gente los usaba sólo como moda. Era una idiotez. Se limpió el sudor, ayudó a su mujer a bajar a los niños y se fue a la estación de tren de Frankfurt. El metro que lo llevaría a Berlín llegaría en media hora. Era, suponía, algo natural considerando la naturaleza de Alemania. Desde que recordaba, un cañón de unos tres kilómetros de diámetro parecía tragarse todo lo que se acercaba y hacer la comparación con la grieta de América, que separaba dos continentes distintos, era inevitable. A veces pensaba que algún meteorito había perforado el planeta hacía millones de años, mucho antes de los dinosaurios, y la ciencia no tenía mejores hipótesis al respecto. Un polaco aseguraba que un agujero negro estaba despedazando el planeta desde adentro, y que eso explicaría las diferencias en los calendarios que había en todo el mundo, y otros, menos serios según Franz, aseguraban que el planeta completo estaba muerto ya y que todos ellos vivían sólo en una especie de simulación de computadora o un gran montaje, como en The Truman Show. Por fin, el tren llegó. La ciudad se había adornado con las luces de las pocas lámparas y de los edificios que aún albergaban algunas almas dentro de ellos. Franz abordó junto a un par de señores que discutían, quizá por décima vez esa noche, desde hacía siglos, sobre cómo utilizar todo el escombros que se había dejado a las orillas de la grieta con la esperanza de que un día se lo tragara. El traqueteo de las vías lo hizo cabecear un par de veces y no tardó mucho en entrar a una especie de adormecimiento. Avanzó quién sabe cuánto tiempo así, perdido, con el tiempo expandiéndose a su alrededor. Las casas, las calles de piedra, que le habían dicho se habían erigido hacía milenios se caían a pedazos, y entonces recordó. El tren se dirigía a toda velocidad al fondo del abismo. Estiró las manos y de pronto estaba parado afuera de la estación, esperando el tren de las nueve, que llegaba, desde que él tenía memoria, algunos minutos más tarde.

Capítulo 39

Sipasi-Anna

Abrió los ojos a una lluvia negra en medio de un resplandor de cobre y sintió el mundo en cada uno de sus dientes, de sus vellos, de sus brazos sin principio ni fin. Sabía qué pasaba en cada rincón de esa cueva que cada vez le quedaba más chica y asomó un dedo a la superficie. Desde ahí pudo ver los esqueletos de los carros. Al principio no entendía nada, pero cada una de las gotas que caía sobre su piel le traía más memorias, y ahora sentía que su cerebro se expandía a cada uno de sus órganos, de sus dientes, de la enfermedad que crecía a cada instante dentro de ella. Con el tiempo aprendió a meterse a las casas y a los cráneos, y se dio cuenta de que no había una sola criatura viva que no supiera de la muerte. Hacía poco sintió que cayó en ella una gota que decía llamarse Hugo. Se había disuelto poco a poco en su estómago. Al parecer, desde afuera se veía como una mancha negra que se extendía por todos lados, pero una vez que caían su percepción del tiempo y del espacio era lo primero en deshacerse. Luego llegó otra, que se llamaba Silvia, y decidió que debían ir juntas, porque los recuerdos de unos y otros se sentían similares. Estaba segura de que una tal Lucía la había llamado poco antes de encontrar a Silvia, o al menos, había llamado a Hugo. Ya llegaría. Hasta ese momento, no había nadie que hubiera faltado a su llamado. Pensó largo rato y decidió que volvería atrás el tiempo para hacerse humana; la isla flotante que quedaba en la tierra decía que eran las tres diez de la mañana y esa hora se trabó en su conciencia. Se concentró y apuntó todos sus ojos hacia su corazón, hacia el centro del planeta, y uno a uno, todos los átomos que había digerido se volvieron a materializar. Los barrancos sin fondo dieron paso a los glaciares, al mar, y el abismo negro que quedó en lugar de la tierra se fue reconstruyendo palabra a palabra. La gente que caía, los trenes, los aviones, el océano, Irak, Alemania y un montón de nombres más; un tal Gustavo que tenía un café, sus amigos; Jacobo y los novios; a todos les fue restituida la memoria. Y entonces lo decidió. Tendría forma humana. Son como las seis, pensó Hugo. No sabía por qué, durmiera a la hora que durmiese, siempre terminaba despertando antes de las ocho de la mañana, pero ese jueves debía ser mucho antes. Se bañó, se despidió de sus perros y salió de la casa. Los iba a extrañar. También extrañaría su cama, a su rutina, que tanto le costó forjar, a sus amigos y sus calles, porque sabía que, tarde o temprano, se arrojaría al agujero sin fondo, a la grieta que había surgido esa misma mañana en el centro de la ciudad.